

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**EN LAS MANOS DE DIOS
MADRE MARIANA DE SAN JOSÉ
FUNDADORA**

LIMA – PERÚ

**EN LAS MANOS DE DIOS
MADRE MARIANA DE SAN JOSÉ
FUNDADORA**

**Nihil Obstat
P. Ignacio Reinares
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta**

**Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)**

**ÁNGEL PEÑA O.A.R.
LIMA – PERÚ**

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Sus padres. Sus primeros años.
Vida en el convento. Vida religiosa.
Religiosa profesa. Priora.
Fundación de Éibar.
Fundación de Medina del Campo.
Fundación de Valladolid.
Fundación de Palencia.
Monasterio de santa Isabel de Madrid.
Fundación de la Encarnación de Madrid.
Otras fundaciones de su tiempo.
Última enfermedad y muerte.
Proceso de beatificación.
Dones extraordinarios
a) Milagros b) Éxtasis c) Profecía
d) Bilocación e) Conocimiento sobrenatural
El demonio. Amor a Jesús Eucaristía.
Amor a María, nuestra Madre.
Devoción a los ángeles. Devoción a los santos.
Vida en los conventos.
Reparadora. Esposa de Jesús.
En las manos de Dios. Reflexiones.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de la Madre Mariana de san José, fundadora de las agustinas recoletas, es una maravilla permanente en la que brilla de modo especial la providencia de Dios. Ella se consideraba siempre en las manos de Dios. Daba mucha importancia a la obediencia e hizo voto de obediencia a su confesor; a quien le pidió que le diera una religiosa lega para que tuviera que obedecerla en todo lo que se refería a su persona, no haciendo nada personal sin su permiso.

Es realmente admirable cómo Dios le manifestaba su voluntad hasta en los pequeños detalles de la vida y cómo la guiaba en medio de las turbulencias de los problemas de cada día.

Recibía luces sobrenaturales para aconsejar y conocer cosas presentes y futuras, que era imposible saber humanamente. Ella se dejaba guiar como una niña en las MANOS de su padre Dios. Por eso, confiaba tanto en su providencia y en el cuidado que Él tenía de ella. A pesar de tener muchas y frecuentes enfermedades, vivía siempre alegre. Y la llamaban quitapesares. Su alegría era contagiosa y a todos alegraba y los conducía hacia Dios, incluso a los reyes de España, que eran sus protectores y amigos.

Como dato significativo anotaremos que, además del amor a María, el amor a Jesús Eucaristía era el centro de su existencia. Allí iba a recibir consuelo en sus aflicciones y dificultades. Allí recibía luces para obrar. Allí se quedaba extasiada ante la sublimidad del Dios todopoderoso, hecho pan por amor a nosotros. La Eucaristía era la vida de su vida y cada vez que fundaba un convento y se colocaba el Santísimo en él, su alegría era inmensa. Y Jesús no se dejaba ganar en generosidad y la llenaba con abundantes bendiciones de toda clase.

Ella nos dice con su vida que vale la pena amar a Dios y fiarse de él. Sigamos sus pasos

Nota.- Me he permitido hacer algunos cambios de palabras sin cambiar el sentido para que se entienda mejor el lenguaje del siglo XVI-XVII. Todos los textos literales de la M. Mariana están tomados de la *Positio super virtutibus*, presentada a la Congregación para las Causas de los santos. La citaremos como Positio.

Summ se refiere a Summarium o Sumario.

Doc a documenta o documentos.

Informatio a Información sobre su vida y virtudes.

SUS PADRES

Su padre fue el licenciado Juan de Manzanedo y Herrera, que debió nacer en Ciudad Rodrigo (Salamanca), donde estaba afincada sólidamente su familia. En los documentos se le suele llamar licenciado Herrera o licenciado Manzanedo, manifestando así su formación universitaria, probablemente en la vecina ciudad de Salamanca. Parece que se dedicó a la carrera de derecho y, como abogado, estuvo al servicio del duque de Alba. Esta cercanía y confianza con los duques de Alba pudo llevar a la duquesa de Alba a tomar al hijo mayor Juan, siendo niño, como menino para acompañar a los príncipes niños, cuando la duquesa era camarera de las infantas reales doña Isabel y doña Catalina.

En muchos documentos se habla de don Juan de Manzanedo como perteneciente al *Consejo del duque de Alba*, refiriéndose al duque Don Fernando Álvarez de Toledo (1507-1582) que en la historia se le conoce por sus dotes militares como el gran duque de Alba.

Su madre se llamaba María Maldonado y Camargo. Algunos dicen que era de Coria (Cáceres). La Madre Aldonza, que será Priora del convento de la Encarnación de Madrid después de la Madre Mariana, dice: *Su madre se llamaba doña María Camargo Maldonado, señora principal de Salamanca, aunque asistente en Coria*¹.

Ambos eran de familias destacadas por su nobleza y no menos por su piedad. El padre, después de una vida de trabajo y éxitos profesionales, había pensado quedarse soltero. Y, teniendo ya 50 años, fue a Coria a visitar a dos tías que se encontraban en el convento de clarisas de esta ciudad. En esta visita ellas sacaron al locutorio a su sobrina María de 14 años, que estaba como educanda, y a quien deseaban buscar un buen partido para casarse. Allí se conocieron Juan y María y así comenzó una relación que los llevó al matrimonio.

No sabemos la fecha del matrimonio, aunque según un documento ya estaban casados el 19 de marzo de 1549. Después de casarse, se fueron a vivir a Ciudad Rodrigo, donde vivieron varios años. En 1565 ya se sabe que vivían en Alba de Tormes. Lo cierto es que de este matrimonio, bendecido por Dios, nacieron siete hijos. Cuatro mujeres y tres varones, uno de los cuales murió pronto.

Su madre murió el 15 de agosto a los diez días de nacer Mariana, en Alba de Tormes (Salamanca), como consecuencia del parto. La llevaron a enterrar a

¹ Positio, Informatio, p. 16.

Coria, donde había vivido de niña y en cuyo convento de clarisas había sido educada. El padre, al quedar viudo, marchó a Roma, donde estuvo dos años y regresó siendo sacerdote. Cada día celebraba la misa con mucho fervor. Y murió, después de celebrar la misa, en el pueblo de Perales, probablemente el 27 de octubre de 1575. Allí fue enterrado. Según algunos autores, parece que entre los familiares de Mariana se puede contar a la venerable Luisa de Carvajal, a la venerable Marina de Escobar y quizás también a san Pedro de Alcántara.

SUS PRIMEROS AÑOS

Mariana nació en Alba de Tormes el 5 de agosto de 1568 y fue bautizada el 16 del mismo mes en la iglesia parroquial, al día siguiente de morir su madre. Vivió en este lugar hasta 1574, año en que marchó con su padre, ya sacerdote, a Ciudad Rodrigo.

En sus primeros años, vivió y compartió sus juegos de niña con su hermano Luis. Se sabe que él llegó a estudiar cánones en Salamanca y se graduó de bachiller. No tenía buena salud y parece que murió antes de cumplir los 37 años, en enero de 1598. Su hermano mayor Juan, que había sido menino de los príncipes, vivía aparte y, al morir su padre, se casó y quedó como cabeza de familia. Pedro había muerto de niño, probablemente en el año de su nacimiento en 1563.

Su hermana María (+1616) y su hermana Catalina (+1613) entraron en el convento de monjas de la tercera Orden franciscana en Coria (Cáceres). Allí estaba también una prima suya, llamada Beatriz de Jaque, que dice: *Una fue abadesa diez años continuos y bien santa señora. Murió en el oficio. Se llamó doña Catalina de Herrera Manzanedo. La otra, doña María Herrera Manzanedo fue aquí 14 años portera, mujer de gran mortificación, penitencia y caridad. Era la mayor de todas estas cuatro señoras*².

Su hermana Francisca (1565-1596) entró en el convento de agustinas de Ciudad Rodrigo (Salamanca). Su hermano mayor Juan (1550-1602), se casó en 1576 con María Maldonado de la Carrera, de la que tuvo seis hijos. Llegó a ser concejal de Coria donde vivía. Su esposa murió el 25 de enero de 1586 y se casó en segundas nupcias hacia 1598 con Beatriz Gómez de Ávila, de la que tuvo una hija. Dos de sus hijas fueron monjas en Coria. En su testamento declara: *Encargo*

² Positio, Informatio, p. 32.

*a mi hija doña Isabel que tenga mucho respeto a su tía (Mariana) y lo mismo hagan sus hermanas, guiándose siempre por su consejo*³.

A una de las hijas de Isabel, ella le puso el nombre de Mariana José en honor de su tía; y esta Mariana José tomó el hábito en el convento de la Encarnación de Madrid de manos de su tía, profesando el 3 de diciembre de 1628, recién cumplidos sus 16 años. Murió en ese convento el 26 de abril de 1676 a los 63 años de edad⁴.

Con relación a Mariana, diremos que parece que su nombre era María Ana por la devoción que su madre tenía a santa Ana, pero en la partida de bautismo aparece como Mariana. Ella firmará muchas veces como María Ana, excepto durante su trienio de priora en ciudad Rodrigo, en que por alguna razón prefirió firmar como Mariana y así lo hizo en años posteriores.

Al morir su padre, a los siete años cumplidos, aunque ella en su Autobiografía habla de ocho años, su familia la llevó como educanda al convento de Santa Cruz de Ciudad Rodrigo, donde ya estaba su hermana Francisca y donde tenía dos tías paternas. En este convento pasará 25 años. Hizo su primera comunión a los 10 años. Pronto se acostumbró a la vida monacal y rezaba el rosario todos los días y los 15 salmos de honor de la Presentación de María. Entre sus juegos infantiles con otras educandas estaba el cantar salmos, pues tenía bonita voz. Parece que el canto era una especialidad de la familia. Sus dos tías eran reconocidas organistas y encargadas de la música.

En el convento aprendió las primeras letras y las tareas y labores del hogar, pues, al igual que su madre, no era postulante a religiosa, sino educanda. Pero veamos lo que ella misma dice en su Autobiografía:

Entre las misericordias que nuestro Señor me ha hecho y una de las mayores es que fuese nieta e hija de padres cristianos... Hizo mi abuelo un monasterio donde puso a su mujer e hija... Ella era muy niña. Su padre se hizo clérigo y Vos, Señor, quisiste admitirle al santo oficio de sacerdote...

Mi madre se fue criando en aquel convento que era de la Orden de la gloriosa santa Clara. Llegó a edad de catorce años y, siendo mi padre de cincuenta y teniendo resolución de no casarse, pasó por aquel lugar y se fue a ver a mis tías que las conocía por su virtud. Era mi padre muy virtuoso. Salieron

³ Positio, Informatio, p. 38.

⁴ Archivo de las agustinas recoletas de la Encarnación, libro de consultas para dar el hábito, de profesiones y de funciones.

todas a verle y sacaron a mi madre que era muy hermosa y de muchas partes (dones) y entendimiento e hija de tan cristianos padres, a quienes se pareció bien en el discurso (transcurso) de su vida. Habían hecho sus tías mucha oración para que nuestro Señor la diese el estado con que más le sirviese. Llamábase María y mi padre Juan. Llegó a aquel lugar la víspera del glorioso san Juan Bautista y el día siguiente fue al monasterio...

En su día se trató (de matrimonio) y quedó hecho con gran gusto de mi padre. La llevó a su tierra, pues era natural de Ciudad Rodrigo, donde estuvo algunos años en los cuales conoció bien la mucha virtud de mi madre y que no la habían de tratar personas que no lo fuesen, ni admitir conversaciones con tales. Con ser tan niña y de tanta hermosura eran sus trajes de mujer de mucha edad y en todo mostraba el entendimiento grande que tenía. Era muy devota de nuestra Señora y amiga de frecuentar los santos sacramentos muy a menudo. El tiempo que vivió pasó muchos trabajos y enfermedades y todo lo llevaba con gran paciencia. De aquel lugar fueron a Alba de Tormes.

Tuvo sin mí tres hijas y dos hijos, todos mayores que yo... Crió mi madre a sus cinco hijos con mucho recogimiento y mi padre la ayudaba a enseñarles a ser buenos cristianos, que, como he dicho, ambos eran amigos de la virtud y de buenos libros en que les hacían leer. Comunicaba mi madre con la santa Madre Teresa de Jesús, que en este tiempo fundó el monasterio de aquel lugar (Alba de Tormes). Y pienso que la trató mucho y se ayudaba de sus oraciones en los aprietos, en particular en el último parto que tuvo, del que yo nací. Pedía muy de veras a la Madre (Teresa de Jesús) suplicase a nuestro Señor que fuese para su servicio lo que naciese. Este día llegó, que fue en el que se hace la fiesta de las Nieves; y por haber mi madre hecho voto de llamar a la primera hija que tuviese Ana, por ser muy devota de esa gloriosa santa, me pusieron por nombre María Ana.

Nací el día de nuestra Señora de las Nieves (5 de agosto de 1568) y, con ser hija, se alegraron mucho mis padres, pero esta alegría se cambió presto en tristeza por la muerte de mi madre, que fue el día de la Asunción de nuestra Señora. Murió muy cristianamente y mi padre quedó con gran pena y soledad, aunque con mucha conformidad de que se hiciese la voluntad de nuestro Señor y, determinándose a tomar nuevo modo de vida... envió a Coria donde estaba el convento en que se había criado mi madre, a sus dos hijas mayores. La otra hija de tres años y medio la llevó a Ciudad Rodrigo y antes de cumplir los cuatro años entró en un monasterio que hay en aquel lugar de monjas de nuestra Orden (agustiniana), donde mi padre tenía dos hermanas de vida harto perfecta. Un hermano, el menor de los dos, y yo quedamos en casa y mi padre se fue a Roma.

Después de dos años, volvió hecho sacerdote. En su compañía quedamos los dos...

Había en casa muy buenos libros y leíame en ellos y en la vida de Cristo nuestro Señor y de otros santos... Sería yo de cuatro años y tenía mi padre en casa unas mujeres muy siervas de nuestro Señor y harto cuidadosas de su servicio y de todo lo que era virtud. Ellas me llevaron a ver a la santa Madre (Teresa de Jesús). Entramos en la iglesia (de Alba de Tormes) que era entonces muy pequeña y llegándome a la reja del coro bajo salió allí la santa Madre y diciéndole de quién era hija, le pidieron me echase la bendición. Me parece que la oigo y que veo lo que sentí.

Ahora me espanto cómo siendo yo tan niña causó en mí tantos efectos que parece que, en oyéndola, se le abrió a mi alma una gran ventana por donde le entraba una muy clara luz. Me consolé mucho con las palabras que me dijo que fueron, echándome la bendición: “La del Espíritu Santo le alcance y le haga suya”.

El Señor me fue guardando de ocasiones y dándome, en algunas, fuerzas para resistirlas... Estaba en casa un pariente mozo (joven). Este me llevó un día a su aposento, que era harto apartado y solo, y queriéndome entretener en cosas que a él le parecía no sabría yo si eran ilícitas, me tomó en los brazos y comenzó a querer jugar conmigo. Aquí me dio el Señor tan gran entereza en lo interior que, como si no pasara nada, se quedó mi ánimo con gran serenidad y con un semblante exterior tan severo que el hombre, turbado, me volvió a poner en el suelo y yo me fui a mi aposento. Yo no dije nada de esto, pero el Señor, que gustaba de conservarme sin culpas en tan tiernos años, tocó el corazón de mi padre para que lo sacase de la casa. Y esto vi que fue orden de su Majestad, porque no se ofreció ocasión para que mi padre lo echase y lo quería bien...

Estuvimos en aquel lugar hasta que yo llegué a los seis años. Mi padre deseaba ir a su tierra y así se determinó de manera que llegamos a Ciudad Rodrigo (Salamanca) en la víspera del glorioso san Juan Bautista.

Era mi padre muy recatado y hacía se guardase en casa gran recogimiento. No entraba nadie, ni aun primos hermanos, y mujeres muy pocas. Esto me valió mucho para no saber nada del mundo... Pero iba creciendo en mí la estimación y soberbia y el cuidado de andar galana... Iba olvidándome de los buenos principios y deseos que el Señor me había dado... y aprovechándome mal del amor que mi padre me tenía, me parece que cobré una desestimación de las personas con quienes trataba; y aquel despego natural de cosas pequeñas ya lo

encaminaba yo a la vanidad, y por ella dejaba de hacer lo que otras niñas de mi edad.

Tendría yo ocho años, no sé si cumplidos, y fue mi padre a una aldea donde tenía alguna hacienda y de allí quiso ir a ver a mis hermanas, que ya eran monjas en aquel monasterio (de Coria). Volvióse a la aldea y, cuando quiso volver a Ciudad Rodrigo, antes de partir, se preparó para decir misa, que desde que se ordenó la decía cada día. La dijo y, en acabando, se entró a recoger a su aposento y expiró, acabándose con su vida los peligros de la mía. Era hombre de mucha virtud y tenía alcanzada en muy alto grado la de la piedad y misericordia y ésta la ejercitaba con sus criados...

VIDA EN EL CONVENTO

Con la muerte de mi padre fue forzoso que mi hermano el mayor se casase y se viniese a su casa, donde yo estaba... Estaba allí (Ciudad Rodrigo) el monasterio de la Santa Cruz de la Orden de nuestro padre san Agustín, donde había entrado mi hermana, y ya era de once años, poco más. Aconsejáronse mis tías con personas que deseaban mi bien y resolvieron llevarme. Yo estaba tan contenta con mis vanidades que fue menester que se hiciese engañándome y, aunque entraba dentro siempre que iba a aquella casa, aquella vez, sin decirme a lo que iba, en llegando a la puerta, lo entendí.

Sentí mucho el haber de quedarme y así lo lloré bien, como niña y ciega en desechar tan dichosa suerte como era salir del mundo y entrar en tan buena compañía... Era entrada en los ocho años, por el mes de octubre, cuando entré en el monasterio. Aquella tarde comenzó nuestro Señor a mudar mi corazón con la novedad de la vida y en ella me daba luz y fuerza del modo con que había de proceder. Y, aunque me hallaba extraña y sentía las faltas que en la comodidad y gusto tenía en la casa de mi padre, a todo ayudaba la divina misericordia. Me acuerdo que me echaron sobre una cama y, echadas las cortinas, me dejaron allí sola algunas horas, pensando que dormía. Pero el Señor, que jamás lo está (dormido), acompañaba mi alma y le enseñaba a caminar en la nueva vida... Entre otras cosas buenas que yo tenía, era el cabello; me lo alababan y yo me preciaba hartos de él, como si no lo hubiese recibido (de Dios).

Mi hermana, aunque era muy hermosa, no lo tenía tal. Pero mi tía gustó de cortármelo pocos días después que entré y me acuerdo que, con gran contento mío, dejé que lo hiciese por dársele (gusto) a mi hermana, siendo cosa que yo tanto estimaba. De las galas y niñerías que yo tenía, las partí (compartí) con ella... Éramos ambas de muy diferentes naturales... Ella era seca y encogida y

algo melancólica; con esto la tenían por desabrida y desagradable, pero algunas que la comunicaron con particular amistad, no decían esto. Sea lo que fuere, el Señor permitió para harto bien mío que conmigo fuese áspera⁵.

No sé si la mudanza de los manjares o la fuerza que me hacía para sufrir callando lo que hallaba fuera de mi gusto ni lo que fue, me dio una enfermedad muy recia de tabardillo (tifus) con el cual di harto que padecer a mis tías. Fue muy larga (la enfermedad) y en toda ella hablé hartas pocas palabras... Saqué de allí que había de ser la que sufriese y sirviese a mis tías y hermana y, si tuviese sinsabores y disgustos, que los había de llevar callando. Estas dos cosas me dio el Señor de manera que pocas veces me sintieron descontento en nada de lo que pasaba y el Señor se sirvió de que hubiese qué ofrecerle desde tan temprano...

Estábamos todas juntas (una tía y las sobrinas) en una celda. Querían ambas tías mucho a mi hermana y la habían criado desde tres años y ella lo merecía. Después que yo fui, como era la más chica, parecían mostrarme más amor. Comenzaron a enseñarme a leer y yo a gustar de aprenderlo. Según fui leyendo, me comencé a aficionar a buenos libros y a tratar de cosas de espíritu y con la buena compañía obraba el Señor lo que tantas veces había comenzado y yo desbaratado, siguiendo mis pasiones⁶.

Los ratos que podía, que era lo más del día y noche, los gastaba en oración y lectura. Los libros en que más me ocupaba eran las epístolas de san Jerónimo, las de santa Catalina de Siena y su vida, y los libros del padre fray Luis de Granada y del padre fray Pedro de Alcántara; este libro, como era pequeño, lo traía siempre conmigo y, en cualquier parte en que me hallaba sola, leía en él...

Me dio el Señor grandes ansias de ser monja, que antes no tenía ningún deseo de serlo, sólo discurría en andar galana y que me estimasen... Me daba su Majestad deseos de servirle con perfección. No tenía confesor con quien comunicar (mis deseos) ni otra ninguna persona, y con mis tías no me atrevía a decírselo. Así que me determiné a seguir por las vidas de los santos que más me cuadraban y una de ellas fue la gloriosa santa Catalina de Siena; y, con la imprudencia de mis pocos años, comencé a tomar de su vida lo más que yo pude sin que se me echase de ver, porque me dio siempre nuestro Señor gran recato y deseo de que no se supiese nada que hiciese de virtud...

⁵ Positio Summ, pp. 272-277.

⁶ Positio Summ, p. 277.

Comencé a hacer algunas penitencias y a holgarme de que no me estimasen y, cuando me cansaba de leer y meditar, cantaba salmos a nuestro Señor y a la Virgen Nuestra Señora, cuyo Oficio y rosario rezaba, y a ella iba con mis peticiones... Pedí a mi tía que me dejase traer vestidos blancos, ya que no podía traer el hábito; y con esto me consolaba...

No tenía diez años, cuando me mandó un padre de nuestra Orden, muy letrado, que recibiese a nuestro Señor (por primera vez). Me acuerdo lo que le dije en esta confesión que hice con él. Fue que, dándonos de almorzar a mi hermana y a mí, había sentido y tenido envidia de que a ella le daban más que a mí, pareciéndome que me trataban como a menor. Esta raíz de amor propio y estima siempre brotaba; y ojalá no brotase ahora. Estuve dos años y medio a mi parecer sin ofender al Señor gravemente y hartos pocos pecados veniales. Había en aquella casa otras dos niñas con quienes algunas veces nos juntábamos a hacer ermitas o cantar salmos; con esto me detenían entre sí.

Entre las misericordias que el Señor me hacía era darme deseo de no disculparme cuando me ponían alguna culpa. Sucedían en casa algunas travesuras y, como yo era tan viva y alegre, pensaban que era yo. Reñíanme mis tías y una vez me castigaron azotándome, porque les dijeron que había dicho una parlería (chisme). Me dio el Señor fuerza para no disculparme y después se supo quién había sido; y lloraba harto mi tía de lo que había hecho y, cuando me miraba, se enternecía de cuán sin culpa me había castigado sin disculparme yo...

Era yo muy enemiga de hacer labor (coser), siguiendo mi juicio propio en elegir los ejercicios que me gustaban y no queriendo obedecer a mi tía en los que me ponía. Con esto le daba hartas ocasiones de enojarse, porque cuando me mandaba estar en la celda, me iba donde me daba gusto, que algunas veces lo tenía de visitar a las que eran más ancianas y solas. Si me mandaban algo, lo hacía de buena gana, pero muy poco; porque, como me había criado con tan gran regalo y yo era más delicada que otras niñas, no tenía fuerzas. Esto veía mi tía y no me dejaba hacer nada. Si se ofrecía alguna menudencia, lo mandaba a mi hermana⁷.

Me dio nuestro Señor un natural muy vergonzoso y extremado en cosas de honestidad y harto me valiera conservarle en el transcurso de la vida como en la niñez. Entraban niños en casa y ellos y las niñas se juntaban y, aunque yo veía sus juegos, nunca pude aficionarme a ellos, porque el Señor me tenía con su mano, aunque aquellos juegos despertaron en mí algunas travesuras livianas...

⁷ Positio Summ, pp. 278-280.

En muriendo mi tía (la menor), el Señor tocó a mi hermana para que tomase luego el hábito en aquella casa que hasta entonces no tenía este deseo, porque siempre la criaban para casar. Tendría quince años no cumplidos y yo once no cumplidos.

Quedamos bajo el gobierno de la otra tía y mi hermana tomó el hábito. Pasados algunos días, la llevaron al noviciado con otras novicias que había y yo me quedé sola (en la celda) con mi tía... Me di más a la lección (lectura) y oración; servía y acompañaba a mi tía que, con su ejemplo, pudiera ganar hartos mi alma, si yo supiera aprovecharme. Este año me dio una enfermedad que me duró más de cuatro meses. La llevé con harta soledad, porque mi tía era tornera y mi hermana estaba en su noviciado. Me sucedía estar los más de los días sin que nadie me viese y, algunas veces, si me levantaba por algo, quedarme desmayada en el suelo por algunas horas sin poder volver a la cama; a donde volvía tan mala que parecía me moría. Estuve muy peligrosa y desahuciada de los médicos por dos o tres veces y, aunque mi tía tenía todo el cuidado que podía, no era posible dejar de padecer muchas incomodidades.

A los dos meses de este mal, profesó mi hermana, pero no quiso el Señor que con esto se remediase algo mi soledad, porque como ella era niña y yo no lo merecía, sucedía pasarse algunos días sin verme. Y a mí me dejaba su Majestad sentir mucho esto, aunque no bastaba para que me quejase a nadie.

En esta edad tomé amistad con otra seglar que estaba en aquella casa para ser monja. Tenía muy buenas inclinaciones y hartas virtudes, pero ninguna aprendí ni se me pegó, sino una imperfección que tenía, que era comer barro (arcilla olorosa como golosina), cosa que me afeaban mucho los confesores. Me duró esta mala costumbre algunos años. En ellos proponía muchas veces dejarlo, pero luego tornaba a ensuciar el alma con este gustillo tan civil⁸.

Tendría doce años cumplidos y murió allí una monja a cuya muerte me hallé y, al punto de expirar, me dio nuestro Señor tan gran sentimiento de aquel trance y de lo que en él se siente, que, arrebatada de aquella pena y dolor, estuve más de una hora sin sentido... Fue mucho lo que el Señor me representó allí de aquel trance y me quedó tan en la memoria que me duró más de doce años aquel temor de la muerte. Ese día, me acuerdo que entró al entierro de esta religiosa un padre... Me exigió que le dijese lo que había sentido cuando me sucedió lo que tengo dicho... Le hizo harta impresión y quedó muy espantado de que en tan poca edad me hubiese dado el Señor sentir tan ciertas verdades. Comencé a

⁸ Positio Summ, pp. 280-283.

traer gran miedo de la muerte y de aquel juicio que el Señor me había mostrado, que se hacía con los que morían. Creo que me valió hartó para guardarme de las ocasiones (de pecado). Me acuerdo que esto y la incertidumbre de la hora (de la muerte) me hizo despegarme mucho de todas las cosas de esta vida y desestimar todas las temporales...

Comencé a hacer más penitencia y tener más ratos de oración y había días que, enteros, los gastaba en esto, y muchas veces me levantaba de noche a tenerla. Me fui quitando el sueño y ayunaba cuatro días en la semana⁹.

Me dio el Señor gran afición y deseo de servir a las enfermas y, las que lo estaban, gustaban de que yo las acompañase y sirviese. Decían que tenía habilidad para esto. Con ser seglar, me hicieron enfermera y tuve salud y fuerzas para hacerlo; de manera que en aquel verano hubo más de doce enfermas y, estando en diferentes aposentos, los barría y hacía todo lo que necesitaban sin tener más de una lega que les guisaba las comidas¹⁰.

Por este tiempo tuve... comunicación con otra doncella de mi edad que había quedado allí, no para ser monja, antes estaba determinada a casarse. Este propósito me comunicó y los medios que para ello tenía puestos... Bastó esto para divertirme (disiparme) tanto que, si me trataban de que yo me casase, no lo recibía mal, sino que me gustaba de que me hablasen de esto.

Estando en esta disposición, fue cuando comunicaba por papeles a la amiga que he dicho. Al recaudo (mensaje) que me envió (su padre) le respondí con otro que ambos fueron de cortesía al parecer. Pero la persona no estaba tan sin cuidado como yo pensé, porque trataba con su hija que negociase que yo me casase con él. Con este ánimo, se determinó a escribirme un papel; y como el Señor sabía cuál era mi flaqueza, y que me vencerían, si con la comunicación me fuesen obligando, atajó este mal mío con su divina providencia.

En dándome el papel, me fui a leerlo al dormitorio donde estaba un Cristo pintado atado a la columna. Yo lo abrí y, en viendo la firma, fue tan grande el temblor y miedo que tuve al Señor, pareciéndome que se disgustaba de aquel trato y de que yo diese entrada a semejantes conversaciones que, haciendo pedazos los papeles, me determiné a dejar la comunicación de la amiga, y así lo hice¹¹.

⁹ Positio Summ, pp. 283-284.

¹⁰ Positio Summ, p. 287.

¹¹ Positio Summ, pp. 287-288.

Ordenó el Señor que a mi hermana le faltase la salud, dándole grandes enfermedades y muy recio mal de corazón; con esto no podía estar sola un punto, ni de día ni de noche... A mí me dio el Señor una perseverancia en servirle que espantaba a quien la veía y los médicos notaban con la puntualidad que era cuidada. Duró esta vida hasta que se acabó la de mi hermana que serían casi 15 años... Pasábame muchas noches sin dormir y durante el día no podía reparar el sueño, porque no me podía apartar de su cabecera... En uno de estos aprietos, después de haber pasado 15 días y noches harto trabajada, una noche, dejándola dormida, me salí de la celda por un rato y, cuando volví, la hallé dando voces, quejándose a mi tía de que la dejaba sola con hartas palabras ásperas... Pasó tan adelante su enojó que, llegándome a ella, me puso las manos. Yo no tenía otro favor más que irme delante del Santísimo sacramento, de donde salía con fuerzas para proseguir con la vida que llevaba, que era tan llena de aprietos y trabajos que no la podré pintar...

Otro día estaba mi hermana muy mala y, por otra falta que le hice, se enojó como otras veces... y fue tan grande mi sentimiento de lo que me dijo que, me acuerdo, parecía partírseme el corazón de dolor. Me salí al claustro y, arrimada a un ángulo, mirando al cielo, comencé a discurrir por la vida que tendría si perseveraba en aquella casa. Me prometía yo una larga vida, porque mi hermana era muy moza y, aunque enferma, de buena complexión. Pintábame el demonio la vida tan pesada y trabajosa que a mí me parecía imposible pasarla con tan gran desconsuelo y trabajo de cuerpo y alma. En fin, me determinaba a dejar la cruz. Pero el Señor, que veía mis propósitos tan fuera de lo que su Majestad quería de mí y, si los conseguía, me ponía en peligro de perderme, hizo... que se remediase mi engaño.

Estando así, me arrojó su Majestad una centella de su luz y me acordé cómo es de su gusto y se da por servido que le ofrezcamos lo que más nos duele. Con sólo esto, me dio tanta fuerza en la determinación que, cesando las lágrimas, ofrecí al Señor proseguir con aquella vida. Y para que con la fragilidad de mi natural no me venciese el demonio, hice voto con juramento de no salir de aquella casa y tomar en ella el hábito... Me ofrecí al Señor en todo y por todo y que por Él sufriría y serviría a mi hermana con todo el cuidado y puntualidad que pudiese. Desde este día hasta hoy, nunca más tuve ni un solo pensamiento de arrepentimiento de haber sido monja ni de haberme quedado en aquella casa.

Me dio también el Señor un entrañable amor para con mi hermana, de manera que ninguna cosa bastaba a disgustarme de modo que pudiese hacerle ofensa por esto, aunque creo le haría muchas¹².

¹² Positio Summ, pp. 288-290.

Con la ocupación de acudir a mi hermana, me parecía que no tenía tiempo para la oración y así la fui dejando. Estuvo mi hermana enferma un verano en una pieza donde había otras de su edad, que lo estaban. Para entretenerse tenían libros de caballerías (novelas románticas) y otros semejantes. A ellas no les hizo daño..., pero yo, como era fácil en todo lo malo, lo fue para mí aquel entretenimiento. Lo tomé tan de veras que yo era la que siempre les leía y, sin que me lo mandasen, lo solicitaba. Se me pegó el gusto tanto que ya no me hallaba sin tener uno de estos libros. Y un pariente que tenía mozo me proveía de este mal ejercicio, buscándome nuevos libros. Ya no era menester entretener enfermas que, sin que las hubiese, ocupaba yo el tiempo en esto y me acontecía gastar casi toda la noche leyendo, y el entendimiento que el Señor me había dado, se ocupaba en vanidades.

Algunas veces, me daban las amigas sus papeles y cartas para que yo los registrase y mirase si iban bien escritos, que, para hartó daño mío, se imaginaban que tenía entendimiento. No sólo leía las cartas, sino que me hacían responder a las que recibían. Pero siempre me tuvo el Señor de su mano para que yo no apeteciese semejantes correspondencias...

Eran estas ocasiones hartó grandes; porque, como me tenían las de casa por tan honrada, ellas me pedían que fuese a sus visitas; cosa que yo sentía por el peligro mío y por lo que me descontentaban personas que, a mi parecer, les engañaban; pero, por darles a ellas gusto, iba y no les decía nada, que fuera bien desengañarlas. ¡Válgame Dios, qué de ignorancias hacía con la gana de dar gusto y ser leal a las criaturas, que al Creador no sé si lo fuera tanto!

Con estos entretenimientos fue entrando en mí la ociosidad y sequedades grandes, cuando quería llegarme a la oración. La fui dejando del todo, que antes algunas veces la tenía. Y como el demonio me vio sin este arrimo (apoyo) y sabía bien con la facilidad que me llevaba tras de sí, comenzó con más fuerza a conquistarme... Una vez, abrí una carta que escribía una hermana mía a una monja de otro monasterio amiga suya, no más que por vana curiosidad y deseo de saber qué le decía. De estas cosas, hacía muchas sin temor de ofender a nuestro Señor... Con las impaciencias que tenía, que eran muchas y muy ordinarias, lo era también jurar muchos juramentos sin necesidad y para disculparme¹³.

Cuando vino un jubileo de los que llaman centenarios, me determiné a confesarme (confesión general). Me acuerdo que puse todo el cuidado que pude

¹³ Positio Summ, pp. 293-294.

para hacerla bien. Quedé algo sosegada y comencé a determinarme a enmendar la vida, pero tenía tan poca fuerza con las raíces que habían echado las malas costumbres que no me acuerdo que hiciese mudanza grande... Tenía tan poca humildad o, por mejor decir, tanta soberbia que buscaba confesores que no me conociesen, aunque esto también me parece que lo hacía para huir de no hacer mal las confesiones, diciendo con encogimiento mis pecados que, como eran tales, hacíanme gran fuerza para confesarlos con quien me conociese... Y tomé devoción con los santos que antes de serlo habían sido pecadores: san Pedro, san Pablo y la Magdalena, eran a los que yo más llamaba; y a David y la cananea y la samaritana. Hacía lo que el publicano, poníame delante de nuestro Señor, imaginándome lejos y, mirándole, no hacía más que estar allí confundida y avergonzada de lo que era¹⁴.

VIDA RELIGIOSA

Mariana decidió ser religiosa y, después de todas las formalidades del caso y firmadas por su hermano mayor las escrituras para garantizar la dote, tomó el hábito en el convento de las agustinas de Ciudad Rodrigo, donde vivía desde los siete años, teniendo ya 18, el 15 de febrero de 1587. Ella misma nos dice al respecto en su Autobiografía:

Los deseos de ser monja comenzaron a ser mayores y así comencé a suplicar al Señor que me los cumpliera... Envió mi hermano recaudo (mensaje) para que me diesen el hábito si no quería esperar, porque luego no podía ir él por haberse muerto su mujer. Yo me espanté de esto; porque, sin haberle dado prisa, envió los poderes que otras veces que le había dado (prisa) no pude acabar (conseguir de él). Yo no quise esperar y así tomé (el hábito) de edad de 18 años, víspera del glorioso san Guillermo, santo de nuestra Orden y de quien yo era muy devota.

Ya hacía días que me habían dado el libro del “Camino de perfección” de la Madre Teresa de Jesús y sus “Avisos”; estos tenía yo puestos en una pared, en lugar donde podía leerlos, y procuraba tomarlos de coro (aprenderlos de memoria) para hacer lo que en ellos aconseja esta santa; pero, como yo era tan ruin, poco me aprovechaba de su santa doctrina. Luego que salió el “Libro de su Vida”, mucho antes que se imprimiese, me lo llevaron; creo que fue antes de que muriese. Me ayudó mucho y conocidamente andaba mejorada, cuando lo leía, pero las espinas que habían sembrado mis pecados no me dejaban gozar de conciencia segura, porque la traía tan inquieta con escrúpulos y temores que no

¹⁴ Positio Summ, pp. 294-296.

podía sosegar. Creo que me duró esta vida (con escrúpulos) más de doce años, aunque en este tiempo había algunos de serenidad...

Pasé algunos meses del noviciado en diferencias de tiempos, unos de borrascas y otros de serenidad. Por setiembre adelante, me dio una enfermedad y, porque con la poca salud de mi hermana no la acongojase tenerme en la celda, me llevaron a la celda de una monja que también estaba enferma... Me devolvió el Señor los deseos de padecer y me hizo merced de que tuviese en qué ejercitarlos, aunque hartó poco para lo que merecía... Fue mi tía a verme una noche y, queriendo darme un poco de azúcar para beber, me quedé al parecer muerta en sus brazos y sin hacerme beneficio ninguno me dejaron poco mejor hasta la mañana, que volví algo en mí y me hallé hartó mala. Deseaba yo entonces morirme para no ofender más a nuestro Señor, aunque los miedos de la cuenta eran muchos, pero eran mayores los que tenía de mi flaqueza...

Presto estuve buena, aunque desde entonces el demonio comenzó a tratar de quitarme la salud, si ya no era la vida. Unas veces, errándome los médicos las curas; otras, tentándome a mí para que, o dijese más mal del que tenía o negando lo que sentía. Con esto, me hacían algunas medicinas que pudieran acabarme la vida, si el Señor no me diera fuerzas para resistir las curas; y esto fue muchas veces... Me dio el Señor fuerzas y harta salud por más de siete u ocho años. Me levantaba a las tres de la mañana, no comía más de una vez al día y esta era hartó poco. Tomaba cada día disciplina y, muchos, tres veces al día. Muchas noches no dormía en cama y, de sueño, lo ordinario eran tres horas y, otras veces, menos¹⁵.

El Señor me fue haciendo muy grandes mercedes sin que me costase el hallarle muchos pasos, porque a pocos salía al encuentro y lo hallaba tan lleno de misericordia y amor como si jamás lo hubiera ofendido... Se manifestaba al alma de diferentes modos. El más ordinario era la presencia de Cristo nuestro Señor que me la volvió su Majestad con muchos efectos con que fortalecía la flaqueza de mi alma. Lo traía siempre a mi lado con un semblante tan amoroso que me deshacía el corazón y andaba tan recogida que no podía asistir (atender) a otra cosa, aunque, como he dicho, procuraba siempre disimular estas cosas.

Llegó el tiempo de profesar y con harta ansia de hacer bien este sacrificio. Para que le fuese agradable, hice una confesión general con un padre de la Orden del glorioso Santo Domingo. Quedé con muy gran consuelo y quietud... Estando ya cerca de hacer la profesión, pues no faltaban más de tres semanas, le dio a mi tía un dolor de costado de que murió en seis días. Fue su

¹⁵ Positio Summ, pp. 296-298.

muerte como la vida, y salió de ella con tan gran alegría que no podíamos entristecernos las que estábamos con ella. Muy pocas horas antes de que muriese, me llamó para que le leyese la meditación que pone el padre fray Luis de Granada de la gloria de los bienaventurados; y la estaba oyendo con suma alegría. Vivió en la Orden casi 60 años con gran ejemplo de virtud. Algunos años acompañó al Santísimo sacramento de manera que, entre ella y otra amiga suya, jamás lo dejaban solo de día ni de noche. Un día, entrando al coro, vio salir de la custodia del Santísimo sacramento un gran resplandor a manera de llama muy encendida... Cuando murió, era Priora de aquella casa...

Sentí mucho su muerte, porque era grande falta de tan santa persona. Luego vino mi hermano y, dentro de ocho días, me dieron la profesión (el 21 de febrero de 1587) con mucho consuelo mío y estima de la misericordia que nuestro Señor me hacía de admitirme a tan alto estado, pero con toda la luz que su Majestad me dio, hice con hartas faltas esta entrega de mí en sus manos¹⁶.

RELIGIOSA PROFESA

Como yo era recién profesa, no se atrevió el padre provincial a hacerme sacristana, que era oficio de antiguas; pero, atendiendo a que yo lo hiciese, nombró a mi hermana que ni tenía fuerzas ni salud. Con esto le hube yo de hacer... Había de acudir a él y a las enfermedades de mi hermana, y al coro no había de faltar. Para todo me daba nuestro Señor fuerzas. Como eran tan grandes los deseos con que andaba de agradar al Señor, nada me cansaba, antes crecía el deseo de padecer. Y así, cuando me hallaba cansada, era para mí gran consuelo, porque entonces me parecía daba más gusto a su Majestad. Me acordaba del cansancio de Cristo, Señor nuestro, cuando llegó al pozo de Samaría. Allí lo buscaba muchas veces y me parece que siempre lo hallaba amoroso para mí, dándome entrada para que le acompañase, echada a sus pies largos ratos.

Nunca busqué a este Señor que no lo hallase... Me consideraba en el coro y dormitorio dentro del Corazón de Cristo y sin decir nada más que “En paz me acuesto y enseguida me duermo, porque Tú solo, Señor, me haces vivir tranquila” (Sal 4, 9), me estaba algunos ratos sin otro discurso, sino estimando aquel bien infinito donde reposaba mi alma sin bullicio de las criaturas... Las veces que despertaba, si no era tiempo de levantarme para vestir, por lo menos hacía alguna breve oración y la más ordinaria era el verso “Gloria al Padre”,

¹⁶ Positio Summ, pp. 299-300.

que siempre me ha dado gran consuelo. Otras veces, me alentaban los cinco primeros versos del “Bendice, alma mía, al Señor” (Sal 102, 1)...

Pero, cuando el demonio veía que aprovechaba algo y tomaba tiempo para ir al coro algunos momentos, me daba tan gran temor y miedo de hallarme sola que, si el Señor no me diera ánimo, no pudiera vencerlo. En esto padecí mucho con horribles imaginaciones, representándomelas con gran viveza y me hacía muchos ruidos, que no podía yo dudar eran estruendos suyos, con que andaba atemorizada; mas nunca lo dije, porque no tuviesen miedo y porque me parecía que, si daba cuenta de esto, se atrevería a más el demonio... No me daba cuenta yo de que lo hacía para quitarme que fuese de noche al coro y así con esto, dejaba de ir... hasta que (el Señor) vino a quitarme (el miedo) del todo, de modo que por ningún acaecimiento temía nada.

No sé cómo decir lo que sentía de alegría, cuando me hallaba sola en el coro casi a todas las horas de la noche, los júbilos y misericordias que el Señor me hacía¹⁷.

La víspera de la Asunción de María estaba en vísperas y, llegando al Magnificat, sentí una manera de arrebatamiento que sensiblemente me pareció tomaba el corazón nueva vida y, como fuera de mí, se me representó la subida de nuestra Señora al cielo en cuerpo y alma. Me parecía que iba cercada de gran multitud de ángeles que, cantando en coros, hacían una música muy suave. Me parecía también que iba acompañada de otros muchos santos que con gran gloria cantaban las alabanzas y virtudes de esta Señora. Yo sentí un gozo tan grande que, sin poderlo disimular, comencé a verter lágrimas de alegría en gran abundancia... Me dejó desde aquel día tierno el corazón, y, por más de 15 años, eran en gran abundancia las lágrimas que derramaba por mis pecados¹⁸.

Tendría casi veinte años y nos levantaron a mi hermana y a mí (la calumnia) de que habíamos quebrantado una excomunión que había puesto el padre provincial. Esto lo sufrió mi hermana con gran paciencia y sin queja alguna, aunque se levantó de ello algún escándalo en el convento, porque envió el padre general para esto un visitador; pero, como no halló ninguna luz de que fuese verdad, se acabó todo sin quedar nosotras con ningún disgusto... Una noche soñé que yendo a visitar a una religiosa enferma estaba con la persona (que habló mal), la cual me decía algunas palabras de enojo y yo las sufría, mas no por esto dejaba ella de decirlas y, queriendo yo irme de la celda, cuando iba a salir, vi que entraba Cristo, nuestro Señor, como cuando andaba en el mundo.

¹⁷ Positio Summ, pp. 300-301.

¹⁸ Positio Summ, pp. 302-303.

Traía consigo al glorioso san Pedro, a san Andrés y a san Juan Evangelista y, tomándome de la mano, mirando a las que allí estaban, dijo: “¿Así la tratan? Pues yo la pondré entre mis escogidas”. Y, llevándome del brazo, me puso en una procesión de monjas vestidas de blanco, las cuales yo no conocía, sino a una que fue la compañera que saqué cuando salí de Santa Cruz (Ciudad Rodrigo). Delante de toda la procesión, iba Cristo nuestro Señor y yo detrás de todas. De este sueño desperté con gran alegría, aunque luego se me olvidó sin poder acordarme de él hasta la fundación de Éibar. Yendo con el Santísimo sacramento en procesión desde la iglesia mayor hasta nuestra casa, me acordé y nos llevaban con el mismo orden que he dicho. Íbamos siete monjas y no conocía más que a la compañera. Yo no creo en sueños; pero, contando éste, me han dicho que no fue sólo sueño¹⁹.

En el oficio de sacristana hice hartas faltas. Tuvo mi hermana muy grande falta de salud y la apretaron mucho las enfermedades. Entre lo que debía padecer estaba la falta de lo temporal, porque el convento no podía acudir a más de darle un sustento ordinario y muy mediano, porque mis hermanos no residían en aquel lugar... A esto se juntaba el gasto de la sacristía, que era muy grande. De todo debía yo tener cuidado y, además del trabajo que tenía, era forzoso hacer labor (coser) para suplir alguna parte. Para todo me daba el Señor fuerzas y tan gran ánimo que parecía incansable.

Me traía el Señor con gran alegría y aliento, de modo que, cuando me acuerdo de la misericordia grande que nuestro Señor me hacía en darme salud y fuerzas para un peso tan grande de trabajo, lo alabo y le doy gracias por ello...

En este tiempo, murió allí una monja, cuya muerte sentí yo mucho, porque la quería con gran pasión; y así me dejé llevar del sentimiento con harta demasía. Y conozco que ofendí en esto a nuestro Señor, porque ya me había dado luz de la lástima que era verter lágrima que no fuese por haberlo ofendido...

Me dio el Señor una oración más superior, a mi parecer, porque antes hacía yo algo de mi parte, pero en lo que ahora diré, no podía yo hacer nada... En poniéndome delante de Cristo nuestro Señor, le hallaba a mi lado, y de allí me levantaba a un agradecimiento y amor que, sin poder salir de allí, estaba algunas horas sin cansarme jamás de este modo... Sucediame muchas veces que, cuando andaba por casa, si me hallaba sola en alguna parte, no poder pasar adelante, porque este Señor me detenía y, en particular, cuando subía una escalera grande que había, me ponía a adorarle y suplicarle me echase la

¹⁹ Positio Summ, pp. 303-304.

bendición. Si hacía alguna falta, me reprendía amorosamente y, si padecía algo o trabajaba en cosas acerca de su divino servicio, le hallaba para ayudarme²⁰.

En las comuniones, me hacía nuestro Señor muchas mercedes y era tan grande sentimiento y seguridad el hallar la presencia de Cristo en este santo sacramento y el recogimiento que aquí sentía el alma que hacía falta muchos cuidados, cuando llegaba a la reja, para poderme tener en pie y volver al asiento.

Muchas veces, veía que estaba el coro lleno de ángeles y serafines con una reverencia tan grande que parecía no poderlo sufrir con la confusión y vergüenza que sentía de verme entre aquellos espíritus bienaventurados. Y, si los veía con los ojos corporales, los cerraba para poder estar allí. Les pedía con hartas lágrimas que me enseñasen a hospedar a este Señor y que me ayudasen a limpiar mi posada tan sucia, haciendo ellos el hospedaje. Hallaba en ellos gran socorro y me parecía que me enseñaban y me ayudaban en lo que les pedía...

Algunas veces, me consolaba el Señor animándome para que me llegase a recibirle más a menudo. Otras me enseñaba las cosas que yo ignoraba acerca de divino servicio, dándome siempre luz en lo que era más perfecto... No podía apartarme por mucho tiempo de este divino sacramento, porque experimentaba que me venía de esta fuente todo el bien y él era el que con su fortaleza sustentaba la flaqueza mía en todo lo que era virtud, porque yo bien veía que no podía ir adelante en nada que lo fuese.

La noche antes de recibir al Señor, procuraba tener mayor vigilia, alargando la oración; y los tres días antes de él, los ofrecía a las tres personas de la Santísima Trinidad, suplicando a cada una de ellas que me favoreciese para que yo recibiese a este Santísimo sacramento con pureza y agrado de su Majestad²¹.

Los trajes (hábitos y tocas) procuraba yo fuesen lo más religioso que podía y en esto también levantó el enemigo alborotos y contradicciones; y como yo era moza y había otras de mi edad que no andaban como yo, les parecía singularidad. Llegó esto a determinarse tratarlo con la priora y pienso que la debieron persuadir que era malo lo que hacía; porque, saliendo un día de vísperas, delante de todo el convento, se llegó a mí y me tiró por la toca que traía, diciéndome que todos los extremos eran viciosos y aquel era uno de ellos. ¡Que no trajese aquellas tocas! Y ellas no tenían (de especial) que ser blancas

²⁰ Positio Summ, pp. 306-307.

²¹ Positio Summ, pp. 307-308.

como las traían del río. Yo no dije nada, aunque como flaca lo sentí, y procuré obedecerla en lo que me pareció lícito²².

A los 26 años, tuve algunas enfermedades que las pasé con harto trabajo... Siendo de esta edad y mi hermana de treinta no cumplidos (en 1594), trataron de hacerla priora... A ella le dio nuestro Señor salud el año y ocho meses después que la eligieran. Gustó de que yo estuviese al torno, donde tuve algunos trabajos, pero me fue dando nuestro Señor más sufrimiento, porque fue menester para las cosas que mi hermana deseaba poner a su gusto.

Le dio el Señor gran entereza para las cosas que le parecían de su servicio... Le cambió mucho nuestro Señor y le dio fuerzas para hacer penitencias y, como era tan delicada, fue de mucho ejemplo ver la vida que hacía. La puso su Majestad en oración y le dio gran deseo de trabajar para que fuese allí muy servido.... Padeció muchos trabajos en el tiempo que tuvo el oficio, que no fueron dos años cumplidos. Acabada la Cuaresma, le dio una gran enfermedad y, al quinto día, comenzó a echar sangre por la boca y esto le duró hasta que murió, que fue al año. En él la apretaron las enfermedades de manera que estuvo cuatro o cinco veces muy al término... Estando un día delante de su Majestad, después de haber tenido largo rato de oración, me mostró que mi hermana moriría presto... Y, aunque recibí pena, por otra parte quedé consolada de su bien. Esto fue algunos meses antes que muriese...

Murió de 31 años no cumplidos y estuvo en el oficio de priora un año y nueve meses. Sentí mucho su muerte y todas lo sintieron tanto que no podían hacer el oficio de su sepultura de tantas lágrimas²³.

Pasados ocho días, la vi en sueños. Me pareció mucho más hermosa que cuando vivía. Estaba yo en la cama y ella se llegaba a mí y se sentó sobre ella. Y, acordándome que era muerta, me respondió luego a este pensamiento y, tomándome la mano, me dijo que muerta era; pero que, como yo estaba tan sentida, le había dado nuestro Señor licencia para que viniese a consolarme y decirme cómo ya estaba en el cielo, gozando de su Majestad. Y pareciéndome que era presto, me dijo: “Así es, que es muy presto para quien yo fui; mas por lo que trabajé en el coro, me ha hecho el Señor esta merced, que recibe por gran servicio las alabanzas que allí se le dan”... Otras muchas cosas me dijo tocantes al gobierno del convento y cómo yo me había de haber en ellas. Yo quedé con mucho consuelo de este sueño. Y, aunque no por esto dejaba de encomendarla a

²² Positio Summ, p. 309.

²³ Positio Summ, pp. 310-312.

nuestro Señor, no podía ya tener pena; porque me quedó una gran seguridad de que ya estaba descansando en el Señor²⁴.

Con la venida del padre provincial, se hizo elección de priora y en ella di harta ocasión para que pensasen que yo estaba apasionada en las elecciones de los oficios... Me pidieron que les dijese la que me parecía que hiciesen. Yo les dije que hiciesen una de las dos que les propuse. Esta elección salió y, a la primera vez, que fue una de las dos que he dicho. Dijéronse de mí muchas cosas y harto pesadas acerca de esto en razón de que yo había persuadido a las monjas para que hiciesen esto... Yo deseaba mucho quedar sin oficio, porque me parecía que así podría servir a nuestro Señor con más quietud; pero, por ciertos respetos humanos, hube de admitir el ser maestra de novicias²⁵. Hice muchas faltas en este oficio, no cuidando mucho de aquellas almas que me dieron a mi cargo ni con ejemplo ni con enseñanza. Profesaron presto, que creo no les faltaba más de cuatro meses²⁶.

Me veía algunas veces un caballero mozo, hermano de una monja, gran amiga mía, que por ello le iba a hablar, por pedírmelo ella con gran instancia, pero era yo tan liviana que me gustaba que me quisiesen bien y con una vana y temeraria confianza de que no caería en semejantes cosas, me entraba por las puertas de la ocasión. Esta era ordinaria y duró harto tiempo, porque yo holgaba (disfrutaba) de que me tuviesen por mujer poco fácil y, por mejor decir, dificultosa de alcanzar mi correspondencia y aquí ponía el demonio el fuego para que más deseasen tratarme.

En lo que ofendí al Señor con esta persona fue oyéndole hartas demasías y encarecidas palabras de voluntad... Ofendí a su Majestad, dándole una mano para que la tomase, y de esta liviandad mía sacó nuestro Señor bien, haciendo de esta ponzoña, medicina saludable para mi alma. Me acuerdo que, saliendo de la reja, me fui el coro y, acordándome de lo que había hecho, que ya iba atravesado mi corazón de dolor, comencé a llorar delante del Santísimo sacramento mi culpa y le suplicaba que me diese fuerza... y determiné no verlo. Y me hizo el Señor merced de salir con ello, aunque las importunaciones fueron algunas. De esta ocasión, me vi libre; pero la culpa que en ella cometí no fue sola, que otras veces caí en ella con diferentes personas²⁷.

Entre otras personas que me visitaron fue una eclesiástica, de grandes dones y entendimiento. Veíame por algunos respetos (asuntos), pero todos

²⁴ Positio Summ, p. 312.

²⁵ En 1596 con 28 años es nombrada maestra de novicias.

²⁶ Positio Summ, pp. 313-314.

²⁷ Positio Summ, pp. 317-318.

humanos. Esta conversación era para mí más peligrosa, porque le tenía alguna voluntad, aunque poca... Al cabo de un tiempo, se declaró, pero yo le dije que por ningún caso admitiría semejante comunicación con sospecha y peligro de ofensa de nuestro Señor... En fin, me importunó, aunque no tanto que si yo fuera fiel al Señor no pudiese librarme; pero, como liviana, vine a conceder en su deseo (de correspondencia)... No había salido del locutorio, cuando me dio un vuelco el corazón y toda turbada de lo que había hecho, muy presto pensé cómo lo remediaría; y vi que, si no era desengañándole, de que mi voluntad era de nuestro Señor y que a nadie la había de dar, no tenía remedio. Me dio su Majestad gran fuerza. Y era bien menester, porque la persona era muy a mi gusto y de gran entendimiento, pero todo lo atropelló el Señor y, sin esperar a más, le escribí un papel, pidiéndole que no me viese más, porque no saldría²⁸.

PRIORA

Algunas deseaban que la elección (de priora) se hiciese en mí, aunque eran las menos, porque decían que era rigurosa... Se hizo la elección con gran sentimiento de las que no querían (elecciones) y llegó a tal término que se echaron en las camas, diciendo que no se levantarían de ellas todo el tiempo que yo fuese priora. Las que esto dijeron estaban también harto sentidas y yo más de verme con semejante obligación y, si no me apremiaran en conciencia a cargarme de ella, me parece que no lo hiciera... Me acuerdo que, en cuanto se tomaban los votos, me fui a la sacristía, donde estaba un Cristo crucificado y, poniéndome de rodillas, le dije que bien sabía estaba yo cierta de que no había los votos cabales, pero que, si la elección saliese, entendería era su voluntad y, siéndola, lo aceptaría en confianza de que su Majestad había de ser el prior y quien todo lo hiciese, pues yo ni tenía suficiencia para aplacar aquellos ánimos.

Salió echa la elección del primer escrutinio (el 19 de noviembre de 1599) y todas quedaron harto tristes de ella (las que no me querían de priora). Y tenían mucho por qué, ya que, fuera de ser yo tal y tan sin dones, no tenía 30 años cumplidos. Y había en casa, de esta edad y más ancianas, muchas de mayores talentos sin comparación... Al día siguiente, traté de irles a hablar con la demostración de amor que yo más pude, porque le tenía a todas muy grande. No sé qué fuerza puso el Señor en las palabras o cómo movió los corazones que, antes que aquel día terminase, quedaron todas llanas (conformes) y con el gusto como si lo hubieran hecho, y las que más lo habían sentido parecían eran de las más contentas.

²⁸ Positio Summ, p. 319.

Me hizo el Señor merced de que hubiese paz entre todas por aquellos tres años. Y, si alguna inquietud se levantaba, luego su Majestad volvía a sosegarla... Me acuerdo que se encontraron (enemistaron) cuatro monjas y llegó a mi conocimiento y luego hice que se hablasen, pero el demonio volvió a sembrar cizaña entre las mismas. Yo no les dije nada. Me fui un viernes a recibir a nuestro Señor y al punto hice que llamasen a capítulo (reunión de Comunidad). Y en él no les dije más de que había de ser una de dos: o dejar yo el Oficio o que no había de haber en aquella casa rencillas... Y, sin salir de esta Reunión, se pedían las unas a las otras perdón con demostraciones de gran amor y sumisión, quedando todas con gran consuelo y yo mucho más que ninguna. No me acuerdo haber advertido cosa en capítulo que no la viese remediada y creo que, si yo tuviera espíritu para ayudar lo bueno que todas tenían, que crecieran mucho en él, pues, siendo yo tan ruin, eran obedecidas las cosas que les decía²⁹.

Tuve dos enfermedades muy peligrosas, de modo que llegué a estar muy al término... Quedé muy acabada de fuerzas y con muchos achaques de manera que dijeron los médicos que, si no dejaba el oficio (de priora), no sanaría. Las monjas lo sentían mucho, pero era tan grande el amor que me tenían que venían en ello (aceptaban) por verme con salud. Esto me obligó a mí tanto que suplicaba a nuestro Señor muy de veras me diese salud. Al fin estuve buena, pero con tan gran debilidad de estómago que, de sólo pasar de un aposento a otro sin chapines no sosegaba en todo la noche de dolor y me quedaron muy grandes dolores que me venían a apretar mucho³⁰.

Llegóse el tiempo de acabar el trienio de priora y yo tenía prevenido al padre provincial para que viniese al punto que acabase, que era en el mes de noviembre... El padre Antolínez³¹ me dijo que deseaba que fuese el monasterio (Éibar) muy observante, a donde con perfección se guardase la Regla de nuestro glorioso padre san Agustín y que le habían pedido esta fundación algunas monjas muy graves de la Orden, pero que hasta hablarme no les había dicho nada.

Me alegré, cuando me dijo que deseaba que se guardase la Regla con perfección, pero no fue de manera que me hiciese recordar mis antiguos deseos ni me dio ningún deseo de ir a esta fundación... Me dijo que deseaba llevar monjas de aquella casa... Y, declarándome su gusto de que yo fuese, me acuerdo que alcé los ojos a una ventana por donde se veía el cielo y, al punto, pareció

²⁹ Positio Summ, pp. 326-328.

³⁰ Positio Summ, p. 329.

³¹ Varias veces provincial, profesor de la universidad de Salamanca y más tarde obispo de Ciudad Rodrigo y arzobispo de Santiago, fue el gran impulsor de las fundaciones de agustinas recoletas y llevó a Éibar a la Madre Mariana.

que me habían arrojado desde allá una saeta o dardo que me atravesó el corazón, con lo cual recordé y vi que ya me buscaba el Señor, ofreciéndome aquella ocasión para que se cumpliesen los deseos que me había dado tantos años antes. Y, sin poderme reportar, me volví al padre provincial y con lágrimas le dije que, si le parecía que podía yo ser a propósito para aquella fundación, que allí me tenía, pero que mirase cuáles eran mis fuerzas y mi salud... Quedó muy contento de que le hubiese dicho que iría, pero no me quiso decir que iría de priora... y no me quiso decir más de que irían dos monjas de Toledo. Me encargó el secreto y a mí me importaba que lo tuviese para que no me impidiesen la salida...

Se fue el padre a Salamanca y de allí me escribió que le hacía gran ternura lo que se había de sentir mi ida y por esto en otra (carta) escribía a la priora.

Se comenzó a divulgar por el convento (mi salida) y a alborotarse todas tanto que yo no sabía qué hacerme. Esperaron las respuestas de las cartas y el padre provincial respondió que aquello estaba ya resuelto y que no tenía remedio. Con todo, se juntó la consulta y en Comunidad le escribieron, pidiéndole que no me sacase, y respondió lo mismo. No dejaban de hacer diligencias para que me hablasen personas de letras y de espíritu y hubo algunas que me dijeron que yo pecaba mortalmente en dejar aquella casa. No sé yo qué razones tenían para esto, pues yo no podía hacer falta ninguna...

Decíanme otras muchas cosas y con esto me dejó nuestro Señor más de un mes tan a oscuras que yo no sabía qué hacerme... De esta manera, llegué hasta el domingo de Ramos que, estando en la Pasión, cuando llegaron a decir aquellas palabras que Cristo, Señor nuestro, dijo a sus discípulos, que dicen: “Levantaos, vamos” (Mt 26, 46), me pareció llegarse a mí y, tomándome de la mano con gran alegría de espíritu, me las dijo a mí, imprimiéndome en el corazón un ánimo grande para padecer y arrancar de aquella casa con gusto, porque su Majestad me mostró que tenía (gusto) de que yo fuese... Quedé con mucha alegría y tan sin rastro se sentimiento de nada que me parecían muy largos los días que se tardaban en ir por mí... Fueron por mí el miércoles dieciocho de abril a mi edad de 33 años³².

Ella nos dice que este deseo de vivir la vida religiosa con mayor perfección lo tuvo muchos años antes. Afirma: Siendo recién profesada, se fundó el monasterio de las descalzas de Madrid³³. Tuve grandes deseos de ir allí y así

³² Positio Summ, pp. 331-335. Probablemente fue el 16 de abril de 1603 con 34 años cumplidos.

³³ Convento de la Visitación, fundado por san Alonso de Orozco de agustinas recoletas o descalzas.

hice diligencia para que me diese licencia el padre provincial, pero como en todo lo bueno era flaca (débil), en esto también lo fui, que con ver llorar a mi hermana y parecerme que me necesitaba para sus enfermedades, dejé de ir... Los deseos de esta manera de vida los tuve desde muy muchacha y de antes de que tomase el hábito, pero el voto que hice de quedarme aquí y el amor que tenía a todas las de aquella casa me detuvo..., pero me parece que nunca dejé de estar con este deseo³⁴.

Años más tarde estando leyendo en el libro de la vida de la santa Madre Teresa de Jesús, sobre la fundación de Ávila, con gran certeza entendí que yo también saldría de aquella casa y fundaría otras, donde nuestro Señor se serviría mucho... Pareciéndome que era el demonio, arrojé el libro de mí y santiguándome dije dentro de mí: “Ya no me faltaba otro mal en que caer sino en tener hablas del demonio y embustes suyos”. Me hizo gran miedo, temiendo de mi flaqueza (debilidad) que me dejase engañar.

Estuve algunos días sin volver a leer en el libro, pero tornando otra vez a querer leer en él, pasados ya algunos días y yo ya olvidada de lo que me había sucedido, torné a toparme con el mismo capítulo y con mucha mayor fuerza entendí lo mismo que la vez pasada y quedé con la misma turbación; porque, aunque en el interior me quedaba asentada una secreta confianza, veía tan cerrados los caminos que no podía entender cómo podía ser aquello³⁵.

Así la fue el Señor preparando interiormente para que pudiera estar lista para emprender la gran misión que le encomendaba de ser fundadora de conventos de agustinas recoletas. Para ello se sirvió del P. Agustín Antolínez, a quien le habían ofrecido una fundación en Éibar (Guipúzcoa).

FUNDACIÓN DE ÉIBAR (1603-1604)

Don Juan Bautista de Elejalde, vecino de Éibar (Guipúzcoa), buscaba una Orden de monjas recoletas (reformadas) para que fueran a fundar un convento en una ermita y casas de su propiedad que su madre y una tía habían destinado para este fin. Se contactó con el padre Agustín Antolínez, provincial de los agustinos, quien admitió la oferta y mandó al padre Miguel Sedeño, prior de Durando, que

³⁴ Positio Summ, p. 320.

³⁵ Positio Summ, p. 321.

en su nombre firmara las escrituras. También se consiguió el permiso del obispo de Calahorra para la fundación del convento, al igual que una provisión real firmada el 18 de enero de 1603.

Para la nueva fundación, el padre Antolínez consiguió dos religiosas del convento de Ciudad Rodrigo (M. Mariana y Leonor de Miranda) y dos del convento de santa Úrsula de Toledo, a quienes se les añadieron otras dos novicias de Salamanca y una de Ávila, que acababan de tomar el hábito. La Madre Mariana con su compañera debieron de salir de Ciudad Rodrigo el 16 de abril de 1603 y se juntaron en Ávila con las demás. Al pasar por Burgos, le notificaron que ella iba a ser la Priora, lo que aceptó con humildad como venido de la voluntad de Dios. Llegaron a Éibar el 7 de mayo. Las cuatro monjas fundadoras consideraron su primer año como un nuevo noviciado para profesar con las nuevas Constituciones, preparadas por el padre Antolínez, para una vida más estricta. Estas Constituciones nuevas fueron aprobadas por el Nuncio apostólico Domenico Ginnasio el 24 de marzo de 1604.

El 23 de mayo hicieron la profesión según las nuevas Constituciones, volviendo a emitir sus votos según la nueva Norma de vida. Dos días después, partía la Madre Mariana con su compañera Leonor de Miranda (ahora de la Encarnación) hacia la nueva fundación de Medina del Campo (Valladolid).

Pero veamos lo que ella misma nos dice en su Autobiografía: *Salí de aquella casa (Ciudad Rodrigo) y salieron conmigo del lugar muchos religiosos y caballeros por honrarme de que creo tuve alguna vanagloria porque, como no lo merecía, estimaba la vanidad. Presto salió el demonio con hacer que cobrase voluntad a una persona que iba con nosotras, aunque me parece que deseaba se acabase el camino para librarme de él, que bien temía yo la ocasión y veía que era peligrosa y me vi en muchos (peligros) de donde me sacó el Señor, libre de ofenderle en ellos, pero no de manera que no faltase mucho, gustando de que me quisiese bien y me mirase agradándose de mí. Me parece que no advertía yo a los principios que era ofensa de nuestro Señor, pero pasados no sé cuántos días, reparé en que gustaba de hablarle y que me tomase las manos cuando salía del coche, no porque yo lo hacía de cuidado, mas tampoco le tenía de guardarme de aquel peligro.*

Esto me sirvió de gran pena, pues caí en otra mayor culpa que fue, confesándome, dejarlo de decir por la vergüenza que tuve de que se entendiese aquella liviandad mía. No me acuerdo, si entonces me confesé con la misma persona. Por no decirle esto y darle más ocasión, me callé... Llegué a un lugar, adonde me confesé de aquel particular que me daba más pena. Y tengo sin duda que fue providencia de nuestro Señor para hacerme la misericordia que me hizo

de topar la persona que vuestra merced sabe³⁶. Así creo permitió el Señor aquel mal mío y de él sacó tan grandes bienes.

Llegamos a Vizcaya y en todo el camino fui harto divertida (distráida) y con harta pena de verme tan mal fortalecida, pero yo estaba tan poco humilde que debía experimentar mí nada... Llegamos a un lugar que se llama Vitoria y allí nos hospedamos en un convento de la Orden de esta gloriosa santa (santa Clara)... Llegamos a Éibar la víspera de la Ascensión de Cristo, Señor nuestro, y en su misma fiesta cayó la del glorioso san Miguel, ambas mías, porque la devoción de los ángeles me la había dado nuestro Señor hacía días. Nos recibieron en el lugar con gran devoción y, como era tan solemne día, pareció que luego a la mañana entrásemos a nuestra casa, adonde nos llevaron desde la iglesia mayor en procesión con el Santísimo sacramento...

Los escrúpulos comenzaron a inquietarme y el alma estaba tan a oscuras que yo no podía valerme. Me duró esto dos meses y, al cabo de ellos, me levanté una mañana determinada a dejar la oración mental. No hice más que comenzar el “Veni Creator” (Ven, Espíritu Creador) y tomé el rosario para rezarlo por el tiempo que durase la hora (de oración)... Pero después que tomé el rosario para rezar vocalmente, me pareció que veía junto a mí a Cristo, nuestro Señor, crucificado con gran blancor y hermosura y como riéndose de mí y de las congojas que traía. Me parecía desclavársele la mano derecha y con ella abrazarme.

Tomándome la cabeza me llevaba a la santísima y dulce y amorosa llaga de su divino costado y con aquella risa y alegría, que he dicho, me decía: “Ea, acaba ya y llégate a beber del infinito mar de mi sangre”. La cual sentía yo tan caliente que hasta el rostro me abrasaba, cuando bebía de este divino licor, el cual salía con tanta abundancia y fuego como cuando está una gran olla hirviendo en una fuerte y ardiente lumbre.

Fue mucho lo que allí sentí, y grande el cambio que me dejó en mi alma... Pasados algunos días, después de haber andado en ellos harto consolada... ordenó de dejarme en un modo de tormento por tres días qué no sé cómo decirlo. El desamparo interior era muy grande, con un temor delgadísimo sin saber de qué lo tenía. Sólo sosegaba en cuanto se decía misa...

Cuando subí de maitines aquella noche que he dicho, que iba tan apretada (angustiada) se me apareció el demonio en forma de un hombrecillo

³⁶ Don Jerónimo Pérez, que fue después su confesor y director espiritual y por cuyo mandato escribió la Autobiografía.

pequeño con una soga envuelta al brazo. Me decía que para qué me cansaba en tener oración y en mortificarme en nada, porque todo cuanto hacía no valía nada ni era de ningún mérito y, al fin, iba a ir al infierno. Y que ya que había de ser así que me ahorcase con aquella soga. Yo le dije que, si me había de perder, en cuanto me durase la vida quería darme un buen hartazgo de servir a nuestro Señor. Después, que hiciese su Majestad de mí lo que le diese gusto, que bien merecido tenía cualquier castigo que me diese. Con esto desapareció y me dejó...

A los pocos días, me mostró nuestro Señor el lugar que mis pecados me habían preparado (en el infierno). Me pareció que era un pozo hondísimo y tan estrecho que sólo cabía una persona y el fuego que en él había eran unas llamas bermejas que subían hasta la entrada de él. Todo estaba lleno de unas espantosas serpientes y sabandijas temerosas con un olor terrible. El horror y aprieto que en esto sentía el alma no se puede decir, y tampoco los tormentos que en los sentidos se tocaban experimentándolos por un breve rato. Vi bien cuánto mayores eran las penas del alma que las del cuerpo. En estas cosas, me parece que quedé con gran agradecimiento... por los grandes peligros de que me había librado, y con un temor de mi flaqueza en la correspondencia de tan grandes favores³⁷.

Llevó allí su Majestad a un padre de la Orden para confesor, persona de mucha virtud y prudencia, a quien me determiné de obedecer en todo, de lo que hice voto. Y sabía ejercitarme en algunas cosas contrarias a mi gusto y el Señor le enseñaba para que me apretase (exigiese) en los tiempos que yo más apretada estaba...; pero, como nuestro Señor me había dado ya deseos de padecer y de mortificación, me eran de gran consuelo aquellas pruebas y, en cuanto mayores me las hacían, las estimaba más... Le pareció acertado señalarme una monja lega que me mandase y ordenase todo lo que había de hacer. Esto también me ayudó mucho. Era persona de mucho espíritu y mortificación. Me trataba con harto rigor...

Luego que comenzó nuestro Señor a dejarme entrar en la oración con quietud y ansia de estarme con Él, me dio muy de ordinario unas hablas interiores que no puedo yo ahora dudar de que eran suyas por los efectos que hacían en mi alma, aunque el demonio me inquietaba con las dudas que tenía, pero el Señor me sosegaba enseñándome de la manera que un padre o amigo ternísimo lo hace con otro, a quien quiere mucho... De todo cuidaba este Señor y me decía con palabras muy claras cómo había de proceder en todo y así se sirvió

³⁷ Positio Summ, pp. 335-339.

de que siempre saliese bien lo que por su orden hacía. De todas estas hablas, daba yo cuenta a aquel padre y me sosegaba hartamente con su buen entendimiento.

Una vez, estando cantando la misa de la vigilia de los apóstoles... comenzó nuestro Señor a darme una gran ansia de poder ayudar a Cristo nuestro Señor a llevarle almas, que ofreciese a su santísimo Padre eterno, y me pareció que me decía: “Tú también le llevarás muchas y aparecerás delante de su trono cercado de hijas que le ofrezcas”³⁸.

Me determiné a suplicar a nuestro Señor que me quitase el gusto y sabor (de comer). Me hizo su Majestad esta merced tan cumplida que, desde entonces, que va ya en cinco años, me quedó mortificado el apetito del gusto de manera que no sé que haya cosa que me le pueda dar sin hallarle en ninguna diferencia de manjares.

Y esto es, algunas veces, de manera que no me queda instinto para diferenciar lo agrio de lo dulce. He tenido esto por merced de nuestro Señor por ser una mortificación tan disimulada y ordinaria que consuela mucho poderla ejercitar sin que la eche de ver nadie.

Por este tiempo, antes de Cuaresma, me dio un jueves, a las dos, un repentino dolor de cabeza tan fuerte que, estando con mi confesor, no pude hablarle palabra. Mandó que me llevasen a la cama, donde me acostaron... Dormí un rato y, despertando, vi la celda que estaba llena de luz y tan clara que me veía yo y todo lo que en ella había. Esta luz encendía más mi alma, que a mi parecer lo estaba mucho. Yo no podía valerme ni parecía que cabía en mí de gozo y alegría sin saber de qué, mas dentro de poco rato, vi junto a la cama a Cristo nuestro Señor glorioso y tan resplandeciente que el sol me parece son unas espesas tinieblas en comparación de aquella luz. Es luz que, mirándola, no sólo no da pena, sino que fortalece el alma.

*Estaba Cristo nuestro Señor hermosísimo sobre todo lo criado. Salían de su cuerpo unos rayos muy resplandecientes y de su rostro una luz serena y agradable; pero, sobre todo, le salía del pecho una luz más pura y divina que toda la otra... Estaba mi Señor dulcísimo junto a la cama y con aquella luz que le salía del pecho henchía todo el mío y mi alma de aquel bien, el cual me parecía que quedaba impreso en ella y tan empapada como el sello cuando se imprime la cera y como si se echase una gota de vino en un mar infinito. **Me decía el Señor que le pidiese todo lo que quisiese que todo me lo concedería, pero yo no podía pedirle más que a Él mismo.** Pero volvía algunas veces a*

³⁸ Positio Summ, pp. 339-340.

mandarme que le pidiese algo particular... Comencé a pedir humildad y amor perfecto y me parecía que me las concedía este amoroso emperador, diciéndome que me las daría. Me decía muchas palabras de amor y, en particular, aquellas de la esposa (del Cantar de los cantares): “Levántate, amiga mía, y ven”...

Estuve de esta manera casi todo la noche y, al fin de todo este tiempo que me pareció un breve instante, me dejó con unos efectos tan conocidos que en esto nunca pude tener duda de que había sido nuestro Señor y, siempre que me acuerdo de esta misericordia, me aseguro de que fue suya y siento particular gozo de los que allí gusté³⁹.

Andaba tan abrasada que me subía a los desvanes a dar voces, porque no podía valerme... Quedé desde que me hizo su Majestad esta merced con una presencia suya en un modo muy superior, porque aquella luz que salía de Cristo me quedó, como ya dije, impresa en el alma.... Me acuerdo que, estando en una recreación en una pieza donde entraba mucho sol, me enseñó nuestro Señor cómo tenía yo el alma. Me representó una pieza de cristal clarísimo y muy grande, en la cual daban los rayos del sol e iluminándola no se veía nada del cristal sino los mismos rayos y luz del sol y de él salía un fuego delgadísimo que la tenía abrasando. Esta comparación me satisfizo; porque, a mi parecer, así andaba yo tan embebida y consumida en aquel infinito bien que no me hallaba en mí. Desde entonces, me dio nuestro Señor despego de las criaturas y me parece que me imposibilitó para asirme (aferrarme) a nada. Todas las cosas me parecían tan pequeñas como los átomos (moticas) que andan en el sol. Perdí el miedo a los trabajos exteriores e interiores, porque entendí que todos eran ordenados por este Señor... Este modo de presencia de Dios lo traía de ordinario y me duró tres años, hasta que su Majestad me puso en la que ahora traigo, que hizo dos años por esta Navidad pasada y me han durado los más de los efectos⁴⁰.

Después de haber estado algunos meses en aquella casa (Éibar), me parece que era en los últimos meses que allí estuve, acordándome de los deseos (de profesar de este modo de vida de la Recolección)⁴¹ estando en oración... me mandó el Señor que escribiese al padre provincial, pidiéndole licencia para hacer la profesión... Envié por la licencia y luego la hice (la profesión), dos días antes de que partiese de aquella casa. Y algunos días antes, estando en oración,

³⁹ Positio Summ, pp. 342-344.

⁴⁰ Positio Summ, pp. 345-346.

⁴¹ La recolección agustiniana tiene su origen en una disposición del Capítulo de Toledo, de la Provincia de Castilla, del año 1588 en que se dice: *Determinamos que en nuestra Provincia se señalen o se funden de nuevo tres o más monasterios de varones y otros tantos de mujeres en los que se practique una forma de vida más estricta*

después de haber comulgado, suplicando al Señor que mirase por aquella casa, me dijo que perdiese cuidado que ya quedaba por su cuenta.

No hacía más de un año que estaba allí y quiso nuestro Señor que viese los muchos provechos que en aquel lugar se hicieron con aquella pequeña planta, porque había mucho cuidado de que en la oración se pidiese el bien de las almas de aquel lugar, donde se tenía por bueno no comulgar más que en Pascuas y, cuando me vine, todo lo granado de él confesaban y comulgaban cada quince días y muchos a ocho. Debí mucho a toda aquella gente, y de los lugares comarcanos nos hacían muy grandes limosnas⁴².

FUNDACIÓN DE MEDINA DEL CAMPO (1604-1606)

Esta fundación partió de la iniciativa de varias personas seglares que confiaron sus deseos de fundación al padre Antolínez, aunque la verdadera fundadora, al final, será Agustina Canovio, viuda del mercader genovés Ludovico Visconti. Ella llegará a ser priora de ese convento y lo será por muchos años.

Los problemas comenzaron, cuando don Baltasar Gilimón, abogado de la Chancillería de Valladolid, decidió participar también en la fundación, dando poco y queriendo recibir mucho, pues quería muchos privilegios, a los que la Madre Mariana se opuso con entereza, pues atentaban contra la vida religiosa de la nueva Comunidad. Pero el problema se agravó, porque la mayoría de los religiosos agustinos lo apoyaron en sus demandas por su amistad con él. La situación se mantuvo difícil con él durante dos años y en ellos trató de impedir las profesiones religiosas y otras actividades, dado que las escrituras de fundación habían sido aceptadas y firmadas por el nuevo provincial de los agustinos Hernando de Orozco.

Otro grave problema fue el haber recibido a una religiosa, procedente de las canónigas de Burgos, persona con gran desequilibrio síquico. Todo ello, unido a los problemas económicos, hizo que la compañera de la Madre Mariana, Sor Leonor de Miranda o de la Encarnación, se retirase a su convento de origen de Ciudad Rodrigo.

Otro problema fue que le llevaron al convento, con permiso del provincial, a dos religiosas de su convento de Ciudad Rodrigo, sin consultarle, para que experimentaran el nuevo modo de vivir recoleto y pudieran ser prioras en un

⁴² Positio Summ, p. 350.

monasterio que se iba a fundar en Valladolid. Por último, el río Zapardiel se desbordó e inundó el convento, por lo que tuvieron que salir de inmediato y buscar alojamiento en un convento de dominicas hasta que a los pocos días encontraron refugio en unas casas alquiladas, donde la Madre Mariana estuvo sólo dos meses, pues de allí salió a la fundación Valladolid.

Pero todo fue providencia de Dios; pues, al retirarse como fundador don Baltasar Gilimón, quedó como única fundadora Agustina Canovio, que entró de religiosa en la nueva casa, donde se estabilizó la vida religiosa para gloria de Dios.

Veamos lo que nos dice la M. Mariana en su Autobiografía: Salí de Vizcaya al año cumplido y con harto sentimiento de todo el lugar... Salió conmigo la misma compañera que llevé de Ciudad Rodrigo... Iba conmigo mi confesor, el cual me mandó comulgar cada día... Son aquellos caminos muy ásperos y trabajosos que no se puede andar sino en cabalgaduras y con dificultad. Llevámoslas tan malas que nos hacían caer muchas veces y yo tuve por mejor apear me y andar a pie una tarde, porque la que llevaba mi compañera no se la podía quitar, aunque era mejor, pues iba tan mala que me hacía temer que no había de poder llegar a Burgos⁴³.

Llegamos a Burgos harto mal paradas del camino y aquel día había llovido tanto que íbamos corriendo agua hasta las túnicas. Posamos en la hospedería de san Agustín, estuvimos dos días en aquella capillica del santo crucifijo que es un santuario digno de gran reverencia y estima.... Salimos de Burgos y pasamos por este lugar (de Valladolid) por la puerta del palacio al momento que salía la reina al campo. Me dio nuestro Señor un extraordinario gozo de verme en traje y exterior tan despreciado con una gran estima del bien que está encerrado en la pobreza.

Llegamos a Medina del Campo la víspera de las Pascuas del Espíritu Santo. Al día siguiente, nos llevaron a oír misa al convento de nuestro padre san Agustín, adonde había un gran concurso de gente... Se sacó licencia para que nos dijese misa adonde posábamos, que era en casa de la fundadora del monasterio (Agustina Canovio), persona de gran recogimiento y virtud, muy ejercitada en mortificación, oración y caridad desde muy niña. El cómo la tocó el Señor para hacer aquella obra fue maravilloso y sería muy largo de contar. Como digo, estuvimos en su casa hasta la víspera de la Santísima Trinidad... Entramos en la casa que había comprado para el convento con gran consuelo mío por ver que ya aquella obra se comenzaba a principiar. A la mañana

⁴³ Positio Summ, p. 353.

siguiente, se dijeron tres misas, que me pareció a mí aquello señal de que el Señor la aceptaba con gusto.

No se pudo poner el Santísimo sacramento luego, ni hacer clausura, porque quiso nuestro padre provincial hallarse presente y estaban entonces en Capítulo (Reunión). Por eso, fue forzoso estarnos dos meses de aquella manera, en los cuales se padeció mucha incomodidad. Y lo que yo más sentía era verme sin el Santísimo sacramento, que es el único consuelo de los que vivimos en este destierro y, aunque no había más monjas que mi compañera y yo, con otras seis que habían venido a tomar el hábito (seglares), rezábamos los Oficios divinos.

Me traía el Señor tan fuera de mí que no sentía el trabajo, ni parecía asentaba los pies en el suelo y, con el fervor grande que tenía, parece gustaba el Señor que se hiciese alguna labor en aquel lugar; con que se comenzó a cobrar mucha devoción al convento. Y así era tanto el concurso de la gente que venía a vernos que no me dejaban sosegar...

Entró por novicia una que era de las canónigas regulares de Burgos. Fue con el gusto y orden de nuestro padre provincial... Cuando pasé por Burgos, me mandó nuestro padre provincial que la viese y examinase por si era a propósito. Tenía tan buen exterior que me parece he visto pocas personas que de primera vista me hayan satisfecho más que esta religiosa, por lo que estimé por buena suerte haberla hallado para aquella fundación, porque los deseos que mostró de humildad y desprecio eran grandes y lo era la estima que hacía de entrar de novicia...

Fue a Medina y llegó dos días antes de los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo a mediodía. Me acuerdo que llegamos mi compañera y yo a recibirla a la puerta y, en llegando a pedirme la bendición, me dio nuestro Señor a entender tanto de lo que había de padecer con ella que el natural hizo tan gran sentimiento que toda turbada se me demudó el rostro y el color de manera que mi compañera pensó que había visto algo. Yo le dije: “Oh hermana, lo que habremos de padecer con esta criatura. Pida al Señor que nos dé fuerzas y ánimo”... Al día siguiente, fue tan grande su desconsuelo que la hallé encerrada en su aposento, llorando y pidiendo que la dejase echar en un pozo que había en la casa. Yo me atribulé mucho de esto y, si no se hubiera ido la gente que había venido con ella, quisiera que la llevaran, pero el Señor, que ordenaba que hubiese qué ofrecerle en un año que allí estuvo, quiso que se quedase...⁴⁴.

⁴⁴ Positio Summ, pp. 354-356.

En la mañana del día de nuestra Señora de las Nieves, se puso el Santísimo sacramento con tan gran consuelo mío de verle en otra nueva iglesia que no se puede decir ni entenderse el gozo grande que es ver que este Señor tenga otro templo adonde sea servido y alabado, ni sé que haya trabajos en la vida que no se puedan pasar por hacerle este servicio de que su Majestad se agrada mucho y se da por agradecido de los que en esto trabajan algo... Fue mucha la merced que nuestro Señor me hizo en estos días primeros. Lo tuvimos los dos días descubierto (expuesto). En poniéndole, quedó mi alma descansada, pues, en teniendo el Santísimo sacramento en casa, me parece a mí que no tenemos por qué quejarnos por muchos trabajos que nos vengan, ya que de allí nos ha de venir la fortaleza y socorro para todos nuestros aprietos y tribulaciones, y con tal compañía no se puede decir que se llevan a solas.

A los ocho días, cayó mala mi compañera, que había sido nombrada subpriora y maestra de novicias. Y una tarde, saliendo de verla, me dijo nuestro Señor que me dispusiese, porque mis enemigos tenían licencia suya para perseguirme y que había de ser mucho lo que allí padeciese... Me hizo nuestro Señor muy grandes misericordias en aquella casa. Y entre ellas fue que un día, después de haber tenido oración, salí de ella cercada de una luz muy clara y era la gloria y consuelo que sentía muy extraordinario. No veía yo esta luz de manera que sepa decir cómo, pero me tenía tan suspendida que no podía divertirme (distrarme) de nada y me costaba trabajo haber de asistir a los negocios y gobierno de la casa, aunque eran con mayor fuerza estos efectos que otras veces. Esta luz y compañía traje de este modo (fueron más de seis o siete días) y un gozo pacífico en el alma con que me parecía que andaba en pies ajenos y traía debajo de los míos todas las cosas del mundo y a todas las criaturas⁴⁵.

Quería yo mucho a mi compañera... La enfermedad la fue apretando y una mañana, a las tres, enviamos por quien le diese la extremaunción. Vinieron dos padres de la Orden harto mozos a dársela... Estuvo en este peligro por muchos días, en los cuales fueron cayendo enfermas todas las monjas sin que ninguna dejase de estarlo más que otras dos y yo, y las tres legas. El trabajo era grande. Había que acudir a la sacristía, al torno y a las enfermas y, con todo esto, decíamos el Oficio divino y ninguna de las que me ayudaban a él sabían ceremonias ningunas y sólo dos leían de manera que pudiesen ayudar; y éstas con la novedad, se turbaban y no acertaban a nada. Tenía la llave de la puerta, porque era forzoso ir con los médicos y barberos y asistir a lo que se había de hacer a las enfermas, que cinco o seis estuvieron peligrosas y casi todas con enfermedades largas. El trabajo de la sacristía también era mucho, porque la

⁴⁵ Positio Summ, pp. 359-360.

casa estaba entre mucha vecindad y, con la gran devoción que tomaron en el lugar, iba a la iglesia mucha gente y había casi de ordinario doce o catorce misas. A todo se había de dar recaudo (atender) y como era con curiosidad venía más gente. Y todo era añadir trabajo. Con esto se juntaba que, con la buena opinión que tenían, iba mucha gente y personas graves a vernos y, por serlo, no podía yo dejar de acudir a su devoción, aunque era lo que más sentía, porque tenía mucho que hacer dentro de casa⁴⁶.

El peso del trabajo era tan grande que yo no sé cómo pude llevarlo, o sí sé, pues fue el Señor quien me dio fuerzas, porque las mías no pudieran con tanto. El sueño era tan poco que el tiempo más largo eran tres horas; porque, hasta las doce dadas, me estaba con mi compañera y, después, tenía cada noche disciplina y alguna poca de oración o lectura. El levantarme era siempre a las tres y, en todo el día, eran bien pocos los ratos que podía sentarme.

Lo que más pena me daba era no poder regalar (dar gusto) a las enfermas como yo quisiera y ser yo la que en todo las sirviera, pero en esto y en todo experimentaba bien las maravillas de la providencia de nuestro Señor que, por vista de ojos, las hacía su Majestad, socorriéndonos en las necesidades más apretadas... Proveyó el Señor de mover a dos médicos, los mejores del lugar, para que nos curasen de balde y con tan gran amor que a todas horas acudían como si la paga fuera de grandes intereses, pero el que es caridad les daba aprecio de curar a aquellas siervas suyas...

Al fin del verano, nos faltó leña hasta quedarnos sin ninguna y, aunque me la habían mandado a no sé qué lugares, no había carros en que traerla por ser tiempo de siega. Duró esto quince días. Todos estos días, sin faltar uno, nos echaban cada tarde por una tapia la leña que bastaba para guisar al día siguiente la comida. Esto era entre cinco y seis de la tarde y yo por mis ojos vi echar en el corral uno de los días y nunca pude averiguar quién ni cómo era aquello y en trayéndonos la leña nunca más nos la echaron⁴⁷.

Comenzaron a ir mejorando las enfermas por noviembre y aquella religiosa de Burgos pronto estuvo buena para poder ir al torno. Adonde yo la había puesto por no tener monjas que pudiesen tener oficios, porque todas eran novicias, aunque en lo de dentro de casa era forzoso estar ellas por esta falta. Era esta persona para mucho y de muy gran habilidad... Tenía yo cuidado, en viéndola alterada, de no dejarla de la mano, porque no dijese a nadie lo que a mí me decía... Tenía grandes enfermedades de gota y mal de corazón muy recio

⁴⁶ Positio Summ, p. 361.

⁴⁷ Positio Summ, p. 364.

que con su natural no me espanto de lo que hacía... Andaba sospechosa de que yo no la miraba con el amor que a otras y de aquí le nacían algunos sentimientos bien menudos que todos eran bien contra mi natural y, si nuestro Señor no me tuviera como he dicho, fuera para mí una cruz pesada, pero me hizo merced de que en ocho meses no me oyó nadie palabra en que pudiesen sospechar que yo tenía repugnancia ninguna con su compañía, ni interiormente me alborotó ni turbó...

En este tiempo, fueron allí dos monjas de nuestra Orden para tomar experiencia de aquel modo de vivir, con algún tiempo de licencia para experimentar la vida que se guardaba. Las llevaron con intento de sacarlas para ser preladas (Superioras) de un monasterio de la Orden. Eran muy grandes religiosas, pero permitió el Señor que no entendiesen con la perfección que estas casas estaban fundadas y así les parecía invención mía todo lo que se hacía y pensaban que yo las trataba con doblez y engaño en algunas cosas... Con esto andaban harto desabridas y disgustadas conmigo, mas yo era tan ignorante que no lo entendía...

El padre que allí las llevó comenzó también a desabrirse conmigo, porque también debía de estar informado de que cuanto yo hacía eran invenciones y que las apretaba (exigía), tratándolas mal y rigurosamente. Esto no sé yo por dónde lo pudo entender. De aquí resultó que me llamó un día a un confesionario donde me dijo palabras que yo no había oído en mi vida a nadie y en otro tiempo me parecieran harto pesadas. No lo decía este padre con mala intención. Creo que era por corregirme y para decirme lo que me importaba conocerme⁴⁸.

En dándole (a la de Burgos) los accidentes (crisis) era cosa lastimosa de ver, porque estaba sin juicio algunos días y en ellos padecían las pobres monjas mucho sirviéndola y acompañándola de noche y de día, que en éstos era menester no dejarla un punto, porque los gritos y fuerza que hacía traía molidas a las que allí asistían. Y andaban todas como asombradas de estas cosas y yo harto cuidadosa de ella y de las demás. Toda mi preocupación era que no se les pegase algo de lo que en ella veían, porque sus enfermedades y tentaciones contra el modo de vida que allí se guardaba eran muy grandes⁴⁹.

Algunas veces me parecía que nuestro Señor había dado licencia a todo el infierno para que combatiese sobre aquella casita, porque no había cosa a que volver los ojos que no fuese trabajo. La falta de lo temporal era muy grande y la necesidad de gastar era mucha. A todo esto se juntaban los aprietos y

⁴⁸ Positio Summ, pp. 367-371.

⁴⁹ Positio Summ, p. 372.

tentaciones de las novicias, cosa ordinaria en las que lo son, y en el demonio el procurar desconsolarlas para que no perseveren, que como eran tantas había bien en qué entender para acudir a su consuelo. En fin, se determinaron casi todas a decirme que no profesarían si quedaba allí aquella religiosa. Y con ser tan buena la persona por quien se fundó el convento (Agustina Canovio) se determinó a lo mismo, que fue lo que me hizo más fuerza y una de las cosas con que me aseguré de que en las demás no era tentación sino que convenía que la monja no se quedase...

Traté el caso con muchas personas de espíritu y letras y a todas les pareció que convenía que saliese. Avisé de ello a nuestro padre maestro Antolínez que estaba en Salamanca, y le pareció que yo escribiese al arzobispo de Burgos para que enviase por ella con resolución de que yo no la detendría más. Esta carta la envié a un padre de la Compañía muy amigo del arzobispo..., pero nunca llegó a sus manos. Las exigencias de esa persona iban creciendo. Comunicaba con algunos padres de la Orden que conocían mi poco caudal (capacidad) para el gobierno y así se comenzó a tratar que sería bien la hiciesen a ella prelada (Superiora) de la casa, porque yo la tenía perdida y llena de deudas.

En este tiempo, me envió a mandar nuestro padre provincial que descubriese (el escudo de) armas del patrón (Baltasar Gilimón), porque él se le había quejado de que, sin justicia, las tenía yo cubiertas y que no quería guardarle sus capitulaciones. Yo respondí a nuestro padre cómo aquellas escrituras no podíamos en conciencia pasar por ellas según las sin justicias que en ellas se pedían al convento, y le pedía suspendiese tratar de ello hasta que de palabra pudiese yo darle cuenta de todo lo que en ellas había⁵⁰.

Estando un día haciendo labor, me comencé a sentir más recogida que lo ordinario y... oí que me decía nuestro Señor con palabras muy tiernas, si quería padecer con él. Con un súbito gozo reverencial se estremeció mi alma y sensiblemente mi corazón, de ver que el Señor me preguntase, si quería lo que yo, indigna y miserable, no merecía. Sin ruido de palabras respondí, entregándole mi alma y vida para todos los tormentos que su Majestad gustase que yo padeciese, con todas las afrentas y desprecios que se podían imaginar y trazar, segura que con su fortaleza saldría bien de todo... No pude hacer más labor aquella tarde, porque el gozo interior me recogió de manera que no estaba para nada. Paréceme que, desde entonces, comencé a sentir, con la gloria de su

⁵⁰ Positio Summ, pp. 373-374.

*divina presencia, enflaquecérseme el natural con el exceso de gozo y veía el amor que muestra y tiene a sus criaturas*⁵¹.

*Luego comenzaron los alborotos y contradicciones a ser mayores. Se comenzó en la Orden a hablar de lo mal que yo había tratado al patrón, quitándole (el escudo de) armas y defendiendo que no se cumpliesen sus capitulaciones y de lo mal que hacía mi oficio y otras muchas cosas que se decían de mí. Comenzaron algunos padres a favorecer a aquella religiosa y a parecerles que yo la traía desconsolada. A uno de los que más apasionado parecía que estaba, lo nombró nuestro padre provincial por confesor... Con este padre ella comenzó a comunicar mucho y por su orden recibía las cartas y respondía a ellas. Decían los padres que había venido a fundar y no a ser novicia... con lo que se dio entrada para que sus inquietudes y tentaciones creciesen... La pobre andaba tan enredada que ni se entendía ni yo la entendía, y sé de cierto que no entendía que hacía mal en ir por aquel camino*⁵².

*Entre las cosas que decían, una era que mi compañera tomaba de los dineros del depósito y del torno para hacer yo presentes (regalos) a algunas personas y que gastaba yo muchos dineros. Y esto era tan fuera de la verdad que no gasté ni un solo maravedí con ninguno... En ese tiempo me puso el patrón pleito para que le cumpliese su escritura, y los padres le ayudaban con harto gran solicitud que, para ponerse contra todos, era menester buen ánimo*⁵³.

El demonio se aprovechaba para atormentarme... Me vi cercada de una gran multitud de ellos con espantosas amenazas que me hacían si echaba a aquella monja y que perpetuamente sería atormentada de ellos en el infierno si lo ejecutaba. Fue mucho lo que padecí antes de llegar a recibir a nuestro Señor (en la comunión) y para llegarme fui oyendo las mismas amenazas y padecía un temor tan grande que casi me parecía llevarme a la muerte, porque me veía ir acabando sin que pudiese tomar fuerza la memoria para ninguna cosa que no fuese tormento y pena; y el entendimiento estaba tan ahogado y sin luz que me afligía con cuantas razones hallaba. Con esto me fui a mi único y verdadero consuelo y luz de las almas que por él se dejan afligir, adonde la mía fue luego alumbrada (iluminada) y vi claro ser todo invención del enemigo para que no se hiciese lo que parecía convenir para la quietud de aquella casa.

Y no sólo me aquieté, sino que conocí ser gusto de nuestro Señor y voluntad suya. Con esta seguridad traté de que, a las doce del día, viniesen dos

⁵¹ Positio Summ, pp. 374-375.

⁵² Positio Summ, p. 375.

⁵³ Positio Summ, p. 377.

padres por ella y así se hizo con mucho gusto suyo, porque era grande la prisa que me daba⁵⁴.

Fue un gran alboroto que se levantó. Unos decían que me echasen de la Orden, otros que me llevasen a Francia, a un convento que hay allí de nuestra Orden; otros, por bien de la paz, ordenaban que me volviesen a santa Cruz (Ciudad Rodrigo) y deshiciesen el convento de Medina. Se decían hartas buenas cosas, pero la que a mí me hacía reír mucho era, cuando me iban algunos a avisar que me querían quitar el oficio... Un día, un padre fue al convento nuestro y dijo tales cosas y dio tales señas que yo tuve por cierto que me quitarían el hábito. Decían que por alborotadora de la Orden convenía. Me acuerdo que con harta consuelo mío lo oí. Comencé a pensar el orden que podía dar en mi vida... Parecíame que lo más dificultoso era no tener yo muchas fuerzas para servir, que con esto nadie me querría recibir para moza, porque ya yo me imaginaba traer agua y lavar paños que a cosa más honrada no me hallaba con habilidad, porque me parecía que ya no sabría hacer buena labor.

Después de un rato, me acordé que lo mejor era irme a la Compañía para que me dejasen estar con los pobres que allí acogen en alguna casa de alguna devota suya hasta que los amigos de aquí lo supiesen. En sabiéndolo, estaba yo segura de que no me dejarían gozar mucho de aquella vida. Con esto me pareció perder cuidado de mí, porque por este camino o por **otro no me podría faltar la divina providencia de nuestro Señor**⁵⁵.

Estaba resignada y segura de que no me dejaría nuestro Señor..., pero estaba tan sin alivio que, aun el natural, no podía con tan grande carga que ya me parecía intolerable. Esto me duró no sé si media hora y no más, porque luego me fui al coro y, puesta delante del Santísimo sacramento, le hallé, como siempre lo hallo, cuando voy a él. Estaba tal que no pude tenerme de rodillas ni sentada y así me arrojé en el suelo, **dejada en las manos de este Señor** para que de mí hiciese lo que quisiese. Me dio al punto una manera de sueño en el cual sentí junto a mí una persona que me parecía era Cristo nuestro Señor que me decía, llegándose muy junto a mí y con una voz dulcísima y muy sonora: “Entre los principales y ancianos y letrados del pueblo fui yo despreciado y ellos me condenaron a muerte de cruz”. Al punto, me levanté con gran aliento y fortaleza para todo lo que su Majestad ordenase de mí; aunque, como nuestro Señor me traía con tan grande ansia de padecer, no podían ser trabajos los que pasaba...

⁵⁴ Positio Summ, p. 380.

⁵⁵ Positio Summ, pp. 381-382.

Pasados algunos días, se llegó el tiempo de que nuestras monjas profesasen, las cuales profesiones le pareció al patrón impedir hasta que se asentase su patronazgo y para esto se determinó a dar un memorial al Consejo Real... Dentro de poco rato, me llamó un padre de nuestra Orden y me dijo que estaba ya en Medina la orden del Consejo para que el monasterio se desbaratase (suprimiese) y yo me volviese a santa Cruz (Ciudad Rodrigo)... Yo me fui a la oración sin turbación alguna, porque me tenía nuestro Señor cercada siempre de **una confianza segura en su divina providencia**, de la que yo tenía recibidos grandes socorros en los tiempos que parecía faltaba de todos⁵⁶.

Fue el canónigo (amigo) a hacer diligencias para saber qué había de esto. Aquella mañana me llamó y me dijo cómo era verdad que la provisión estaba ya en el lugar y que a la tarde habían de venir a notificármela. A esto se juntó el dejarme nuestro Señor tan a ciegas y tan a solas el natural que comencé a sentir una pena tan grande que parecía deshacérseme el corazón, ya que me parecía que les quitaban a todas el hábito y las echaban del convento; y a mí me volvían al paño (a mi convento de origen). Pensaba en lo que se diría en el mundo y en la Orden, que ya se decía no poco. Todo me afligía, además de ver a las hermanas tan poco fuertes para padecer, porque permitió también el Señor que todas anduviesen entonces desconsoladas y las más con poco gusto de profesar. Unas deseaban dejar el hábito y otras, por no verse sujetas a tantos trabajos, también lo dejarían. En fin, solo la fundadora y tres legas decían que se irían conmigo, si yo quería entrarme en otra casa y dejar aquella, aunque el patrón no había puesto en ella nada, pero decía que este era el remedio para que nos dejasen. Lo que más sentía de todo y me traspasaba el corazón, era imaginar que había de quitar el Santísimo sacramento de aquella casa. Me parecía a mí que era como si echaran a nuestro Señor de su casa...

Me dio tan gran pena que no pude ir a las Horas, porque parecía acabárseme la vida. Me subí al dormitorio... entré en la celda con aquel sentimiento, que casi no me sentía yo ni sabía qué hacerme. Me acuerdo que me puse de rodillas (y con algunas lágrimas) delante de nuestro Señor; no sabía qué decirle, porque ni quería que me quitase la pena ni acertaba a suplicarle nada, pero le decía que, pues veía mi trabajo, no apartase sus ojos de nosotras.

Pero en un momento me hallé sin aquella carga que sentía y con una luz particular de la presencia y amparo de nuestro Señor, por lo que conocí que Él veía mi trabajo y que no tenía yo por qué afligirme, pues yo era suya y todas las que allí estaban; que Él haría lo que más conviniese. Y, si se deshacía el convento, que era suyo y podía hacer y deshacer lo que quisiese. Con todo esto

⁵⁶ Positio Summ, pp. 386-387.

me volví a sosegar y quedé con tan gran paz como si nada hubiera pasado. Todo fue tan de presto que, con salir luego de la celda, me parece que aún no era acabada nona y así me fui muy sosegada a misa...

Ese día, por la tarde, fueron a notificarme la provisión y, al fin, averigüé que ni lo era ni cosa de que podía temerse lo que se decía. Era un mandamiento en que ordenaba el Consejo que no se diesen las profesiones hasta que yo enviase una memoria de la hacienda y de las monjas que tenía el convento, lo cual, aunque era hacernos molestia, no había más daño que la tardanza de las profesiones y querer con esto llevarme por miedo para que viniese a hacer lo que quería el patrón, que pretendía asentar las condiciones de su escritura y que recibiese a las monjas que él pedía, aunque fuese quitando el hábito a algunas de las que lo tenían...

Lo que se padeció desde ese tiempo, que fue desde agosto hasta el día del glorioso san Miguel, no se podrá decir, porque las tentaciones y turbaciones de casi todas las novicias eran terribles para dejar el hábito... Yo andaba que no sabía qué hacerme; porque, aunque les hacía que hablasen con personas espirituales, nada bastaba para quedar del todo sosegadas..., ya que aquel padre confesor que teníamos, todo lo que llegaba a su noticia, se lo decía. En este tiempo, me ayudó mucho aquel canónigo..., cuando más sola y sin ayuda estaba... Se aficionaron a confesarse con él y así trabajó harto con algunas. También los padres de la Compañía me ayudaron mucho⁵⁷.

El día de san Miguel (profesaron las novicias), que para mí fue un gran consuelo ver cómo estos espíritus bienaventurados no me dejaban perder la devoción que tenía con ellos, siendo siempre los colaboradores de todos mis negocios, como lo he visto en muchas ocasiones. Fue día de gran alegría para todas, que ya el Señor las tenía deseosas de hacer a su Majestad sacrificio de sí mismas. Enviamos a decirlo a nuestro padre (provincial) y su paternidad envió a mandar al prior del convento que diesen las profesiones con condición que la primera que la hiciese fuese Agustina de Jesús, que era la fundadora de la casa. Esto decían, porque estaba ya divulgada esta fundación de aquí (Valladolid) para la cual decían que yo la quería traer con toda su hacienda y que por esto no quería yo que profesase...

En fin, profesaron⁵⁸ nuestras novicias con gran edificación del pueblo; que, como tenían tanta devoción con aquella casa, todos deseaban se asentase⁵⁹.

⁵⁷ Positio Summ, pp. 388-390.

⁵⁸ Profesaron en dos tandas: ocho el día 4 de octubre y cinco el día 6 de octubre del año 1604. El día cinco de octubre le comunicó el padre procurador de Ciudad Rodrigo que su compañera, la que le

Ya he dicho cuán buena salud y las fuerzas que el Señor me daba entre todos los cuidados que tenía..., pero quiso el Señor quitarme la salud... Dentro de diez días, el día de los gloriosos apóstoles san Simón y san Judas, me dio una grande y peligrosa enfermedad de que pensaron que moría. Era un fuerte dolor de estómago de lo que dijo el médico que acabaría dentro de seis horas y, al paso que crecía el mal, crecían las ansias de ver al Señor, que ésta era una de las cosas que más me acababan la vida. Se aplacó el dolor con unos remedios que me hicieron, pero el natural quedó muy debilitado... Fui mejorando, aunque nunca más torné a cobrar las fuerzas del todo. Quedé tan sin ellas que, desde entonces, me parece son pocos los días que paso sin gran acabamiento y muchos (y de ordinario) pienso en cada uno que es el postrero⁶⁰.

Así estuve hasta pasada la Pascua en Navidad (de 1605). Una noche me puso su Majestad en un modo de presencia suya. Me pareció era aquello, como si se hubiera abierto el cielo para mí y, aunque sin ver nada, me hallé entre los bienaventurados ángeles y santos junto a la Virgen nuestra Señora y a su santísimo Hijo... Era grande la gloria que sentía y, por más de quince días, no pude levantarme de la cama. No sabía, si yo estaba en mí o fuera de mí, ni me parecía mi cuerpo más que un poco de lana sin tomo (masa). Estaba tan suspendida que casi no podía hablar a propósito de lo que me decían, porque no podía poner cuidado (atención) sino en aquello en que estaba. Decían que tenía grandes calenturas (fiebres), pero me parece que no las sentía y con esto encubrió el Señor la incapacidad que tenía entonces para hablar con las criaturas⁶¹.

La noche del viernes de Lázaro (17 de marzo de 1605), saliendo de maitines, me hallé tan acabada que fue menester irme a hacer una sustancia (comida) y, en cuanto la enfermera me la hacía, oí dar voces a una moza, diciendo que se nos entraba el río en casa. Me parece que eran las once de la noche. A esta hora entró en nuestra celda una hermana y le dije que fuese a unas ventanas de un desván a ver si el río iba muy crecido. Bajó muy turbada diciéndome que ya llegaba al convento. Estaba la casa muy cerca del río. Yo me levanté..., y bajé al torno para que me llamasen a unos oficiales (obreros) para tapiar las puertas. No había quién ni persona que nos quitase el Santísimo sacramento, que era lo que a mí me daba más cuidado.

había acompañado desde Ciudad Rodrigo a todas las fundaciones, Sor Leonor de la Encarnación, volvía a su convento. Lo sintió mucho a pesar de habérselo advertido el Señor.

⁵⁹ Positio Summ, pp. 392-393.

⁶⁰ Positio Summ, pp. 394-395.

⁶¹ Positio Summ, p. 396.

Juntó el Señor no sé cuantos vecinos para que nos ayudasen y llamasen al capellán y oficiales. Cuando vinieron, se nos entraba el agua por la puerta de la iglesia y por la portería. Con todo, se tapiaron las puertas y se remedió algo por aquel tiempo, porque después, con la fuerza del agua, se fueron abriendo las paredes y por ella entró tanta agua en la sacristía y torno y otras piezas bajas que estaba el agua bien alta. Con esto llegué hasta la mañana sin sentir mal ninguno y con hartó ánimo...

Los padres de nuestra Orden fueron luego y los padres de la Compañía. A todos les pareció que nos saliésemos de aquella casa; porque, fuera de ser muy húmeda por la vecindad del río, quedaba inhabitable. Habíanse gastado en ella casi seis mil ducados, porque la compra fue en tres mil y lo demás en la obra... Yo me determiné a que saliésemos y a esto me ayudó nuestro buen canónigo que, con su parecer, quedé del todo resuelta. Con esto le dije que tratase de buscarnos una casa de alquiler, pero para salir luego no hallábamos dónde nos hospedasen.

Proveyó su Majestad de despertar a dos preladas (Prioras) de otros dos conventos para que nos ofreciesen sus casas con hartó gran amor. Ambas de la Orden de Santo Domingo. Entendí luego que era orden de nuestro Señor que fuésemos a una de aquellas dos casas... Las de santa María la Real tenían una hermana y tres sobrinas del canónigo y nos hicieron gran caridad. Enviaron a su confesor para pedirme que nos fuésemos a su casa. Yo admití la caridad que nos ofrecían...

*Salimos el viernes de Lázaro al anochecer y llegamos el monasterio donde nos esperaban aquellas religiosas, que nos recibieron con una demostración y amor como si fuéramos hermanas de todas... Yo andaba admirada de ver lo que el Señor hacía que, a vista de ojos, veía andaba su Majestad en todo y las movía para que nos hiciesen tanto bien. Con esta luz que me daba de su divino amparo, me descuidaba de todo con una **segura confianza en su divina providencia**... Estuvimos en aquella casa trece días y en todos ellos me tuvo nuestro Señor con gran consuelo, aunque para mi flaqueza no me faltaron ocasiones de inquietud, pero todas desaparecían con la dulcísima presencia de nuestro Señor, que era la que siempre me amparaba... El confesor de aquel convento, con quien me reconcilié los días que allí estuve... sentía que yo recibiese a nuestro Señor cada día y trató de quitarme este bien. Y, aunque (la Madre subpriora) le decía que yo tenía la orden para hacerlo de personas muy graves de la Orden y de fuera de ella, él no se podía asegurar... Y, como no sabía que sin este bien no podía yo vivir y que en él estaba puesta mi vida y fortaleza, no me espantaba yo ni me*

turbó verle tan resuelto a quitármelo. Siempre lo estuvo, pero en llegando la hora de comulgar, él mismo me llamaba para que me reconciliase⁶².

¡Bendita sea su infinita misericordia!; que con menos que con infinita no se podía usar de tan grande liberalidad como conmigo ha tenido en darme licencia para que cada día le dé mi alma para sagrario suyo, que por este solo beneficio no era nada andar siempre fuera de mí. Y sé que ha sido el medio por donde siempre me ha llevado a sí y me ha dado luz para salir de los peligros de ofensas suyas y donde siempre hallo remedio y modo para llevar con facilidad cualquier trabajo. Y, si tuviera que decir las mercedes que el Señor me ha hecho por la frecuencia de Santísimo sacramento, sería de nunca acabar...

*No sólo en las monjas de aquella casa hallé amor para conmigo, sino también en el glorioso santo Domingo reconocí que me favorecía; y luego que entré me llevaron a una capilla suya donde sentí que me recibía como a hija suya y esto con demostraciones de mucho amor, y, riéndose conmigo, me recibía. Y todo esto causaba a mi alma unos afectos grandes y agradecidos de las mercedes que nuestro Señor me hacía, que veía yo eran todas aquellas trazadas por su **amable providencia**⁶³.*

Llegó el día de irnos a nuestra casa (nueva alquilada) que ya yo lo deseaba mucho y así salimos de aquella uno de los últimos días de Pascua. Salimos al anochecer y llegamos a la casa que nos tenía alquilada el buen canónigo y tan acomodada la iglesia que luego, al otro día, se puso el Santísimo sacramento... Me fui dando prisa, porque de acá (Valladolid) me iban avisando que había poco tiempo. Ni los de acá ni yo sabíamos cómo se podría trazar el modo para que me dejasen venir los padres, pues temíamos que no dieran licencia por ser esta casa sujeta al obispo. Al fin, nos determinamos que el que entonces lo era (obispo) escribiese a nuestro padre provincial, pidiendo (licencia) para mí y para las compañeras que fuesen menester para esta fundación... Era obispo el patriarca de las Indias don Juan Bautista de Acevedo, muy gran siervo de nuestro Señor y así tomaba con gran afecto y amor todo lo que tocaba a esta casa⁶⁴.

A partir de este momento, las siguientes fundaciones se harían bajo la autoridad y jurisdicción del obispo del lugar y no de los padres agustinos, para evitar los problemas habidos en Medina del Campo.

⁶² Positio Summ, pp. 398-401.

⁶³ Positio Summ, p. 401.

⁶⁴ Positio Summ, p. 402.

FUNDACIÓN DE VALLADOLID (1606-1610)

Todavía sin dejar bien asentada la casa de Medina se trasladó a Valladolid a la nueva fundación, apoyada por el obispo Juan Bautista de Acevedo, inquisidor general y patriarca de las Indias. Un grupo de señoras piadosas ayudó con sus bienes a la compra de un convento vacío de monjas agustinas del Sacramento junto a la parroquia de san Ildefonso. El licenciado Manrique, gran colaborador de la Madre Mariana, compró el edificio vacío por 7.000 ducados, con el dinero de las señoras piadosas. Al final, ellas mismas entraron de religiosas.

En los documentos se habla de cuatro fundadoras que fueron las que más ayudaron económicamente. Hubo que hacer muchas reformas durante dos meses para hacer más habitable el convento. En este convento escribió la Madre Mariana la mayor parte de su Autobiografía y de las Cuentas de conciencia. También aquí entró en escena como confesor don Jerónimo Pérez, que estuvo desempeñando este oficio durante 20 años.

No faltaron inconvenientes en la nueva fundación. Parecía que el diablo no estaba tranquilo, pero todo se fue superando con la confianza en la providencia divina. El convento creció pronto en prestigio y se multiplicaron las vocaciones. En uno de sus viajes lo visitaron los reyes, y la reina Margarita de Austria le tomó cariño a la Madre Mariana de modo que pronto la llamará a Madrid para encargarle el convento de santa Isabel y el de la Encarnación. Veamos lo que ella nos dice en la Autobiografía.

Salimos de Medina seis monjas y partimos de allá el dos de junio de 1606. Aquella mañana que partimos me comenzó a dar pena dejar la casa por parecerme que no quedaba tan asentada como yo quisiera..., aunque me dijo el Señor que por su cuenta quedaba, que no me diese pena, que Él miraría por ella... Fue con nosotras el buen licenciado Manrique... También entendí algunas veces y, antes que saliese de Medina, que se había de servir mucho aquí al Señor y que había de hacer grandes misericordias a esta casa y había de haber en ella muy buenos sujetos y gran quietud. Esto me lo dijo el Señor en ocasiones en que yo estaba allá muy llena de cuidados y trabajos... Llegamos aquí el mismo día a las seis de la tarde o poco más⁶⁵.

Creo que le pesó al demonio de que se hiciese esta casa, y, ya que no pudo estorbarla, trató de aguar el consuelo que teníamos de que se fundase y de

⁶⁵ Positio Summ, pp. 403-404.

vernos ya en ella. Estando pues, aderezando (arreglando) la entrada del coro, pareció que no podían ponerse bien unos tafetanes, porque los dejaba muy arrugados un pedazo de arco que estaba hecho de yeso. Y un sacerdote que traíamos con nosotras, muy siervo de nuestro Señor, que era el que los colgaba, acordó de tomar un buen madero para quitar aquel arquillo. Estábamos debajo no sé cuántas, nos avisó que nos apartásemos, mas pareciéndole a una compañera que traía de Medina (seglar, a quien todas queríamos mucho) que no le daría, se quedó donde estaba y le cayó el madero sobre la cabeza, haciéndole una gran herida, de modo que fue menester llamar al médico y cirujano y sangrarla. Era melancólica y de muy flaco corazón y así lo que más cuidado nos daba era su miedo, que le tenía grande, de la muerte.

Fue forzoso dejarla con nosotras y curarla dentro del monasterio, porque se afligía en imaginarse fuera de él y estando mala. Duró muchos días su mal y, como estuvimos tantos días sin clausura, era más embarazo. Y no fue esto solo lo que sucedió para inquietarnos. Porque, yéndome yo a la noche a querer rezar vísperas y entrando en la celda muy cansada, queriéndome sentar, se me entró y clavó un clavo que tenía en la faldriquera del hábito y fue con tan grande fuerza que, poniendo yo toda la mía por dos o tres veces, no le podía sacar. Pasó el hábito y todos los vestidos y me parece que lo que entró en la carne sería tanto como lo que tiene de largo mi dedo pulgar. El clavo era bien grande y entró hasta la mitad... No me acuerdo de haberle puesto en la faldriquera y nadie me lo echó. Y, después que lo saqué, lo buscamos mucho, pero nunca lo hallamos. Me pusieron un poco de aceite caliente en la herida, pero, como era tan honda, no bastó aquello para que no pasase adelante.

El día siguiente, fue forzoso andar mucho, porque la gente que vino y lo que hubo que hacer me obligaron a ello... Con esto y con el calor se me encendió la herida de manera que andaba con gran dolor, aunque no lo dije.

Me levanté al día siguiente con harta dificultad y con ella anduve todo el día. Ya a la tarde no podía, porque se me comenzó a apostemar (inflamar) y fue forzoso ponerse en manos de un cirujano... Lo que más sentía era el haberme de ver el cirujano, pero como el médico que tenemos es tan siervo de nuestro Señor, él quiso serlo también de cirugía y me curaba con harta gran caridad. Estuve más de tres semanas sin poderme levantar; en las cuales hizo nuestro Señor merced de que los dolores fuesen grandes y el mal hartado apretado que, con la calentura (fiebre) y mi flaco natural, di bien que trabajar a nuestras hermanas⁶⁶.

⁶⁶ Positio Summ, pp. 410-412.

Con mi enfermedad padecieron mucho y bien a solas, porque como no eran más que cinco y había tanto que hacer y tantas visitas, andaban muy trabajadas... A una de las que vinieron conmigo puse en el oficio de subpriora y maestra de novicias... Padecí con ella, porque con mi poca salud yo no podía acudir a la Comunidad. Traía molidas a las pobres compañeras. No le podía advertir nada, porque le parecía que la quería mal y que cuanto hacía me descontentaba y estas quejas daba de mí muy en forma, no sólo a las de casa sino a las de fuera.... Guardábase de mí, imaginándose que la quería menos que a las demás compañeras. Esta sospecha suya me hizo a mí harto mal, porque, por no afligirla ni darle más ocasión de la que ella se tomaba con sus imaginaciones, no la advertía todo lo que había menester para acertar a conservarse en paz con sus compañeras. A esto se juntaba el ser de natural muy melancólico y particular⁶⁷.

En el primer año y primera Pascua de Navidad que estuve en Valladolid, estando un día de la misma Pascua en oración, dando gracias a Nuestro Señor con harto consuelo de ver hecha aquella casa de la santísima Virgen con título de su Encarnación, alegrándome de lo bien que aquellas fiestas se habían celebrado, me mostró el Señor lo mucho que en aquella casa se le había de servir. Me pareció que la Madre Virgen y su santísimo Hijo se mostraban alegres y gozosos de haberles fundado aquella casa suya y que, a nuestro modo de decir, daban las gracias a esta criatura esclava suya por el cuidado que ponía en que su divino culto fuese con decencia servido. Me parecía que me admitían en su compañía y por un íntimo y modo secreto se llegaban a mí, dándome una participación de gloriosos consuelos, animando mi alma para que me alentase en servirlos más en otras ocasiones...

Al día siguiente por la mañana, me llamó don Pedro de Reinoso, señor de Autillo, y tan santo como saben todos los que lo conocen. Después de haber dicho misa, me llamó y me comunicó unos grandes deseos que tenía de hacer una fundación nuestra para lo cual me ofreció la hacienda y ornamentos y casa que ahora tiene el mismo convento con palabras y deseos bien fervorosos y conocidamente dados de nuestro Señor, y al fin me dice que la advocación de la casa había de ser de la Expectación. Y como yo estaba en el mismo deseo, le tomé la palabra que decía y le pedí lo mismo que él deseaba, que para ambos fue harto gran ocasión de dar gracias a nuestro Señor, aunque yo no le dije más, porque la noche antes me había venido aquel deseo. Con esta resolución, se fue tratando que el convento se hiciese⁶⁸.

⁶⁷ Positio Summ, pp. 410-415.

⁶⁸ Positio Summ, pp. 421-422.

FUNDACIÓN DE PALENCIA (1610)

El principal fundador fue don Pedro de Reinoso. Al quedar viudo se hizo sacerdote y con los bienes que le había dejado un tío suyo, don Francisco de Reinoso, obispo de Córdoba, y unas casas compradas al cabildo de Palencia, quiso ser fundador de un nuevo convento. Hubo al principio muchos problemas con el cabildo (canónigos) que exigían que las dotes de las religiosas fueran grandes para que no pidieran limosnas a la gente de la ciudad. Pero todo se pudo solucionar.

La comitiva salió de Valladolid el 6 de setiembre de 1610. Durante el trayecto, se incorporaron cinco jóvenes como candidatas y otras cinco irían poco después. Entraron el día 7, víspera de la Natividad de María, y el 14, domingo infraoctava, se puso el Santísimo y se inauguró la casa con la toma de los primeros hábitos. Pero la reina Margarita de Austria le urgió a la Madre Mariana a irse a Madrid para hacerse cargo del priorato del convento de santa Isabel; por lo que sólo estuvo en Palencia cuatro meses

Veamos lo que la M. Mariana nos dice: Luego que salimos parece que nos hinchó de gozo nuestro Señor y todos los que con nosotras iban creo lo sentían bien, y yo en mi alma sentía una nueva alegría que no cabía en mí. Iba mucha gente con nosotras y llegamos aquel día a comer a un lugar de mucha gente devota que nos esperaban. Nos apeamos junto a una iglesia y, entrando en ella, se comenzó a mover la gente y los clérigos de allí con tanta devoción que vi derramar hartas lágrimas... Oímos misa en un altar de nuestra Señora que parecía nos iba siguiendo, por lo que diré después. Luego nos llevó el cura a su casa, adonde comimos y fue tanta la gente que se junto allí a vernos que se llenó la casa y parecía despoblarse el lugar... Sentía mucha alegría el ver ya en tan buen punto aquella fundación, que parecía le echaba el Señor sus bendiciones y así movía los pueblos por donde pasábamos a que le alabasen mucho por aquella obra. Llegamos aquella noche a otro lugar donde, aún con mayores ventajas, parecía habían estudiado en cómo nos regalarían (alegrarían) y agasajarían. Era cosa extraordinaria la devoción de todos.

Partimos a la mañana temprano para oír misa en una ermita cerca de Palencia que era de nuestra Señora y de mucha devoción. Llegué allí bien mala y con harta calentura. Recibimos a nuestro Señor y a deshora me hallé muy mejor del mucho mal que sentía. De allí tomamos el camino para llegar a buen tiempo a Palencia. Hacíame devoción que todas las iglesias casi que topamos eran de nuestra Señora y, desde ésta en particular, no sé qué modo de presencia suya fui sintiendo, con una tan grande reverencia, que apenas me dejaba

levantar los ojos. Yo no sé que viese figura ninguna, mas me parece que no puedo dudar de que venía (la Virgen) con nosotras y como si con su manto nos cubriera, así me parecía que veníamos amparados con su favor.

Eran muchas las palabras que me daba de que sería allí muy servida y que conservarían las almas de aquella casa el servir a su Hijo con una santa sencillez y espíritu, y que haría ella este favor a aquella casa de que, las que entrasen, fuesen para este propósito. Parecía estar esta Señora con una alegría extraordinaria de aquel servicio que se le hacía. Y no sólo a nosotras favorecía, sino que a todos parece que derramaba este espíritu de consuelo y alegría. Entrando en Palencia, se movió toda la ciudad y cabildo que parecía templaba el Señor todos los corazones de la gente para que, en uniformidad, le alabasen por aquella obra y casa que de nuevo se fundaba. No he visto tal concurso en mi vida. Todo se movía en honra y alabanza de esta santísima Virgen, Señora y Reina nuestra, de cuya advocación había de ser y es aquel monasterio...

Parecía que nos traía como metidas en su corazón y que nos miraba como Madre y Señora, asegurándonos que no nos dejaría y que se daba por servida de estas casas suyas, a las que siempre ampararía en todo... De esta ermita partimos a Palencia con hartos calor y, antes de entrar, nos avisaron que quería salir a recibirnos el Cabildo y que nos apeásemos en una iglesia de nuestra Señora que está fuera de los muros. Allí llegamos hartos calurosos a refrigerarnos del gran calor que llevamos y, al fin, hallamos alivio en casa de esta Señora (Virgen María).

En la iglesia estuvimos esperando a que acabasen las vísperas (de la Natividad de María). En acabando, vino el cabildo y toda la gente principal del lugar por nosotras. De allí nos llevaron. Todos los más del cabildo iban a mula y los que no eran clérigos a caballo. Los coches nuestros iban detrás y toda la gente con tanto silencio y devoción... Al llegar a la iglesia, tañeron las campanas y entramos en ella, llevándonos los capitulares hasta la capilla donde salió el obispo a recibirnos. Él nos llevó a mostrar el sagrario y la cueva de san Antolín, que es de mucha devoción.

Nos llevó también a nuestra casa y en ella me entregó las llaves, adonde llegamos ya al anochecer. Íbamos con hartos consuelos de vernos ya en nuestra casa, que tanto había costado llegar a aquel punto... Estuvimos hasta el domingo infraoctava de nuestra Señora sin poner el Santísimo sacramento. Aquel día, se puso con mucha fiesta. Predicó el doctor Sobrino y dijeron la misa tres capitulares (canónigos) de la iglesia y asistió a ella el obispo, que es don Felipe de Tarsis. Estuvo aquel día el Santísimo sacramento expuesto y mi alma tan llena de gozo de verle ya en otra nueva iglesia que no podía detener las

lágrimas. Parecía que me daba a mí nuestro Señor el parabién de lo que allí pasaba y de lo que a Él le alababan. ... Me aseguró el Señor que favorecería siempre aquella casa y que no les faltaría lo necesario y me hizo aquel día muchas misericordias, entre ellas, me parece que me daba a entender que no sería aquella la postrera fundación...

Quedó hecha nuestra nueva casita, adonde comenzó nuestro Señor a traernos a todas con tan nuevas ganas de servirle que parecía se entraba entonces en la Orden. Todas las que entraron, ayudaban bien a esto, que tenían grandes deseos de su aprovechamiento y así se asentó luego la casa que parecía hacía muchos años que lo estaba⁶⁹.

MONASTERIO DE SANTA ISABEL DE MADRID (1611-1612)

Este convento había sido fundado inicialmente por san Alonso de Orozco en 1589. Se llamaba de la Visitación y había pasado por momentos difíciles debido a problemas económicos y también por estar adosado el convento al ruidoso corral de las comedias del Príncipe, que había comenzado a funcionar en 1583. Pronto su pobreza llegó a ser extrema y las monjas pidieron a la reina que les permitiera abrir en un muro de su casa unas ventanas que dieran al teatro para cobrar algo y remediar su pobreza. La reina aceptó ayudarlas y las trasladó a la actual ubicación, convirtiendo así el convento en fundación suya y dándole el nombre de santa Isabel.

Al entrar el convento bajo la protección real, renunció a su dependencia de los agustinos y aceptó la jurisdicción del capellán mayor de la capilla real, aceptando también las nuevas Constituciones de la Madre Mariana, como se observaban en Valladolid. Esto ocasionó algunas resistencias y, por ello, la priora y otras dos religiosas pidieron traslado a otros conventos de agustinas no reformados.

La Madre Mariana, llamada por la reina para ocupar el priorato del convento de santa Isabel, partió de Palencia el día 6 de enero de 1611. Estuvo en el convento da Valladolid ocho días. El día 14 partió en pleno invierno para Madrid. Sufrieron mucho por el camino y llegaron a Madrid el 20 de enero. Las recibió la condesa de Paredes, quien las llevó al palacio real donde las esperaban los reyes. La reina le presentó a sus hijos, dos de ellos enfermos. Al anochecer, las llevaron a casa de la condesa de Miranda, cuya hija Aldonza quería ser religiosa. Tomó el hábito el 21 de marzo y llegaría a ser la priora del próximo

⁶⁹ Positio Summ, pp. 421-430.

convento de la Encarnación de Madrid, después de la muerte de la Madre Mariana.

La Madre Mariana llegaba acompañada de sor Isabel de la Cruz, única religiosa que sacó de Palencia. De Valladolid se llevó a Catalina de la Encarnación y a Francisca de san Ambrosio. La víspera de la llegada de la Madre Mariana a santa Isabel, tuvieron en este convento una reunión comunitaria para ver si aceptaban a la Madre Mariana como priora; y otras seis o siete pidieron ser trasladadas a otros conventos de la Orden, quedando diecinueve religiosas, que la aceptaron *por unanimidad*, quedando todas en paz.

FUNDACIÓN DE LA ENCARNACION DE MADRID (1612-1638)

La reina Margarita de Austria había tomado mucho cariño a la Madre Mariana. Sus visitas a la Madre fueron frecuentes y hay testimonios que hablan del gusto con que lo hacía. A veces, la llevaba aparte de su séquito y departían ambas a solas sobre temas espirituales. La reina la admiraba mucho y, por eso, decidió construir de nueva planta un monasterio. Parece que la nueva fundación era parte de una promesa que la reina había hecho cuando se preparaba la expulsión de los moriscos, si se llevaba a cabo sin alteraciones sociales. El proceso de la operación quedó terminado el año 1610 en toda España, pero todavía durante otros tres años se continuó el proceso con otras expulsiones complementarias⁷⁰.

La primera piedra del nuevo convento fue colocada el 10 de junio de 1611. Y la reina pidió a su esposo Felipe III, que mientras duraban los trabajos de construcción, pudieran estar las religiosas en la Casa del Tesoro, vecina al palacio y a donde podía pasar la reina por un pasadizo para poder entrevistarse con la Madre Mariana sin pasar por la calle.

Las cuatro religiosas que habían venido a Madrid, junto con la novicia Aldonza, se trasladaron a la Casa del Tesoro el 4 de febrero de 1612. Allí estuvieron hasta 1616, cuatro años y cinco meses. La reina murió el 3 de octubre de 1612 de sobrepeso y el rey asumió el compromiso de su esposa, continuando la construcción del nuevo convento, que debió costar unos 50.000 ducados.

⁷⁰ A pesar de la amistad y cercanía con la reina, hubo discrepancias en algunos puntos. Parece que la reina deseaba un convento casi exclusivamente para gente de la nobleza y en esto no pudo ceder la Madre Mariana, aunque aceptó por el momento que hubiera un colegio de niñas, atendido por las religiosas. Este problema sólo se pudo solucionar en 1685, cuando el rey decidió que se suprimiera para que las religiosas se dedicaran exclusivamente a su vida espiritual.

En estos cuatro años tomaron el hábito once jóvenes y hubo nueve profesiones. Sin embargo, no le faltaron tampoco sinsabores a la Madre Mariana, pues algunos empleados del palacio no veían con buenos ojos su cercanía con el rey y desearon alejarla de la Corte. Le hicieron críticas malévolas, llegando a imprimir 200 panfletos que difundieron por todo Madrid en 1637.

La Comunidad se trasladó al nuevo convento el 2 de julio de 1616 con una solemne procesión y grandes festejos. Todavía siguieron los trabajos, pero ellas estaban felices en su nueva casa.

Felipe III otorgó en 1618 unas primeras escrituras de fundación que Felipe IV completó en 1625. También se aprobaron las nuevas Constituciones que la misma Madre Mariana había enmendado de acuerdo a su experiencia. Estas Constituciones, aprobadas inicialmente por dos nuncios delegados, lo fueron también por el Papa Pablo V para el convento de la Encarnación en 1616; Urbano VIII extendió la aprobación a los demás monasterios de agustinas recoletas en 1625. La Madre Mariana escribió aquí la parte final de la *Autobiografía* y algunas *Cuentas de conciencia*.

También escribió en este tiempo, además de muchas cartas, unos *Comentarios al Cantar de los Cantares*, un librito titulado *Ejercicios espirituales y repartimientos de todas las horas*. También escribió muchos pequeños textos, que agrupados tienen diversos títulos: *Consejos y máximas*, *Jaculatorias*, *Oraciones y prácticas piadosas*, *Apuntamientos*, *Poesías*, *Advertencias para la reforma religiosa*, *Versículos* y *Testamento espiritual*.

OTRAS FUNDACIONES DE SU TIEMPO (1623-1639)

Ella intervino en la fundación de otros conventos de la Orden, aunque no fue directamente ni vivió en ellos. En 1623 se fundó el convento de Villafranca del Bierzo (León). En 1625 en Castilla de la Cuesta (Sevilla) se fundó un convento de dominicas recoletas, convento promovido por los condes de Olivares, donde fueron algunas religiosas agustinas recoletas.

Las agustinas recoletas que fundaron ese convento de dominicas, al terminar su misión, fundaron el convento de Carmona (Sevilla) en 1629. Hacia 1630 se fundó el monasterio de Requena (Valencia) con la aceptación de la Madre Mariana, que hizo ir desde Palencia a Madrid a las monjas fundadoras.

En 1631, tuvo lugar la fundación del convento de Medellín (Cáceres), llamando del convento de Villafranca del Bierzo a las fundadoras para que fueran

a Madrid. Igualmente, se fundó en 1634 el convento de Pamplona, aceptando la Madre Mariana las primeras escrituras y la misma fundación, determinando que fueran religiosas de Éibar.

También colaboró en la creación de un nuevo Instituto de brígidas recoletas en Valladolid con monjas agustinas recoletas de Villafranca del Bierzo.

La fundación de Lucena (Córdoba) tuvo lugar en 1639, cuando ya había muerto la Madre Mariana, pero que había conocido y apoyado el proyecto. También tenía otros proyectos en mente, según aparecen en sus cartas, aunque no llegaron a realizarse, como fundaciones en Plasencia (Cáceres), Sevilla y Colmenares (Madrid). También hubo otros intentos de fundaciones, uno en Madrid y otro en Alcaraz (Albacete).

Otros conventos habían surgido del convento de la Visitación de Madrid, que había fundado san Alonso de Orozco y se unieron a la recoletas de la Madre Mariana, como el de Salamanca (1594). De este surgió el de Vitigudino (Salamanca) en 1615, el de Arenas de san Pedro (Ávila) en 1623 y el de Málaga en 1631. El de Vitigudino pasó a las recoletas de la Madre Mariana en 1619 por iniciativa del obispo, bajo cuya jurisdicción estaban,

Otra rama de agustinas recoletas nació en Andalucía por iniciativa de la Madre Antonia de Jesús, fundadora de dos conventos en Granada y otros dos en la provincia de Cádiz (Chiclana de la frontera y Medina Sidonia). Otros monasterios se fundaron más tarde en España, Galway (Irlanda), Lisboa y varios países de América, sobre todo, en México; y últimamente en Filipinas y Kenia.

ÚLTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE

A lo largo de su vida, la Madre Mariana había tenido continuas enfermedades que ofrecía con amor a su esposo Jesús por la salvación de los pecadores y reparación de tantos pecados cometidos. Once años antes de su muerte ya había perdido toda la dentadura y no tenía buenas encías, por lo que sólo podía comer cosas muy ligeras. En los primeros meses de 1638, mandó hacer unos crucifijos pequeños, que repartió entre las religiosas para dejarles *despertadores de amor de Jesucristo*. Aquella Cuaresma estaba muy delicada y sólo se sosegaba cuando estaba delante del Santísimo sacramento, que, hasta el final de su vida, fue su fuerza y su alimento, pues no se comprende cómo podía vivir con tan poca comida.

El domingo de Ramos le llevaron una palma que le enviaba su confesor y la saludó con alegría, diciendo: *Sea muy bien venida, señal es de que la habemos menester.*

El 30 de marzo sus males se agravaron. Era martes santo. El Jueves Santo aún sirvió a la Comunidad en el refectorio y lavó los pies a las religiosas según la costumbre. Asistió al sermón y el oficio y estuvo delante del Santísimo hasta las once de la noche. La enfermera le hizo retirarse a la celda, pero se volvió a levantar antes del amanecer. El Viernes Santo estuvo en los rezos y en el sermón de la Pasión. Cuando la Comunidad le pidió que, por su estado, no fuera al refectorio, accedió; pero parece que aprovechó el momento para tomar una disciplina.

El Sábado Santo madrugó mucho. Fue a la sacristía a despedirse de los capellanes y, al subir a su celda, dijo: *Ya vengo despedida de todos.* El confesor le mandó decir que el domingo de Pascua no se levantara a maitines, que se decían a las dos de la mañana. Lo hizo a las cinco y estuvo ante el Santísimo hasta la hora de la misa en que comulgó. Hasta el martes de Pascua, se levantó a oír misa y comulgar, pero el miércoles no se lo permitieron. El domingo 11 de marzo le dieron el viático y el lunes 12 la unción de los enfermos con la bendición apostólica para la hora de la muerte. Entró en estado de *suspensión* tranquila. Estaba silenciosa y, a veces, no respondía a las preguntas. Le dijeron que estaba el Santísimo expuesto y dijo: *Hermanas, ¿no está nuestro Señor descubierto? ¿Por qué no se van con su Majestad?*

Dos días antes de su muerte consiguieron que se dejara cambiar la cama de siempre (un colchón sobre un jergón de paja encima de una estera) por otra de madera y cordeles. Y les dijo: *Al fin, jumento, has salido con lo que querías.* Pocas horas antes de morir, alzó la voz diciendo: *Alabad, niños, al Señor* (Sal 112, 1). Y el médico, conmovido, respondió: *Bendito sea el que te crió.* Sus últimas palabras fueron: *In pace in idipsum* (En paz en Él), del salmo 4, 9.

Su semblante quedó risueño y apacible. Murió el jueves de la segunda semana de Pascua, 15 de abril de 1638, entre las doce y la una de la noche, faltándole cuatro meses para cumplir 70 años. La causa de su muerte fue un tabardillo, es decir, tifus exantemático.

Una vez muerta, fueron las religiosas a rezar el Oficio de difuntos, mientras otras la vestían con el hábito, poniéndole una palma en la mano, una corona de flores en la cabeza y otras esparcidas encima. Y la llevaron al coro donde estuvo hasta la tarde.

En la última enfermedad, dice sor Magdalena de Cristo, *en la celda había una repentina fragancia que dio que reparar y mucho más era tocando a la misma enferma o meneando la ropa de la cama. Pensaban algunas, si la habían lavado con alguna agua extraordinaria antes de ponerle el óleo (unción de enfermos). Pregunté con qué calentaron el agua con que lavaron los pies a nuestra Madre y supe que, por pedirlo a prisa, llevaron de la lejía que había para fregar. Examiné, si la habían echado algo de olor, asegurándome que no. Pregunté a la sacristana si acaso, por el aliento de la enferma, había llevado de la sacristía algo que echase de sí aquel olor y todas me aseguraron que no. Y así entonces y en otras ocasiones he hecho todas mis diligencias y me aseguran las que se hallaron allí que pueden jurar que es verdad todo lo dicho y hoy en día no se ha perdido del todo el buen olor de la celda; y fuera sale por el dormitorio también. No me ha hecho a mí esto novedad, pues hace muchos años que conocía bien el particular olor en la ropa que nuestra santa mudaba*⁷¹.

La madre Isabel de la Cruz, al comunicar a la priora de Valladolid la muerte de la sierva de Dios (17 de abril de 1638), le dice: *Dos días antes que expirase, quedó su cuerpo que no era más que un manojo de flores, de modo que las hermanas tomaban los pies en las manos y, de tenerlos poco tiempo, las sacaban tan olorosas que apenas nos dejaban hacer nada, porque todas querían gozar de aquel bien. Quedó su rostro apacibilísimo y con una alegría que parece se estaba riendo y, con ser tanta la edad y estar ya desfiguradísima con las continuas enfermedades, se espantaban todos los que la veían y les parecía increíble que tuviese los años que tenía*⁷².

*Del asiento del coro tomaron los libros y los cambiaron por los suyos; las estampas y las mismas imágenes de indulgencias que tenía con el rosario en la mano, en expirando, se lo arrebataron todo*⁷³.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, hubo misa cantada y después otra misa solemne. Se le sacó un retrato por encargo del cardenal Spínola. Se le hicieron dos retratos: uno lo colocaron en el coro sobre la silla que había ocupado en vida y otro para su celda. De estos originales se hicieron después muchas copias.

Por la tarde hizo el oficio religioso de pontifical el patriarca de las Indias con asistencia del cardenal Spínola y de muchos religiosos y, a continuación, llevaron el cuerpo a enterrarlo a la bóveda donde enterraban a las religiosas,

⁷¹ Positio Summ, Doc. p. 244.

⁷² Positio Summ, Doc. p. 81.

⁷³ Ib. p. 86.

colocándolo en el testero entre dos altares. Antes de ponerla en el nicho, las religiosas le besaron las manos y los pies. Por ser tarde, no se cerró el nicho y, al día siguiente, antes de hacerlo, volvieron a verla con el rostro apacible, que parecía tener muchos menos años. No estuvieron presentes los reyes, porque el carácter contagioso de la enfermedad lo hizo desaconsejable.

Al día siguiente de su entierro comenzó un novenario solemne de misas y sermones con responsos a cargo de distintas Congregaciones religiosas. El 16 lo hicieron los agustinos del convento de san Felipe y el 17 los agustinos recoletos. También los conventos de agustinas recoletas, fundados por ella, tuvieron un novenario de misas y sermones.

Hacia el 10 de mayo de 1638 fue elegida priora sor Aldonza del Santísimo sacramento. Una de las primeras cosas que realizó fue convertir en capilla, dedicada a san José, la celda de la sierva de Dios.

La Madre Catalina de la Encarnación sacó a luz los escritos de la Madre Mariana, que había tenido escondidos durante 10 años. Ella dice: *Le dio a su confesor un mal tan grande que le duró hasta que murió... Ella llamó un día a una hermana de las de afuera y le pidió que fuese allá (a la casa del confesor) y que todos los papeles que topase, escritos suyos o de este convento, se los trajese y no los diese a nadie sino a ella. Lo hizo con gran puntualidad... Un día, vi que debajo del brazo llevaba cantidad de papeles y me dio gran pena, porque sospeché lo que era... De ahí a pocos días se lo volví a pedir. Me miró mucho y me dijo: “¿Qué pensó que era lo que llevaba?”. Yo le dije que eran algunos papeles suyos que los pedía para quemarlos. Y me respondió: “Es la pura verdad”. Me dio mucha pena y le dije: “¿Cómo es posible, madre mía, que nos haga tal pesar a todas sus hijas?”. Me respondió: “Porque no quiero que quede rastro de mí después de mis días”.*

Llamé a la hermana que se los había traído y le conté lo que pasaba y cómo los había quemado... Le dije que los buscara todos con gran secreto y me los diese en mis manos sin que nadie lo supiese ni lo viese. Lo hizo como se lo pedí y de esta manera los fue trayendo y yo los guardé bien escondidos hasta después de la muerte de nuestra santa y venerable Madre... Tuve estos papeles escondidos desde el año 1628 en octubre hasta el 1638 en mayo, después de hecho el novenario de nuestra santa Madre⁷⁴.

La Madre Aldonza pidió inmediatamente a las religiosas, que le habían conocido, que dieran un informe detallado de su vida y sus virtudes.

⁷⁴ Positio Summ, Doc. pp. 166-167.

Respondieron 40 religiosas. En 1642, con el testimonio de las religiosas y los escritos de la sierva de Dios, el licenciado Luis Muñoz terminó su primera biografía y la publicó impresa en 1645.

PROCESO DE BEATIFICACIÓN

Ya el 12 de junio de 1644, a los 6 años de su fallecimiento, se hizo el reconocimiento de su cadáver por tres médicos del palacio real. Los tres médicos firmaron un acta en la que se escribió: *Hallaron su cuerpo que está entero, aunque consumido y seco con toda su trabazón, huesos y pellejo, uñas y cabellos y nariz enteros, juntamente tiene los humores de los ojos, y partes de ellos enteros y sin consumirse, antes transparentes. Las manos tias y puestas en el aire y levantadas, y todo el cuerpo de forma y con tal trabazón que se puede tener en pie sin deshacerse. Y las mismas venas que tenía en la frente, y manchas que tuvo, cuando murió, se reconocen sin tener olor malo, antes bueno, que es de mayor admiración, habiendo muerto de un tabardillo, enfermedad contagiosa. Todo su cuerpo no causa horror ni espanto, antes consuelo y devoción a quien le mira. Lo cual todo junto, con su santa vida, lo juzgaron por cosa milagrosa y sobrenatural y por la verdad lo firmaron de su nombre dicho día. Doctores Juan Gallego, Jerónimo Morales, Luis Carrillo. Lo firmaron ante mí. Licenciado Luis Muñoz*⁷⁵.

En esa oportunidad en que encontraron su cuerpo entero se le cambió el hábito y trasladaron su cuerpo a otro enterramiento más distinguido y cercano en una pieza pequeña junto a la capilla de los ángeles y con una ventana que daba a ella por donde se podía ver la *caja cubierta de terciopelo carmesí, guarnecida de pasamano y clavazón dorado, forrado por dentro con tela rica de oro*.⁷⁶

Su cuerpo siguió transpirando buen olor. El 16 de octubre de 1736, la priora de la Encarnación escribía al monasterio del Corpus Christi de Granada: *Su buen olor se percibe a bastante distancia y también lo conservan algunas cosas de la ropa que usaba cuando vivía. Tiene las dos manos cruzadas, la derecha sobre el corazón, manándole un licor fragantísimo tanto que mancha el sudario*⁷⁷.

En 1842, con motivo de la desamortización de Mendizábal, la Comunidad fue expulsada de su convento y una parte de la Comunidad se pudo refugiar en el

⁷⁵ Positio Summ, Doc. p. 99.

⁷⁶ Muñoz Luis, o.c., p. 366.

⁷⁷ Positio, Informatio, p. 426.

convento de santa Isabel, donde llevaron el cuerpo de la Madre Mariana. Allí estuvo cinco años hasta el 2 de julio de 1847 en que regresaron a la Encarnación. En el libro de *Hechos Notables* del convento de santa Isabel se lee sobre este tiempo que estuvo su cuerpo entre ellas: *Está, no sólo exhalando con frecuencia una fragancia suavísima de su cadáver, sino también elevándose algún tanto pocos días antes de poder volver las religiosas a su convento, concediendo el Señor que nuestra Comunidad de santa Isabel, que se hallaba entonces próxima a expirar, se restaurase muy pronto con nuevos bríos*⁷⁸.

En tiempos posteriores se trasladó su cuerpo al lugar donde se encuentra actualmente, en un sepulcro de mármol con una lápida de lo mismo. Por motivo de las vicisitudes históricas, fue difícil realizar todos los trámites exigidos para la beatificación. Pero el 27 de julio de 1980, la priora y Comunidad del Real Monasterio de la Encarnación decidieron por unanimidad acudir al capítulo general de los agustinos recoletos para que las apoyaran en la introducción de la causa de beatificación y canonización de la Madre Mariana. El capítulo general, reunido en el Valle de los caídos de Madrid, desde el 1 de setiembre de ese año 1980, decidió apoyar la causa y nombrar como vicepostulador al padre Teodoro Calvo. El 27 de diciembre de 1992 se nombró al padre Romualdo Rodrigo como postulador de la Causa. El 27 de abril de 1993, ante el cardenal Ángel Suquía, arzobispo de Madrid, tuvo lugar la apertura del proceso diocesano en el convento de la Encarnación; y fue clausurado el 10 de julio de 1996 por el cardenal Rouco Varela, arzobispo de Madrid. La Congregación para las causas de los santos declaró la validez del proceso el 29 de noviembre de 1997, por lo que podemos llamarla venerable o sierva de Dios.

*Se conservan dos crucifijos, que ella usaba; uno de ellos, con púas, que llevaba al pecho como instrumento de mortificación; y otro que tenía en su celda con el cual murió, teniéndolo entre las manos, según reza una inscripción que tiene en la peanita de la base. Sobre su cama tenía un crucifijo pintado en madera, que conservan las sucesivas prioras en su celda. Sus modestas ropas se conservan en una arquita instalada en la capilla del relicario. También sus escritos se guardan en el archivo de este monasterio de la Encarnación. En este momento, siguen sus Constituciones y reglas 30 monasterios en España, 12 en México, otro en Estados Unidos y otro en Filipinas*⁷⁹.

En la sala de imágenes del museo, se expone la pesada cruz de madera con que solía hacer el ejercicio del Viacrucis. En una dependencia del

⁷⁸ Positio, Informatio, p. 428.

⁷⁹ Sor Dolores Ogando, Positio Summ, p. 652. También hay otro convento en Kenia

*monasterio se guarda una imagencita de esmalte que la sierva de Dios solía llevar consigo en sus fundaciones*⁸⁰.

DONES EXTRAORDINARIOS

a) MILAGROS

Dios amaba a Mariana con entrañable amor de esposo y le concedía todo lo que pedía. En una oportunidad, cuenta en su Autobiografía: *Me decía el Señor que le pidiese todo lo que quisiese, que todo me lo concedería, pero yo no podía pedirle más que a Él mismo*⁸¹. Por eso, no es de extrañar que Dios hiciera grandes milagros durante su vida por su intercesión.

Sor Antonia de san José, en su testimonio, dice: *Una religiosa del convento de Valladolid escribió sobre la fundación de ese convento: Una vez, siendo la hora de hacer la señal para ir al refectorio (comedor) no había en casa más que dos panecillos y algunos pocos mendrugos y, acordándose la refitolera que había mandado nuestra Madre que por ningún motivo se detuviesen las llamadas de la Comunidad, se determinó hacer señal para no faltar a la obediencia. Partió el pan y lo puso en las mesas lo mejor que pudo, conociendo que no había ni para empezar; en la confianza de que, en tanto se juntaba el convento y bendecían la mesa, llegaría la panadera. El pan era tan poco como dijimos y las religiosas veintiséis y, comiendo cuanto hubieron menester, hubo hartito para todas sin que viniese la panadera y sobraron algunos pedazos con que comieron las criadas que servían afuera. Dijo la refitolera a nuestra Madre: “En verdad, Madre, que nos ha sucedido lo que a santa Clara, que le multiplicaba nuestro Señor los mendrugos que le daban de limosna”. Y respondió: “No es menos poderoso nuestro Señor ahora si se es obediente”. De este género, sucedieron casos que habremos de pasar en silencio por haber faltado las religiosas que pudieran informarnos con puntualidad*⁸².

Decíale a veces la provisora (ecónoma): *Madre, mire que tengo yo muchos pobres a quienes sustentar. Se reía y decía: “No sea miserable, créame y dé mucho a los pobres, si quiere que todo le sobre”. Y dice esta religiosa que verdaderamente reparaba muchas veces que le parece gastaba cuatro veces más de lo que le traían a nuestra santa Madre, y esto era después de que había dado*

⁸⁰ Sor Madre Teresa de la Virgen del Pilar, Positio Summ, p. 649.

⁸¹ Positio Summ, p. 344.

⁸² Sor Antonia de san José, Positio Doc 17, p. 31.

mucho de ello. Y así decía muchas veces el portero: “Yo no sé con qué se sustentan vuestras reverencias, porque me parece a mí que sale más por este torno de lo que entra por él...”

Habían enviado una caja de alajú (alfajores) y la provisora la iba guardando para las necesidades. Y le dijo un día nuestra Madre: “¿Por qué no da esa caja a todas las necesitadas?”. Respondió: “Madre, se me acabaría aprisa, si gasto tanto”. Y le dijo: “Tenga caridad y acuda a las necesidades del presente, que Dios dará para las de adelante”... La provisora comenzó a gastar en todo lo que juzgaba necesario y puede decir con verdad que fue más de diez veces lo que gastó de lo que había y la hallaba siempre de la misma manera que la dejaba. Un día le dijo a la Madre: “Madre, ¿no sabe el milagro que se va haciendo con la caja? Por más que gasto, siempre está igual”⁸³.

Estando mala la Madre en el convento de Valladolid, había ordenado el médico un remedio para el cual era necesario un poco de canela. La buscó la enfermera y no había ninguna en casa, y era ya tarde para enviar por ella. Al fin, se resolvió de hacer el remedio sin ella, aunque lo sentía. Estando junto a la chimenea, volvió los ojos y vio sobre sus mismas faldas una raja muy grande de canela y la tomó dando gracias a Dios de la providencia que tenía con nuestra santa Madre e hizo su emplasto. Cuando lo llevó le dijo: “Madre, canela milagrosa tenemos”. Y nuestra Madre le dijo: “Calle, que no la debía de haber buscado bien”. “Sí, y yo no la tenía en la falda y me la pusieron en ella”. Y la Madre respondió: “Pues sea lo que fuere, no hable de ello palabra”⁸⁴.

Al principio de las fundaciones, aconteció que empezaron a criar con estameña y jerga (como es normal en los que usan estas telas) aquella mala sabandija tan sucia y enfadosa (piojos). Lo sentían las pobres monjas y la buena Madre les aseguró que nuestro Señor nos haría misericordia de quitarlos. Y así fue que, dentro de muy poco tiempo, se quitaron. Y ¡Bendita sea su divina Majestad!, que no los hay en todas sus casas”⁸⁵.

Veintisiete años la conocí y la traté... Tenía un corazón muy compasivo... Una hermana tenía en un carrillo una fístula tan mala que decían los médicos que, siempre que veían a tal hermana, se lastimaban mucho, porque creían que se le había de comer media cara... Estaba la santa con harta pena que bien lo veía la enferma. Le mandó expresamente que cada día a tal hora (después de haber comulgado) fuese al relicario (lugar donde tenían al Santísimo). La

⁸³ Sor Isabel de la Cruz, Positio Summ, Doc, p. 205.

⁸⁴ Sor Isabel de la Cruz, Positio Summ, Doc, p. 204.

⁸⁵ M. Aldonza, Positio Summ, Doc, p.116.

hermana la hallaba como un serafín e, hincándose ambas de rodillas, le quitaba el parche y así, sin limpiarlo, le lamía (el carrillo) y lo limpiaba muy bien y luego, con la misma lengua, le hacía la señal de la cruz. En fin, la hermana vino a sanar de su fístula y está hoy día no sólo buena, sino sin casi señal de dónde la tuvo⁸⁶.

Una religiosa estaba tan mal de la garganta que la vio el médico y dijo que la sangrasen, porque tenía mucha calentura (fiebre). Nuestra Madre le santiguó la garganta y, sin sangrarla ni darle otro remedio, se le quitó⁸⁷.

b) ÉXTASIS

Este fenómeno tan frecuente en la vida de muchos santos es un ensimismamiento en Dios, de modo que uno queda absorto totalmente, inmóvil e inconsciente a todo lo que le rodea. A veces, el éxtasis puede ir acompañado de luces o resplandores corporales.

La Madre Mariana tuvo muchos éxtasis. Ella nos dice en su Autobiografía: Iba muchas veces a la huerta, porque siempre andaba con ansias de soledad. Fui una vez y escogí, como muchas veces lo hacía, una parte para estar sola. Llevaba en la mano el libro “Imitación de Cristo” (de Tomás de Kempis) y, abriéndolo, topé con un capítulo que trata del día de la eternidad. A pocos renglones que leí, no pude pasar adelante, porque me sentí arrebatada y fuera de mí. Me parecía que estaba mi espíritu hecho una cosa con Dios nuestro Señor y, llevada de un sumo gozo, aunque sin operaciones eficaces, sentía que, deshecha mi alma en el Señor, le daba a gustar de aquellos infinitos bienes que tiene guardados a sus escogidos; y esto parecía se le daba por prenda segura de que había de llegar a gozarlos para siempre. Fue mucho lo que entendí, vi y gocé... Cuando volví (en mí) me hallé con los ojos clavados en el cielo y tan llena el alma de gozo y tan suspendida en él que, por mucho rato, me parece estuve de esta manera⁸⁸.

¡Qué de veces la vi en el recogimiento de su oración tan absorta con Dios que no oía a las que iban a pedir alguna licencia! Y a mí me sucedió muchas veces enviarme a llamar y haber menester estar esperando a que volviese para saber lo que la santa Madre quería. Volvía con grande serenidad y disimulación. Otras veces la hallaba en la celda con el breviario o con otro libro, leyendo o

⁸⁶ Positio Summ, Doc, p. 108.

⁸⁷ Sor Antonia de san José, Positio Summ, Doc, p. 145.

⁸⁸ Positio Summ, p. 314.

*escribiendo, echando de su rostro tales resplandores que me quedaba pasmada mirándola y con harto deseo de que entonces se le pudiera retratar, ya que no podía saber de lo que gozaba aquella más que dichosa alma... En las ocasiones que así la vi, quedaba su rostro como de edad de 20 ó 30 años y con una alegría particular*⁸⁹.

Sor Isabel de la Cruz asegura: *En Medina del Campo me dijo la Madre Agustina de Jesús, que era tornera, que buscara a nuestra Madre, porque estaba una persona esperándola. La busqué por todas partes y no hallándola volví al torno y se lo dije a la tornera. Ella fue a una desván donde había muchos trastes... Al regresar, (me dijo): ¡Si supiese cómo estaba! Me llegué a ella diciendo: ¿Es posible madre mía que aquí haya venido cuando hace tanto tiempo que la buscamos? Y viendo que no me respondía palabra, me acerqué más y le levanté el velo que tenía echado delante del rostro y vi que tenía los ojos abiertos y algo levantados y estaba su rostro como el de un serafín y por más que lo moví y tiré del hábito no volvió en sí ni me vio*⁹⁰.

c) PROFECÍA

Es el don de conocer por adelantado ciertos sucesos que ocurrirán en el futuro, por revelación especial de Dios. De esto tuvo muchos casos nuestra santa.

*Una señora de esta Corte, muy amiga de nuestra santa Madre había de recibir unas doncellas para un convento que había fundado. Y traíaselas todas para ver si le contentaban. Entre otras, fueron dos hermanas: la una, mujer de gran virtud y tenida por todos por muy espiritual y de extraordinario fervor; la otra, virtuosa, pero no se reparaba en ella más que en esto. Las vio nuestra Madre y le dijo que recibiese a la mayor, que era la que no tenían por tan extremada. Lo sintieron mucho todas las personas que las conocían, porque verdaderamente les parecía que se había engañado y, sobre esto, hubo algunas murmuracioncillas. Al fin, la que escogió nuestra santa Madre es grande religiosa; a la otra se le pasaron los fervores y dentro de un año se casó, con que quedaron todos en su casa admirados y decían después: “Dios me libre de la Madre priora de la Encarnación, ¡qué buenos ojos tiene!”*⁹¹

Otra religiosa declaró: *Hallándome muy apretada de una enfermedad y habiéndome dado el viatico, teniendo yo por cierto que moría, me fue a ver y,*

⁸⁹ Positio Summ, Doc, p. 239.

⁹⁰ Sor Isabel de la Cruz, Positio Summ, Doc, p. 181.

⁹¹ Sor Isabel de la Cruz, Positio Summ, p. 209.

diciéndole yo cómo estaba, me dijo: “Calle, que no morirá”... Desde entonces, mejoré y estuve muy presto buena⁹².

En algunas ocasiones dijo algunas cosas que habían de suceder. Recibió en una de sus casas a una novicia... que la mayor parte del año de noviciado estuvo muy desconsolada y resuelta a salirse y no profesar sin que bastase cosa para que se persuadiese que era tentación. Le decían las religiosas a nuestra Madre: “Madre, fulana está desconsolada y no parece que ha de profesar”. Y siempre respondía: “Sí la hará... No les dé cuidado, que no sólo estará muy contenta, sino que ha de ser una religiosa de grande espíritu y de mucho provecho en la Orden”. Fue todo puntualmente como lo dijo nuestra Madre, pues no sólo estuvo consolada, sino que ha sido y es uno de los mejores sujetos que tiene la recolección y que le ha hecho mayores servicios.

Sucedió otro caso con otra novicia, a la cual le fue deteniendo la profesión y, al cabo, la sacó y la entregó a sus parientes, diciendo que no podía profesar. Ella, cuando se vio fuera, hizo tantas diligencias para que la volviesen a recibir... que las religiosas, vencidas de sus ansias, la volvieron a recibir y dieron el hábito..., cuando ya su reverencia (Madre Mariana) estaba en otra fundación.

Cuando la Madre leía la carta (en que le comunicaban esta noticia) dijo: “A ellas las ha movido la caridad para tomarla, ahora tengan paciencia con lo que les viniere”. Y sucedió como lo dijo, porque, estando ya profesa, hizo tal cambio en ella la falta de salud que, sin culpa suya, ha sido de las mayores cruces que aquella casa ha tenido⁹³.

d) BILOCACIÓN

Es el don por el cual una misma persona puede estar, a la vez, en dos lugares distintos. Algunos teólogos consideran que eso es imposible y que en uno de los lugares está solamente en apariencia o un ángel hace de sus veces.

En la vida de la M. Mariana no se habla mucho de este don, pero Sor Catalina de santa Mónica dice con claridad: *Nos dijo (don Jerónimo Pérez, su confesor), viniendo de Madrid, donde quedaba nuestra Madre, al hablarle de nuestra soledad y del consuelo que fuera que ella, de cuando en cuando, visitara*

⁹² Testimonio N° 16, Documento 403.

⁹³ Sor Isabel de la Cruz, Positio Summ, Doc, p. 176.

*sus conventos; ¿qué saben si lo hace? Pues, cuando están recogidas en sus celdas, se pasea por los dormitorios*⁹⁴.

De hecho, tenía la costumbre de echar la bendición a todos sus conventos por las noches y, no es de extrañar que, aunque ella no lo dijo, pudiera tener este don, como insinúa su confesor, de poder visitarlos en bilocación por gracia especial de Dios.

CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Dios le daba frecuentemente luces sobrenaturales para conocer cosas que era imposible conocer humanamente. Ella misma dice: *Me dijo un día (el Señor) que me hacía merced de que cualquier persona afligida que llegase a consolarse y pedirme parecer en alguna duda, que me daría luz y palabras para encaminarla y consolarla, si la tal persona viniese con ánimo sencillo y que, para responder y hablar, procurase siempre de no apartar de su Majestad los ojos, enderezando mi intención a su divina voluntad y gloria*⁹⁵.

Sor Isabel de la Cruz declara: *Una vez, estando en el coro en oración, salió y se fue derecha a la portería y llamó al portero y le dijo: “Vaya a la iglesia y diga al alguacil que cómo es posible que deje que esté hablando una mujer con un hombre. Fue y dijo que estaban en parte que era imposible poderse ver desde acá dentro. Y me dijo el portero: “Nuestra Madre tiene espíritu de profecía sin duda alguna, porque esto no lo pudo saber de otra manera”*⁹⁶.

Un día la Madre Mariana mandó comprar una gallina y unos bizcochos y mandó al sacristán: *“Lléguese a las carmelitas y llame al torno y ponga esto sin decir nada y procure que no lo vea nadie”*. Él lo hizo así y después se supo que tenían una enferma muy apretada y ellas lo estaban en este tiempo tanto que no tenían con qué socorrer a su necesidad⁹⁷.

EL DEMONIO

El demonio no podía permanecer indiferente ante tanta bondad y tantas almas que la M. Mariana llevaba al cielo. Por eso, con permiso de Dios, la

⁹⁴ Positio Summ, Doc, p. 249.

⁹⁵ Cuenta de conciencia XXVII. Positio Summ, p. 495.

⁹⁶ Positio Summ, Doc, p. 177.

⁹⁷ Ibídem.

tentaba y le ocasionaba problemas con mucha frecuencia; y con ello, conseguía ella más méritos para salvar más almas.

Ella misma nos dice en su Autobiografía: *Lo que he visto algunas veces son demonios airados contra mí. En particular, cuando se celebran algunos misterios y fiestas de Cristo nuestro Señor con solemnidad y decencia de su culto, parece que lo veo con gran rabia de que hago que esto se haga con puntualidad. Y en una fiesta en particular me parecía estar cercada por ellos y cada uno me decía palabras airadísimas y me hacían gestos fierísimos; algunos se llegaban a mí y me causaban estas cosas grandísimos dolores. Otras veces, veo que van tras estas hermanas y, sin sentirme, les voy a buscar y veo conocidamente algunas veces que van corridos de no poder hacer en ellas y en mí lo que querrían*⁹⁸.

*Entre los medios que tomó el demonio para apretarme (afligirme) fue que, estando un día del Corpus por la mañana en oración, comenzando a leer en el Tercero Abecedario de Osuna, me pareció que se levantaba un aire muy caliente a mi lado derecho y que, con mucho ruido, como de persona que andaba recio, se llegaba a mí y junto al oído me dijeron: “Miserable hija de Babilonia”. Oí estas palabras muy claras, me dejaron con gran inquietud y temor y, aunque procuraba tornar a la oración, no podía y, si me sosegaba algunos días, tornaba a revolvérseme el alma muy más inquietamente. Luego me parecía que aquello me lo había dicho el Señor desengañándome de la perdición de mi alma y que había de acabar con un fin que me llevase al infierno. En cualquier aprieto que tenía, luego se me acordaba de esto y andaba tan alborotada que no podía tener quietud en nada... Cuando me apretaba el temor de condenarme, lo desechaba con decir que por lo menos, en cuanto viviese, quería servir a nuestro Señor y que después hiciese su divina voluntad justicia en quien tanto le había ofendido... Y su Majestad me fue dando ánimo de manera que del todo se me quitaron estos temores y, si volvían, era muy de tarde en tarde*⁹⁹.

Dice sor Catalina de la Encarnación: *Ella andaba solícita en darle al demonio muchos pesares y él a nuestra Madre se los hacía de marca mayor en las cosas grandes y en las pequeñas que se le ofrecían. En esta fundación (Valladolid) le quebró tres campanas, que no hacían sino ponerlas y de ahí a pocos días lo estaban, hasta que su reverencia hizo que las consagrasen, con lo que no debió de poder llegar más a ellas y así no sucedió más este trabajo*¹⁰⁰.

⁹⁸ Positio Summ, p. 420.

⁹⁹ Positio Summ, p. 305.

¹⁰⁰ Positio Summ, Doc. p. 163.

Le dio al demonio tanta rabia (por las procesiones que hacía) que, yendo a esconderse a una capilla del Cristo de la columna, sola y a oscuras, para que no la viesen tomar disciplina, la cogió el demonio y la echó de una escalera abajo. Topamos (encontramos) la correa hecha tres pedazos con ser tan gruesa y ancha. Fue un milagro que no se matase y cayó donde nadie la podía ver ni oír.

Preguntándole cómo había podido moverse, decía que, en volviendo en sí, procuró ver si podía subir y que no le era posible ni dar un paso. Subió de rodillas y arrimándose los codos en los escalones. Y, en viéndose arriba en la escalera, que no sabía quién la había llevado hasta que se vio arrimada a su cama... Estaba con los pies muy maltratados, las manos llagadas, hasta la cara y boca con sangre de manera que ni meterse en la cama pudo; y para echarla en un colchón fue menester entre muchas tenerla... Era este “patillas” muy su enemigo¹⁰¹.

AMOR A JESÚS EUCARISTÍA

Era tan grande su amor a Jesús, presente en la Eucaristía, que le gustaba pasarse a su lado muchas horas del día o de la noche. Cuando tenía problemas especiales, allí encontraba alivio, fortaleza y paz. Deseaba que las misas fueran celebradas con toda solemnidad y sentía necesidad de comulgar cada día.

Sor Isabel recuerda que decía muchas veces que quisiera tener cálices de oro y las custodias de diamantes, y que todo cuanto había en el mundo lo quisiera ver en las iglesias en servicio del Santísimo sacramento¹⁰².

Y pidió al rey que en esta casa se diese salario a dos alguaciles sólo con el fin de que no haya ruido ni hablen recio ni haya cosa que pueda ser ofensa del Señor; y cualquier cosa de ruido que oyese, enviaba recados hasta que todo se sosegaba¹⁰³.

Era grande su alegría el día que se ponía el Santísimo sacramento en estos conventos y decía: “Ya nuestro Señor tiene una casa más donde sea adorado y servido. Seamos muy buenas, hermanas mías, y démosle muchos gustos”¹⁰⁴.

¹⁰¹ M. Aldonza, Positio Summ, Doc, p. 109.

¹⁰² Positio Summ, Doc, p. 215.

¹⁰³ Sor Isabel de la Cruz, Positio Summ, Doc, p. 215.

¹⁰⁴ Sor Catalina de la Encarnación, Positio Summ, p. 163.

Ella misma dice: *Nuestro Señor me enseñó (a prepararme para comulgar bien)... Había de desear con todas mis fuerzas y que se llegase la dichosa hora de recibirle, enseñándome muchas maneras y modos de esperarle y llamarle... Y que, desde que le recibiese hasta la tarde, gastase en mirarle y amarle y agradecerle tan soberano beneficio, el cual valía más que cuanto hay en el cielo y en la tierra, pues todo, sin este Señor, es nada. Y cómo todos los tormentos que hay, dejando aparte la pena (del infierno), todos los demás males y trabajos, comparados con este bien, era como una pequeña centella en comparación de esta infinidad de infinitos bienes*¹⁰⁵.

*Estando dando gracias, después de haber comulgado... me parecía que mi alma era como una luz clarísima y hermosísima y muy parecida a aquel Señor que es una luz inaccesible y hermosa infinitamente... Me dio grande entendimiento de las veces que lo recibo con tibieza que creo son todas y de la que los cristianos todos tienen en recibirle, en particular los sacerdotes y religiosos. Me dio gran ansia de que el Señor mostrase a todos la nobleza de su alma para que, estimándola, estimasen el no ensuciarla por ninguna cosa y así lo pedía a su Majestad por algunos días y me daba gran pena de las maldades con que yo había querido ensuciar su imagen tan querida...*¹⁰⁶.

*En Ciudad Rodrigo me sucedía algunas veces, después de haber comulgado, hallándome muy recogida, al salir de este recogimiento me parecía tener toda la boca y rostro (y toda yo) bañada de sangre que sentía con este calor encenderme yo toda, con un singular silencio y deleite interior que me duraba todo el día... Y parecía que me bañaba Cristo, nuestro bien, de aquella divina sangre, asegurándome de que no me faltaría su misericordia con otras mercedes que me hacía*¹⁰⁷.

*Su Majestad me ha hecho la misericordia de que goce de la real y verdadera presencia suya como está en el Santísimo sacramento, cuando le acabo de recibir; y como absoluto Señor de mi alma, lo siento en ella con duración de todo el día tan clara que para mi natural ha sido fuerza que lo fortalezca el Señor*¹⁰⁸.

Por muchos trabajos que tenga, son muy raras las veces que, en comulgando, no se me quiten o alivien y, por lo menos, los suspende su Majestad hasta que pase aquel rato. Esto sucede hace ya muchos días y creo años. Cuando no comulgaba cada día, se me suspendían (las penas) cuando oía la misa, y era

¹⁰⁵ Cuenta de conciencia XXVII. Positio Summ, p. 493.

¹⁰⁶ Positio Summ, pp. 418-419.

¹⁰⁷ Cuenta de conciencia XXIII. Positio Summ, p. 483.

¹⁰⁸ Cuenta de conciencia XXXV. Positio Summ, p. 509.

*cosa muy conocida que, desde que se decía el evangelio hasta que consumía el sacerdote, sentía siempre alivio en cualquier tribulación interior que tuviese. Hace muchos años que recibo particulares misericordias con la presencia de este divino sacramento*¹⁰⁹.

Sor Catalina de la Encarnación declara: *Francisco de Yepes* (hermano de san Juan de la Cruz) , *hombre tenido por santo y humilde, un día fue al convento a dar un recaudo (mensaje) a la Madre Mariana de san José y, cuando llegó al torno, ella acababa de comulgar y salió por el torno un olor tan suave y de tanta fragancia que procedía de su boca que, no sólo quedó bañada su alma de gran dulzura y consuelo, sino que también redundó en el cuerpo mucho deleite, y no hubiera querido apartarse de allí por mucho tiempo. Dio su recaudo y dando gracias a Dios de esta merced le dijo Dios cómo aquella religiosa acababa de comulgar y que era gran sierva suya y que aquel divino olor que había sentido, salía del Santísimo sacramento que había recibido*¹¹⁰.

Afirma sor Isabel de la Cruz: *Comulgaba cada día por orden y mandato de sus confesores y eran grandes los favores que recibía haciéndolo. Sucedió un día que se había levantado muy mala y tan sin fuerzas que apenas se podía tener en pie... Habiendo pasado tiempo después que comulgó, le pedí que se desayunase. Y me respondió: “Es muy pronto, espere”. Y habiendo pasado mucho más tiempo, le volví a pedir que por amor de Dios tomase algo. Me miró... y me dijo con gran ternura, poniendo la mano en el pecho: “Aún está aquí su Majestad”*¹¹¹.

La misma sor Isabel asegura: *En una ocasión yo le dije cómo se podía detener la forma (hostia) en el pecho, habiendo tomado (agua) y pasado mucho tiempo. Y me respondió: “No sé, no sé, pero lo siento algunas veces claramente por algunas horas”... Por estas razones que me dijo, colegí que el estar los años pasados tantas horas sin comer debía ser por respeto del sentir el Santísimo sacramento*¹¹².

AMOR A MARÍA NUESTRA MADRE

Era muy grande su amor a María. Celebraba sus fiestas con especial devoción y solemnidad. Y con frecuencia sentía su presencia de modo sensible,

¹⁰⁹ Cuenta de conciencia VI. Positio Summ, p. 442.

¹¹⁰ Positio Summ, Doc, p. 161.

¹¹¹ Positio Summ, Doc, p. 178.

¹¹² Ibídem.

incluso a través de sus imágenes. Ella misma nos dice: *Una mañana, entrando en el coro para los oficios de la bendición del cirio, lo primero en que puse los ojos fue en una imagen de nuestra Señora. Era de bulto y le habían puesto en las manos un ramillete de flores. Me pareció que estaba con una extraordinaria alegría y muy más hermosa de lo que era la imagen. Luego que la miré con aquel ramillete en la mano, se me representó la gloria de Cristo nuestro Señor y la variedad y hermosura de sus perfectísimas virtudes. Me parecía que en aquel día le había ofrecido la Virgen santísima a nuestro Señor aquel ramillete preciosísimo por el rescate del mundo y no sé cómo entendí allí la infinidad de méritos que sobaban en Cristo Señor nuestro, después de haber pagado por nosotros*¹¹³.

Para recordarla constantemente, colocaba altares de la Virgen, al igual que de Jesús, por toda la casa. Dice al respecto sor Antonia de san José: *Dejó dentro de la casa muchas capillas y altares dedicados a imágenes de nuestra Señora. Para sólo su Majestad hay 17 altares, y entre todos hay en casa 39 altares; 34 quedaron hechos, cuando murió nuestra devota Madre*¹¹⁴.

Sor Catalina de santa Mónica declara: *Oí que había dicho el doctor Jerónimo Pérez (su confesor) que veía nuestra Madre a nuestra Señora con su precioso Hijo en brazos que se paseaba por el claustro que estaba delante del coro en esta casa*¹¹⁵.

Ella misma dice: *Una vez, yendo a la oración..., no sé cómo me recogí. Me pareció ver con mucha claridad a nuestra Señora con su santísimo Hijo en los brazos. Parecíame hermosísimo y que de sus ojos y rostro salía una manera de resplandor con que toda mi alma se inflamaba en amor suyo. Parecíame le importunaba su santísima Madre que me mirase y favoreciese, pero el niño no quería... Continuaba nuestra Señora en pedir par mí y, después de haber estado de esta manera vuelto a su Madre y sin querer mirarme, volvió a mí su santísimo rostro (tan de presto como cuando los niños quieren esconderse muy aprisa de quien huyen) y así se volvió a poner de espaldas para mí... Pero de todo él, aunque se escondía, salía para mi alma un sumo consuelo y alegría y, dejándome con ella, desapareció aquel bien que veía, de donde manaron muchos bienes para mí, quedando con una alegría llena que me duró por muchos días sin poder dejarme de reír*¹¹⁶.

¹¹³ Positio Summ, p. 352.

¹¹⁴ Positio Summ, Doc, p. 136.

¹¹⁵ Positio Summ, Doc, p. 249.

¹¹⁶ Cuenta de conciencia XXIII. Positio Summ, p. 484.

Otra vez, después de comulgar, sentí junto a mí a nuestra Señora... Traía en sus manos (a Jesús). Era tan hermoso que no pude percibir nada particular por ser grande el resplandor que de sí echaba... Y me pareció que nuestra Señora me echaba el niño en mis faldas y brazos y como mi corazón estaba tan abrasado, sin esperar a más, comencé a abrazar al santísimo niño, el cual me pareció que entraba en mi pecho, escogiendo mi corazón para reclinarse... Quisiera que el Señor diera licencia a uno de los serafines que allí estaba para que escribiera lo que con esta criatura miserable e ingrata hacía este Rey, porque el entendimiento humano no lo puede expresar. Parecía que el pecho me abrasaba. Y, después de haber estado gozando de estos bienes, quedé en un gran silencio y cercada de una luz muy clara, la cual me parecía salir del pecho, donde yo estaba cierta que estaba el Señor sacramentalmente, haciendo todos estos efectos y otros que no sé decir. Luego me sentí buena y sin ningún dolor de cabeza¹¹⁷.

Ya hemos anotado que en el viaje de Valladolid a Palencia para esta fundación sintió de modo especial la presencia de la Virgen. Dice: *Hacíame devoción que todas las iglesias casi que topamos eran de nuestra Señora y no sé qué modo de presencia suya fui sintiendo, con una tan gran reverencia que apenas me dejaba levantar los ojos. Yo no sé que viese figura ninguna, pero me parece que no puedo dudar de que venía (la Virgen) con nosotras, como si su manto nos cubriera, así me parecía que veníamos amparados con su favor*¹¹⁸.

Como muestra de su amor a María, todos los días, le rezaba el rosario y los 15 salmos de la Presentación. A sus fundaciones llevaba siempre una estatuilla de esmalte de la Virgen María.

DEVOCIÓN A LOS ÁNGELES

Era muy grande su devoción a los ángeles, especialmente al ángel de su guarda. Ella misma declara: *Un día, el dolor de mis pecados y de no servir al Señor con perfección me afligía... En medio de todo esto, me pareció llegarse a mí el ángel de mi guarda, que me decía que me animase, porque ésta era disposición para que el Señor me hiciese otras mayores mercedes y, aunque parecían estos dolores tan penosos, los tenía yo por muy grande merced*¹¹⁹.

¹¹⁷ Cuenta de conciencia XVIII. Positio Summ, p. 475.

¹¹⁸ Positio Summ, p. 426.

¹¹⁹ Cuenta de conciencia XXVIII. Positio Summ, p. 498.

Estando yo un día (en Valladolid) agobiada..., me fui delante del Santísimo sacramento a pedir socorro y luz para lo que me daba tanta pena. Y pareció llegarse a mí el ángel de mi guarda, casi cerca del oído, y me decía: “No tengas pena que se te acabará para las octavas de los Reyes, porque entonces se irá (la subpriora María de san Antonio, maestra de novicias) a su casa”. Nunca había sentido el habla del ángel tan distintamente y... sucedió como lo dijo¹²⁰.

Un día, estando en oración, me hallé cerca de un gran número de ángeles¹²¹. Comencé a tomar devoción a los ángeles, aunque ya los quería mucho. Procuraba recordarme cómo asisten a las divinas alabanzas y les pedía que me alcanzasen de nuestro Señor que acertase yo a dárselas. Y, cuando no me sentía (bien) para cantar, les suplicaba lo hiciesen ellos por mí y, cuando salía del coro, les pedía que se quedasen acompañando al Señor en mi nombre. No me parece los he llamado en ninguna necesidad que no haya sentido particular socorro con su ayuda. Yo les tengo gran amor, porque lo tienen a su Creador sin haber jamás faltado en la correspondencia y agradecimiento, y sólo hablar de ellos me alegra por la fidelidad con que sirven al Señor ¡Bendito sea que tiene criados que hayan sido fieles! Deseo que todos sean devotos de estos espíritus perfectos, porque sé los bienes que con su devoción alcanzarán¹²².

Comencé a darle alabanzas al (Señor) y me volví a los ángeles, suplicándoles que me enseñasen, pues eran tan buenos maestros en este divino oficio, y me respondieron que las verdaderas alabanzas eran estarme fija mirando al Señor, amándolo y reverenciándolo con sumo respeto, que esto era lo que ellos hacían sin ruido de palabras ni afectos; que así lo hiciese yo y que no me divertiría (distrería) tanto, que lo demás era buscar gusto sensible en aquellos afectos que yo deseaba¹²³.

Muchas veces, veía que estaba el coro lleno de ángeles y serafines con una reverencia tan grande que parecía no poderlo soportar el verme entre aquellos espíritus bienaventurados¹²⁴.

Sor Antonia de san José nos dice: Tenía gran devoción a los ángeles y muchas veces hacía oración en los pasos que hay para subir a la capilla, que hay de los nueve coros de los ángeles con cuadros grandes de los siete ángeles príncipes y uno al santo ángel de la guarda; y a la puerta un ángel con muchas

¹²⁰ Positio Summ, pp. 414-415.

¹²¹ Positio Summ, p. 420.

¹²² Positio Summ, p. 325.

¹²³ Cuenta de conciencia XXIV. Positio Summ, p. 488.

¹²⁴ Positio Summ, p. 308.

*recoletas, que está esparciendo flores. También tenía mucha devoción a los santos y dijo que, cuando estuviésemos en los oficios, pusiese cada religiosa una estampa en el reclinatorio para que, mirándola, nos recogiésemos*¹²⁵.

DEVOCIÓN A LOS SANTOS

Tenía devoción especial a algunos santos, empezando por nuestro padre san Agustín y santa Mónica. A san José lo tenía por patrono especial. Ella misma nos dice que, en la fundación de Éibar, donde el provincial cambió su nombre de religiosa, poniéndole Mariana de san José, el Señor le dijo que no pensase *que había sido sin misterio el mandarme el provincial que me pusiese el nombre de san José, que significa acrecentamiento, porque quería que lo hubiese en la Iglesia de almas puras que en estos conventos le sirviesen y diesen alabanzas*¹²⁶.

También tuvo especial devoción a santo Domingo, pues cuando fue recibida por su Comunidad en el convento de dominicas de Medina, debido a la inundación del río, dice: *No sólo en las monjas de aquella casa hallé amor para conmigo, mas en el glorioso santo Domingo reconocí que me favorecía; y luego que entré, me llevaron a una capilla suya, adonde sentí que me recibía como a hija suya y esto con demostraciones de mucho amor y, riéndose conmigo, me recibía y llevaba a sí*¹²⁷.

También fue devota de san Cosme y san Damián. Nos dice: *Me dio una cosa a manera de sueño y, si estaba dormida no lo sé, pero me parecía que estaba en una ribera muy apacible y por ella venían a mí los dos gloriosos mártires san Cosme y san Damián, de quienes yo deseaba ser devota y tenían en la iglesia un retablo y altar por ser, en sus principios, suya la advocación. Luego que llegaron a mí me hablaron con gran amor y, en cuanto me estaban hablando, se me iba quitando el mal que sentía y con esto volví en mí y me hallé buena*¹²⁸.

Tenía en mi celda un retrato de la santa Madre Teresa de Jesús y comencé a suplicar a nuestro Señor que no permitiese se desbaratase aquella fundación (de Éibar) y pedí a la santa que me ayudase con su Majestad para que

¹²⁵ Positio Summ, p. 136.

¹²⁶ Positio Summ, p. 340.

¹²⁷ Positio Summ, p. 401.

¹²⁸ Cuenta de conciencia XXIII. Positio Summ, p. 483.

se hiciese. Al punto se me comenzó a quitar aquella pena y desconfianza y en su lugar entró en mi alma un consuelo grande y seguridad de que estaba allí el Señor y me daba esperanzas ciertas de que se haría y muy presto. Me dijo con claridad y eficaz sentimiento que me daba para ayuda solicitadora en el cielo a esta santa y que me sería compañera en todo, como lo vería... Desde entonces, la he sentido junto a mí algunas veces¹²⁹.

También tenía especial devoción desde niña a santa Catalina de Siena. Y, según ella nos dice *a los santos que, antes de serlo, habían sido pecadores: San Pedro, san Pablo y la Magdalena¹³⁰.*

En general se sentía amiga y hermana de todos los ángeles y santos. Por eso, ella misma afirma: *El trato con los santos es de ordinario, porque lo son en acompañar el alma y así, con facilidad, impetra sus auxilios, pero aunque su comunicación es dulce y amable, el que lo es infinitamente (Jesús) la lleva tras de sí¹³¹.*

VIDA EN LOS CONVENTOS

Dice el primer biógrafo de la Madre Mariana, Luis Muñoz, literalmente: *La ocupación y ejercicios de estas santas y prudentes vírgenes en las veinticuatro horas del día y de la noche, en todos los conventos de esta religión recoleta, son las que se siguen.*

*A las cuatro y media en el verano, y a las cinco y media en el invierno, se toca por los dormitorios una campanilla para que se levanten las que no lo están. Pasada media hora se hace señal a la oración mental, a que todas se juntan en el coro, invocando primero con el himno **Veni, creator Spiritus**, la gracia del Espíritu Santo para una obra de que es el único maestro. Léese primero en algún libro devoto el punto que ha de dar materia a la meditación. Están en oración por espacio de una hora, tras la que vuelve a hacer señal la campana, y se dicen inmediatamente prima y tercia. Dichas estas dos horas, sale una misa, a que asisten las que han de comulgar aquel día; las demás, van a los ministerios en que les ocupa la obediencia. Luego sale otra misa a que asisten las mismas, ocupándose en dar gracias a nuestro Señor después de haber comulgado.*

¹²⁹ Positio Summ, p. 425.

¹³⁰ Positio Summ, p. 296.

¹³¹ Cuenta de conciencia XI. Positio Summ, p. 456.

A las nueve en verano, y nueve y media en invierno, las llama la campana a las segundas horas. Júntanse en el antecoro, y entran por orden diciendo el salmo **De profundis**. Acabadas, se dice misa mayor. Y a las once en invierno y diez y media en verano, toca la campanilla al refectorio (comedor), donde todas las religiosas se recogen a hacer examen de conciencia, hasta que se toca la segunda vez. Entran también con orden, diciendo antes de entrar el mismo salmo. Bendícese la mesa conforme al breviario; la que está por mayor hace señal a que coman. Lo que dura la comida hay lectura espiritual, y se hacen las penitencias regulares conforme a los defectos que se hubieren hecho, a discreción de la prelada (Priora). Acabada la comida, se vuelve a hacer señal y dan gracias. Luego se recogen a las celdas u oficios, si no es que la prelada manda que haya recreación, dos o tres veces a la semana: es una conversación santa y entretenimiento religioso.

A las dos de la tarde se tañe a vísperas; léese después por un rato algún libro espiritual. Acabada la lectura, se dice una letanía a nuestra Señora con algunas oraciones. Salen luego de dos en dos, diciendo el salmo **Deus misereatur nostri** (con esta orden y salmo se sale siempre del coro), y se vuelven a recoger a sus oficios hasta las cinco de la tarde en todo tiempo, en que se vuelve a tocar a la oración mental con el mismo orden que la de la mañana: dura de cinco a seis. Dícese luego un nocturno que llaman la **Benedicta** de nuestra Señora (es voto de la orden), si no es cuando se reza de feria, que se dice a Completas, y a esta hora los maitines de nuestra Señora. Inmediatamente, se va al refectorio, menos los días de ayuno de precepto, que se va más tarde, y después a sus ejercicios.

A las nueve de la noche, llama la campana a maitines, y desde el primer signo al segundo se juntan las religiosas en el antecoro, y entran con el orden que se ha dicho. Acabadas Laudes, se dice una antífona a nuestra Señora, cantada; otra a la cruz, con sus oraciones. Recógense después a sus celdas, y se cierran los dormitorios hasta la mañana a la hora dicha. El demás tiempo, menos el que gastan en sus particulares devociones y ejercicios, pasan encerradas en sus celdas; hacen labor para la sacristía y culto divino: lo más precioso y rico que campea en los ornamentos del real convento de la Encarnación es de sus manos. La labor necesaria para casa no la dan a hacer fuera.

El modo de vida de esta santa recolección es un ejercicio perpetuo de obediencia, oración y mortificación. La puntualidad de todas en el Oficio divino es grande; cántase sin punto en tono bajo y grave, con pausa moderada en lo cantado y rezado, con la distinción de días solemnes y ordinarios: tiene la Constitución varias advertencias para que se diga con gran decoro y reverencia.

Comulgan los domingos y los jueves, no habiendo festividad de la Constitución, que son las fiestas solemnes de Cristo y nuestra Señora.

La pobreza se guarda con tal rigor que ninguna religiosa puede dar ni recibir ni una estampa sin licencia. Las celdas son pequeñas, las paredes desnudas. En ellas está la cama sobre unas tablas o corcho; tiene un jergón de paja, sábanas y almohadas de estameña, y una o dos mantas. El adorno es una cruz y pila de agua bendita, y una estampa y un Cristo crucificado; unos libros, la labor que cada una hace, un candil o candelero, un corcho o esterilla en que sentarse. El hábito es de jerga o sayal blanco de poco ruedo: tráenle de ordinario; el negro de que usan algunos días, de lo mismo. Andan ceñidas con una correa ancha. Los hábitos interiores para abrigo son igualmente pobres y ásperos: túnicas de estameña (excepto las enfermas y necesitadas, que se les permite por entonces lienzo grosero), tocas de lienzo, velo de beatilla teñida y sobrevuelo grande, que en ocasión de entrar seglares les cubre hasta la cintura, sin dejarse jamás ver el rostro.

La comida es pobre, aunque bastante, lo que es menester para el sustento. Ayunan desde la Cruz de setiembre hasta Navidad y desde la septuagésima hasta Pascua de Resurrección, los ayunos de la Iglesia y vigiliass de las fiestas de nuestra Señora, miércoles, viernes y sábados de todo el año. Tienen disciplina tres días en la semana (lunes, miércoles y viernes) después de Maitines, no siendo días de fiesta. Cada quince días hay capítulo de culpas; repréndense y danse penitencias: es acto de mucha mortificación y humildad.

Acuden a la cocina, y así a las más humildes labores de la casa, desde la priora. La soledad y retiro de sus celdas es grandísimo; igual el silencio; la labor de manos continua, cada una de por sí en su retiro. Increíble la clausura, defendida con todos los medios imaginables. Y en esta conformidad son las demás observancias religiosas¹³².

¹³² Muñoz Luis, *Vida de la venerable Madre Mariana de san Joseph*, fundadora de la Recolectión de monjas agustinas, Madrid, 1645, libro segundo, Introducción.

REPARADORA

La Madre Mariana sentía en lo más hondo las ofensas que se hacían a Dios. Por eso procuraba reparar con sus sufrimientos y oraciones tales ofensas. Ella misma declara: *Uno de los dones que me dio su Majestad fue darme gran dolor de los que le ofendían. Cuando me contaban de alguien que estaba en su desgracia le pedía que castigase en mí sus ofensas. Me acuerdo que entonces andaba un gran corsario inglés por la mar, haciendo muchos daños y me dijeron que antes había sido cristiano y muy católico. Esto me afligió mucho y andaba con grandes ansias de que el Señor le llamase a su santa Iglesia. Hacía por él muchas oraciones y eran muchas las horas que llevaba puesta en cruz con hartas lágrimas, instando siempre al Señor para que lo redujese. Hacía algunas disciplinas y otras mortificaciones, que todas me las enseñaba su Majestad, porque a nadie las veía yo hacer ni me las decían... Esta alma me traía con mucho cuidado. Algunos años después, supe que había acabado confesando la santa fe católica; lo que fue de gran consuelo para mí que el Señor le hiciese esta misericordia, aunque creo que no fue por mis oraciones*¹³³.

*En uno de los días de este camino (a Medina) cayó la fiesta de la Ascensión y nos apeamos en un lugar y posada harto incómoda. Allí me dijeron de un padre de cierta Orden que se había pasado a Ginebra (como protestante) y que estaba casado y con tres hijos. Fue tan grande la pena que me dio que no pude estar con los que iban con nosotras... Comencé a suplicarle al Señor por aquella alma que tenía traspasada la mía de dolor, imaginando el peligro grande en que estaba y cuán olvidada de lo que había padecido Cristo Señor nuestro por ella. Y, aunque me parecía que merecía que este Señor la dejase, me apretaba tanto la pena que sentía de su perdición que me llegaba a mucho extremo... Ofrecíame a padecer yo eternamente por alcanzar que no se perdiese y así me determiné a que todo lo que hiciese y trabajase en aquella fundación de Medina fuese por esta persona y, como las que entraron en Medina eran tan buenas y padecieron allí tanto, alcanzaron con sus oraciones la conversión de esta alma, que puntualmente, al año adelante y el mismo día de la Ascensión, supe cómo este padre se había ido a los pies del Santo Padre y, confesando su pecado, le dio penitencia y, al cabo de no sé qué meses que la hizo asperísima, murió con gran edificación de santidad y buena vida en Roma; que fueron nuevas para mí de grande gozo y consuelo*¹³⁴.

¹³³ Positio Summ, p. 278.

¹³⁴ Positio Summ, pp. 353-354.

Otro caso. Tuvo una monja desobediencia con la priora y, según colegí de lo que la vi hacer, no hablándola ni reconociendo su culpa, me parecía que estaba en desgracia de nuestro Señor. Esto lo sentía yo mucho y, después de haber hecho algunas oraciones, viendo que no aprovechaba, me fui al Señor una noche con hartas lágrimas que su Majestad me dio y le dije, que si no me concedía esta merced que no habíamos de ser amigos. Me acuerdo que fue tan crecido el deseo que, a voces, le supliqué a su Majestad, poniendo a la Virgen nuestra Señora por intercesora. Cuando volví en mí, conocí el gran atrevimiento que había tenido, pero no por esto podía cesar en pedir esta merced.

Llevé mucha parte de la noche en esto. Y a la mañana, en saliendo de las Horas, se fue esta religiosa a la celda de la Priora y se echó a sus pies con muchas lágrimas y palabras humildes y suplicaba que le perdonase. Y en esto gastó mucho rato. Luego me lo dijeron y me acuerdo que, bañada en muchas lágrimas, me fui a nuestro Señor y le di gracias con un gran consuelo que su Majestad me dio en la merced que había hecho a aquella alma. Y no se contentó este Señor con sólo esto, pues me la ha dejado ver tan adelante en su servicio y agrado que creo es una de las almas que más gusto dan a su Majestad¹³⁵.

Una religiosa asegura que en una oportunidad, sucedió que, habiendo llegado la noticia de que en una casa de Madrid habían hecho muchas afrentas a una imagen de Cristo, lo sintió como quien sabía tan bien pesar las ofensas de Dios. Era viernes y procuró hacer todas las diligencias que pudo para satisfacer tan gran maldad... Mandó llamar a las doce del día con el mayor rigor del sol y ordenó que fuésemos a adorar la santa cruz que está al fin de la huerta... Al entrar, se descalzó con gran fervor y, volviéndose a todas, dijo con gran espíritu: “Yo, hermanas mías, hago esto, hagan lo que les pareciere”¹³⁶.

La Madre Aldonza testifica que en un tiempo en que hubo profanación del Santísimo sacramento en alguna iglesia, mandó que cuantas veces se sale del coro, nos hinquemos de rodillas toda la Comunidad y digamos: “Alabado y adorado sea el Santísimo sacramento y la purísima Concepción de la Virgen Nuestra Señora”. Y luego, besar la tierra dos veces. Y sólo acordarse cómo lo decía, pone devoción¹³⁷.

Con sus oraciones venía a alcanzar que muchas cosas se remediasen. Como fue el no hacerse los casamientos de la serenísima infanta doña María con el príncipe de Gales, defendiendo la santa Madre que no se hiciese por los

¹³⁵ Positio Summ, p. 315.

¹³⁶ Testimonio N° 23, Documento 410.

¹³⁷ Summ. Doc. p. 116.

caminos que le fue posible y, aunque tuvimos por cierto que sabía de nuestro Señor que no era su voluntad que los casamientos se hiciesen, creo no daba estas razones a algunos de los teólogos de las juntas que sobre el caso se hacían, sino que por qué había de perder España la integridad que siempre había tenido de no juntar con herejes¹³⁸.

Y cuando había algunas ocasiones de fiestas de entretenimiento, de los cuales se suelen seguir ofensas de Dios y desgracias, juntaba a sus hijas en el relicario (capilla) y descubría (exponía) el Santísimo sacramento para que clamásemos a su divina Majestad que lo uno ni lo otro sucediese¹³⁹.

Una noche, después de maitines, le daba prisa para que se recogiese y me dijo: “No, Isabel, tan presto, recemos una letanía a nuestra Señora”. Yo le dije: “¿Ahora Madre? Ya es tiempo de dormir”. Estaba ella de rodillas y sus ojos hechos dos fuentes y me dijo: “¡Ay hermana, que es grande la necesidad en que está un alma!” y esto lo dijo con tal afecto que me hizo reparar. Dijo su letanía con muchas oraciones, que se veía bien que le había dado el Señor la luz para que procurase el remedio¹⁴⁰.

Y de estos casos tendría miles a lo largo de su vida, aunque no los manifestara. ¿Cuántas oraciones y sufrimientos ofrecería por la salvación de las almas?

ESPOSA DE JESÚS

La Madre Mariana llegó hasta las más altas cumbres de la mística. Ella misma nos manifiesta con toda claridad que era verdadera esposa de Jesús. Nos dice en su Autobiografía:

Me acuerdo que (un día), entrando en el coro, me pareció aunque yo no veía nada, que los santos y ángeles me hacían reverencia por ser ya esposa del Cordero. Esto me hizo gran confusión y con una vergüenza humilde y reconocida admitía aquella benevolencia que sentía en aquellos espíritus bienaventurados... Me acordé de aquellas palabras de san Juan que dicen: “lavarón sus estolas en la sangre del Cordero”, y me parecía que por aquel divino lavatorio me venía todo aquel bien de que aquella santa Congregación no se afrentase de que su Señor me hubiese tomado por esposa.

¹³⁸ Sor Magdalena de Cristo, Positio Summ., Doc, p. 237.

¹³⁹ Sor Magdalena de Cristo, Positio Summ., Doc, p. 245.

¹⁴⁰ Sor Isabel de la Cruz, Positio Summ, Doc, p. 177.

No podía levantar los ojos del gran reconocimiento que tenía de cuán indigna era de aquel bien, más que ninguna criatura. Me parece que hacía el Señor conmigo lo que hizo el rey Asuero con la reina Ester, cuando en su presencia se desmayó, que bajó su cetro y la alentó para que su grandeza no la espantase. Y, aunque yo no vi nada, bien entendí que el Señor me alentaba para que no desmayase en semejantes cortesías, siendo yo la última de todas las criaturas. Y así no veía en el Señor más que el amor grande que tiene a las almas y por Él me admitía a aquel santo matrimonio.

Otra vez, estando en la oración y entrando en ella con aquellas palabras de la esposa que dice: “Bésemme con los besos de su boca”, comencé a pensar si las decía por aquellos toques que suele dar el Señor de cuando en cuando, al alma que parece que le comunica algunos breves ratos de unión... y me dijo el Señor que los caudales (bienes) de ambos estarían juntos, lo mismo que lo estaban los de las personas en quien estaba consumado el matrimonio, cuyos bienes eran unos, y así gastaba cada uno como de hacienda propia. Que hasta allí había sido como las desposadas a quien su esposo, daba de cuando en cuando joya particular y ella alegre con la nueva dádiva daba parte de su gusto a sus conocidas y amigas; pero que ya, de allí en adelante, no tendría aquellas niñerías sino que, conocida de su infinito poder y amor, no se me haría novedad los regalos que hiciese. Y era así que, antes que nuestro Señor me hiciese estas mercedes que aquí he dicho, todas me dejaban espantada¹⁴¹.

Un día, después de haber comulgado (13 de mayo de 1616) y estando en presencia de nuestro Señor, me pareció oír a Cristo nuestro bien que hablaba con los ángeles y santos que con Él asistían y decía con palabras y voz dulcísima, mirándome: “A ella la escogí para mí y en ella descanso y me deleito, y en su alma tengo mis fiestas”¹⁴².

Por ser esposa de Jesús, su voluntad y la de Jesús era una sola. Eran como dos almas en una. Dice: Veía que no había entre Él y mí nada que nos impidiese la junta y unidad de las dos voluntades en una: no sólo en el afecto, sino en la verdad y esencia del alma... y esto (lo vi) con una luz tan verdadera y una simplicidad tan sabia que me hacía estar con llenura de alegría, no alborotada, sino serenísima y tranquila¹⁴³.

¹⁴¹ Positio Summ, pp. 345-347.

¹⁴² Cuenta de conciencia XLVI, Positio Summ, p. 525.

¹⁴³ Cuenta de conciencia XLV, Positio Summ, p. 523.

Otro día, acabando de comulgar me mostró cómo le era mi alma agradable y que no había en ella cosa que nos apartase los corazones o por mejor decir las voluntades y parecía que juntas en una divinidad (mi alma deshecha en su divinidad) caminaba yo ya del todo sin mí y caminaba sin camino por este mar divino, donde veía obrado aquel (no hay mancha en ti del Cant 4, 7)¹⁴⁴.

EN LAS MANOS DE DIOS

Toda su vida fue un dejarse guiar plenamente por la voluntad de Dios. Con frecuencia, el mismo Señor le manifestaba sensiblemente su voluntad o le daba una luz para entenderla. Por eso, podemos decir que toda su vida fue un vivir en la MANOS DE DIOS, como un niño se deja llevar en los brazos de su madre. Nos dice al respecto:

*No hay aquí ansias que fatigan ni fervores inquietos ni en esta vida lenguaje para poderse decir las mercedes que hace nuestro Señor... Paréceme que está aquí mi alma como un niño muy pequeño que, si no es en los brazos de su madre, no puede dar paso ni puede hablar ni andar ni comer, si no se lo dan. Y es cierto que alma y cuerpo tienen mucho de esto y así me lo mostró un día el Señor. Parecía que **me tenía en sus brazos** como he dicho y que me decía o daba a entender que siempre me había traído así¹⁴⁵.*

Estaba contenta, acordándome de la misericordia grande que el Señor me hacía en poder decir de verdad: “Aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor me recogerá” (Sal 26,10). Me alegraba esto mucho y también de imaginarme que ya estaba del todo **dejada a la providencia de este Señor, en cuyas manos** me ponía y puse con entera confianza, sabiendo que no me faltaría como lo tengo bien experimentado¹⁴⁶.

Andaba muy contenta porque me parecía, como ya dije, que del todo quedaba **puesta en las manos** de este Señor y **a la disposición de su divina providencia**. Por eso, me resolví a dejar del todo cualquier cuidado que me tocase de mi persona como del gobierno de las demás y de todo lo que estuviese a mi cuenta, con entera confianza de que el Señor había de cuidar de mí como verdadero padre y maestro mío, que así me lo había dicho su Majestad en una ocasión hacía días: que por qué temía, pues era y había sido siempre mi

¹⁴⁴ Cuenta de conciencia XLIV, Positio Summ, p. 520.

¹⁴⁵ Positio Summ, p. 405.

¹⁴⁶ Positio Summ, p. 406.

maestro, habiendo reservado para sí el gobierno de mi alma sin haberlo fiado a ninguna otra criatura. Y así era que no tuve nunca confesor ni guía de asiento por tiempo largo, si no fue el año que estuve en Éibar¹⁴⁷.

Me acuerdo que un día en la oración... le dije (al Señor) que cómo sufría su bondad darme aquellos tormentos interiores tan grandes. Me pareció que me respondía que hacía conmigo lo que un padre que tenía un niño pequeño a quien amaba con gran ternura y viéndole con un postema, (absceso), por no entregarle ni ponerlo en manos de algún cruel cirujano, él mismo le abría la postema y sintiendo gran dolor el niño, juntamente se lastimaba el padre de verlo dolorido, pero el deseo de la salud de su hijo vencía la ternura que sentía de verle llorar. Así me parecía que hacía el Señor conmigo y me lo dio a entender con esto y vi cuán para bien mío ordenaba aquellas amargas purgas y, desde entonces, me quedó una gran estima de este modo de padecer y un deseo de llevar a solas estas penas y abrazarme con ellas y no me recuerdo de que después acá, por apretada que haya estado, haya pedido al Señor que me las quite ni afloje sino más bien suplicándole muchas veces que me las añada más y más¹⁴⁸.

En una ocasión me suspendí toda y quedé más transformada en este Señor, porque me mostró un mar infinito de su divino y santo amor¹⁴⁹. Mi alma pareció dar un vuelo tan alto que parecía estar en distancia casi infinita de todas las cosas y tan dilatada y capaz que mil mundos comparados con ella se hacían a sus ojos cosa muy pequeña. Mostrárame nuestro Señor desde allí, como desde una torre segurísima, la fragilidad de la naturaleza (humana)... y cómo muchas cosas de ella son las armas que toman los enemigos para impedirnos el ir a su Majestad y cómo al alma que está unida a Él, no la pueden manchar ni hacer mal, si ella está atenta¹⁵⁰.

Su vida era una verdadera llama de amor de Dios. Por eso, sor Isabel de la Cruz decía: Del gran amor de Dios que ardía en su corazón... traía de ordinario un fuego tan grande que apenas podía sufrir la ropa, y el rostro lo traía de ordinario como un fuego según estaba de encendido; y todo el lado del corazón hasta la tabla del pecho solía traer como una erisipela, y muchas veces se le hacía llaga el costado, de suerte que tenía necesidad de unos paños y de mudarlos a menudo, porque manaba un agua que los mojaba muy aprisa, y nunca quiso que para esto se le hiciese remedio alguno¹⁵¹.

¹⁴⁷ Positio Summ, p. 408.

¹⁴⁸ Positio Summ, pp. 351-352.

¹⁴⁹ Cuenta de conciencia XXIV, Positio Summ, p. 486.

¹⁵⁰ Cuenta de conciencia XLI. Positio Summ, p. 515.

¹⁵¹ Positio Summ, Doc, p. 222.

Algunas religiosas veían que de sus ojos salían centellas¹⁵². Se sentía tan feliz de ser esposa de Jesús, viviendo totalmente confiada en sus manos que siempre, ante cualquier problema, confiaba en su providencia que hacía hasta milagros para ayudarla en sus necesidades; y le daba luz para conocer el futuro, solucionar los problemas, e incluso, la libraba de los peligros.

Cuenta sor Antonia de Jesús: A una persona que había venido de las Indias le pedí que me diese alguna piedra bezar¹⁵³. Dijo que no tenía más que una que valía muchos ducados. Yo le importuné que me la diese para nuestra Madre y lo hizo sin malicia, aunque dijeron que la había muy grande en lo que parecía piedra bezar. La divina providencia libró de este peligro a nuestra Madre por medio de una hermana, a la cual le pareció que la piedra bezar olía a azufre y, echando en la lumbre un poco de ella, ardió. Mostráronse a un gran médico y dijo que era veneno¹⁵⁴.

La Madre Mariana vivió tan confiada en la providencia de Dios que podía decir en todo momento: *A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu* (Lc 23, 46). Y Jesús le respondía: *No tengas miedo, solamente confía en Mí* (Mc 5, 36).

¹⁵² Positio Informatio, p. 209.

¹⁵³ Piedra que se cría en el interior de algunos animales como la cabra montés en las Indias y que se les atribuía gran poder como contraveneno.

¹⁵⁴ Positio Summ, Doc, p. 146.

REFLEXIONES

La Madre Mariana fue una verdadera santa en la que brillaron de modo extraordinario muchos dones de Dios. Ella misma dice: *Sin haber aprendido latín y sin otra ninguna inteligencia más que su divina gracia, entendía todo lo que rezaba, con lo que hallaba y hallo en los salmos mucha doctrina y ayuda para todas mis necesidades*¹⁵⁵. Según sor Isabel de la Cruz, el Señor le dio que *entendiese toda la Sagrada Escritura, como si verdaderamente la hubiera estudiado*¹⁵⁶.

En cuanto a pobreza, dice sor Antonia de san José que *reparaba en cosas menudas, aun unos alfileres de sobra, que no quería que tuviésemos. Una religiosa tenía un alfiler grande y pidió licencia para tener otro y no se lo quiso dar*¹⁵⁷. Deseaba que todas fueran humildes y, cuando veía faltas que corregir, lo primero que hacía era orar mucho para que la interesada se corrigiera. Ella dice: *El Señor me enseñó cómo la mucha oración por los súbditos alcanzaba la perfección en ellos y no las muchas reprensiones y advertencias y que, si quería tener hijas santas, debía orar mucho por ellas*¹⁵⁸.

Sor Antonia de san José asegura que *siempre aprovechaba el tiempo, ya que aborrecía la ociosidad como madre de los vicios, y reparé algunas veces que, en acabando de cenar, se santiguaba y luego tomaba la labor*¹⁵⁹.

¹⁵⁵ Positio Summ, p. 325.

¹⁵⁶ Sor Isabel de la Cruz, Positio Summ, Doc, p. 210.

¹⁵⁷ Positio Summ, Doc, p. 157.

¹⁵⁸ Positio Summ, p. 347.

¹⁵⁹ Positio Summ, Doc, p. 147.

Su deseo era que todas fueran santas y no menos. Por ello, no es de extrañar que tuviera escrito para recordarlo constantemente: *Desear unirse a Dios a toda costa*¹⁶⁰.

Daba mucha importancia a las imágenes sagradas y tenía altares por todo el convento. Una religiosa declaró: *Tenía mucha reverencia con las imágenes, en particular con las de nuestro Señor y de su santísima Madre. Reparé muchas veces que, siempre que subía por la escalera, se hincaba de rodillas cuatro veces y hacía una breve oración delante de las dichas imágenes y, aunque estuviese muy mala y la ayudasen a subir, no dejaba su devoción*¹⁶¹.

La Madre Isabel de la Cruz refiere que era su espíritu muy alegre y por extremo suave. Sus palabras eran como el aceite derramado que todo lo pone suave... Cuando reprendía las faltas, lo hacía con tal sazón que infundía en el alma, junto con el dolor, amor y agradecimiento¹⁶².

En la fundación de Medina del Campo, irradiaba amor y caridad por todo el convento. Tan pronto la hallaban en la enfermería, haciendo la cama a las enfermas y enseñando a la enfermera, como en la cocina. De alto y bajo cuidaba. Y esto con una alegría y apacibilidad tan grande que de sólo mirarle al rostro se quitaban todas las melancolías. Y así decía la que era enfermera entonces, en viendo a alguna acongojada: “Calle, hermana mía, que yo le traeré una píctima (medicina) con que se le alegre el corazón”. Y preguntándole qué era lo que había de traer, respondió: “A nuestra Madre, que tiene cara de quitapesares...”. Y, en llegando nuestra santa Madre, las dejaba como unos ángeles, de modo que era ya cosa sabida que no duraban más los aprietos en cuanto nuestra santa Madre los sabía¹⁶³.

Tenía tan grande atractivo que parece que nuestro Señor le había comunicado la propiedad de la piedra imán y así a todos llevaba generalmente. Un gran señor de España dijo una vez que, si el rey nuestro señor, tuviera dos ministros como esta mujer varonil, fueran bastantes para gobernarle otras monarquías como la suya¹⁶⁴.

¹⁶⁰ Positio Summ, Doc, p. 132.

¹⁶¹ Documento 406, Testimonio 19.

¹⁶² Positio Summ, Doc, p. 176.

¹⁶³ Sor Isabel de la Cruz, Positio Summ, Doc, p. 186.

¹⁶⁴ Positio Informatio, p. 261.

De modo especial, destacó en la obediencia. Era tanto su deseo de obedecer para no equivocarse que, muchas veces, decía: *Oh, si fuera posible, aun para respirar quisiera que fuera por obediencia*¹⁶⁵.

Según sor Isabel de la Cruz: *Obligó al padre vicario que tenían, que era el padre Pineda, a que le diese una de las hermanas de fuera del coro para que ésta fuese su prelada (Superiora) y le ordenase lo que había de hacer y dejar de hacer, tocante a su persona. A ella obedecía nuestra santa Madre con suma perfección y rendimiento, y no hacía nada sin pedirle licencia con grande humildad y aprecio de esta virtud... y el padre ordenaba a la hermana Juana de san Nicolás, que así se llamaba, que la mortificase mucho y, cuando pidiese las licencias, le respondiese desabridamente. Otras muchas cosas ordenaba este padre a esta religiosa en razón de humillar a nuestra santa Madre, que andaba como fuera de sí de gusto y consuelo, siendo su vida un vivo dechado de toda virtud y espíritu*¹⁶⁶.

En los trabajos era la primera en dar el ejemplo. *En el refectorio (comedor) era la primera en barrer, fregar... En resumen, en todo*¹⁶⁷. Pero, como ya hemos anotado, el centro de su vida y de su amor era Jesús Eucaristía. Nos dice: *En este santo sacramento del altar he hallado siempre socorro y, si alguna medra (crecimiento) hay en mi alma, aquí se le ha dado, y cuando me apartaba de este bien, resucitaban mis males; y, en llegando, me tornaba el Señor a recibir con el amor, con que siempre admite a los pecadores*¹⁶⁸. Cuando estaba ante el Santísimo, procuraba no recostarse sobre el espaldar de la silla. Cuando salía de la capilla, como anota en su declaración sor Magdalena de Cristo, lo hacía, andando hacia atrás para no darle la espalda¹⁶⁹.

Podemos resumir tantas maravillas de su vida, diciendo que su vida fue una obra de arte de Dios y una colección de milagros, que Dios obró a través de ella en sus hijas y en todos los que la conocieron y la siguen conociendo, pues, por su intercesión, Dios sigue obrando maravillas en el mundo, glorificándose en estos tiempos como hace cuatrocientos años.

¹⁶⁵ Testimonio de sor Isabel de la Cruz, Positio Summ, Doc, p. 216.

¹⁶⁶ Positio Summ, Doc, p. 183.

¹⁶⁷ Sor Isabel de la Cruz, Positio Summ, Doc, p. 186.

¹⁶⁸ Positio Summ, p. 309.

¹⁶⁹ Positio Summ, Doc, p. 238.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído la vida de la Madre Mariana de san José, podemos cantar un himno de alabanzas a nuestro Dios. Ella fue una esposa fiel, llevada en sus manos divinas, porque confiaba en su providencia. Toda su vida estuvo en las MANOS DE DIOS.

Ella es para todos nosotros un ejemplo de vida cristiana y de amor a Jesús. Ella nos enseña con su experiencia que los dogmas que la Iglesia nos enseña son verdades, siempre antiguas y siempre nuevas, y no puras teorías superadas. Ella nos habla por experiencia de María, que es nuestra Madre y nos ama. Nos hace ver la importancia de las imágenes y de la devoción a los ángeles y a los santos, que no están pasados de moda. Y, sobre todo, de la importancia y necesidad de amar a Jesús presente en la Eucaristía.

Con su vida personal nos enseña que estas grandes verdades nunca dejan de ser actuales y que nunca dejan de tener vigencia.

Ella nos marcó el camino para una vida segura en la fe y en el amor a Dios y al prójimo. Ella nos enseña el camino del cielo en medio de las vicisitudes y tentaciones de este mundo. ¡Bendita sea!

Que Dios bendiga a quienes lean su vida, para que sientan deseos de seguir su pasos, camino a la santidad.

Que Dios los bendiga por María. Saludos de mi ángel.

Su hermano y amigo del Perú.
Ángel Peña O.A.R.
Parroquia La Caridad
Pueblo Libre - Lima - Perú
Teléfono 00(511)4615894

BIBLIOGRAFÍA

- Barbeito María Isabel, *Aproximación bio-bibliografica a la Madre Mariana de san José, una fundadora de excepción*, Recollectio, IX, 1986, pp. 5-53.
- Díez Jesús, *Mariana de san José, fundadora de las agustinas recoletas*, Madrid, 1996.
- Mariana de san José, *Autobiografía de la Madre Mariana de san José*, Madrid, 1993.
- Mariana de san José, *Epistolario, Testimonios sobre su vida y virtudes. Ejercicios espirituales y repartimiento de todas las horas*, Madrid, 1994.
- Minguella Toribio, *Compendio de la vida y virtudes de la Madre Mariana de san José*, Madrid, Imprenta Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, 1916.
- Muñoz Luis, *Vida de la venerable Madre Mariana de s. Joseph, fundadora de la Recolectión de monjas agustinas, priora del Real convento de la Encarnación*, Madrid, 1645.
- Panedas Pablo, *La Madre Mariana de san José, maestra y modelo de oración*, en Revista Recollectio VI, 1983, Roma, pp. 31-67; Panedas Pablo, *Testamento espiritual de la Madre Mariana de san José*, Recollectio VI, 1983, Roma, pp. 171-186.
- Panedas Pablo, *Madre Mariana de san José, consejos y máximas*, Recollectio VII, Roma, 1984, pp. 281-311.
- Positio super virtutibus, *Congregación para la Causa de los santos*, Roma, 2007.
- Rojo Fernando, *La Seducción de Dios, perfiles de hagiografía agustiniana*, Pubblicazioni agostiniane, Roma, 2001.
- Sánchez Hernández M.L., *El monasterio de la Encarnación de Madrid, un modelo de vida religiosa en el siglo XVII*, El Escorial, Madrid, 1986.
- Villerino A. de, *Esclarecido solar de las religiosas recoletas de N.P.S. Agustín*, Madrid, 1690.

Pueden leer todos los libros del autor en

www.libroscatolicos.org